

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

EL MUNDO VISTO
A LOS OCHENTA AÑOS

IMPRESIONES DE UN
ARTERÍOSCLERÓTICO



OCTAVA EDICIÓN

Miguel Ángel Camp

ESPASA-GALPE, S. A.
MADRID

Ediciones especialmente autorizadas por los herederos del autor para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición: 10 - IX - 1941

Segunda edición: 18 - X - 1943

Tercera edición: 15 - VII - 1944

Cuarta edición: 23 - II - 1946

Quinta edición: 5 - IV - 1948

Sexta edición: 28 - I - 1952

Séptima edición: 27 - V - 1960

Octava edición: 17-III-1970

© Herederos de Santiago Ramón y Cajal, 1941

Depósito legal: M. 6.352—1970

Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 17 de marzo de 1970

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Ríos Rosas, 26, Madrid

ÍNDICE

Páginas

INTRODUCCIÓN 13

PARTE PRIMERA

LAS TRIBULACIONES DEL ANCIANO 19
Desfallecimientos fisiológicos y psíquicos. 19

CAPÍTULO PRIMERO

DECADENCIAS SENSORIALES.—*La visión normal.—Decaimiento visual.—Presbicia y disminución de la acuidad visiva.* 21
Decaimiento visual 21
El cerebro compensa las limitaciones de la vista. 25
Los deterioros seniles del aparato visual. Presbicia o vista exclusiva de lejos. 26
Hipermetropía 27
Disminución de la acuidad visual 28

CAPÍTULO II

LAS MARAVILLAS DE LA AUDICIÓN Y DECADENCIA SENIL.—*Sordera y ceguera.—Beethoven y Goya.* 30
Excelencias del aparato acústico. 30
Decaimiento de la función auditiva en la vejez.—*Dureza de oído y sordera senil.* 32

CAPÍTULO III

OTRAS LIMITACIONES ORGÁNICAS. — *Debilidad muscular.—Congestión cerebral arteriosclerótica.—Premiosidad en el trabajo.—Algunas confidencias autobiográficas que el lector puede pasar por alto.—Mi fácil presagio sobre la próxima guerra.—El insomnio y sus deplorables consecuencias.* 37

Debilidad muscular	37
La congestión arteriosclerótica	39
El insomnio y sus deplorables consecuencias	43

CAPÍTULO IV

LAS TRAICIONES DE LA MEMORIA SENIL.— <i>El olvido y sus formas.—Algunos ejemplos de errores de escritores ancianos.—Consejos para evitar lapsus graves.</i>	45
---	----

PARTE SEGUNDA

Los CAMBIOS DEL AMBIENTE FÍSICO Y MORAL	61
---	----

CAPÍTULO V

Los CAMBIOS DEL MUNDO EXTERIOR.— <i>Las ciudades.—Escamoteo de nuestras urbes de antaño.—El lenguaje y las costumbres.—Ejemplos de barbarismos y galicismos.—Rótulos y anuncios.</i>	61
Las ciudades	61
El lenguaje	62
Rótulos y anuncios.— <i>Leísta y loísta.—¿La Academia puede obrar ejecutivamente?</i>	71

CAPÍTULO VI

LAS COSTUMBRES.— <i>Los deportes y las modas femeninas y masculinas.—La superstición del aire libre.</i>	74
Ejercicios higiénicos	75
Las mujeres y sus modas	78
Inconveniente del aire libre y del abuso de la luz solar	79

CAPÍTULO VII

REIVINDICACIONES FEMENINAS.—MODAS Y COSTUMBRES MASCULINAS	83
Las reivindicaciones femeninas	83
Modas y costumbres masculinas	84

CAPÍTULO VIII

EL DELIRIO DE LA VELOCIDAD.— <i>Trenes.—Automóviles y aeroplanos.—Prudencias de los solípedos.</i>	87
El automóvil	88
El aeroplano homicida	90

CAPÍTULO IX

EL ANCIANO JUZGADO POR LOS JÓVENES.— <i>Los respetuosos y los impacientes.—Los enemigos espontáneos.—Un ejemplo típico.—Hay que tener buen deajo.</i>	91
El supuesto ambiente hostil contra la senectud	91

CAPÍTULO X

LA JUVENTUD ACTUAL.— <i>Los pensionados aprovechados.—Argonautas valerosos e inteligentes, pero malogrados.—Superioridad y penuria de los viejos investigadores solitarios.</i>	98
Avances y esperanzas puestas en la juventud estudiantosa trasplantada	98
El martirio de los iniciadores solitarios y desvalidos	101

CAPÍTULO XI

EL DEVORADOR MAQUINISMO DE LOS PAÍSES CIVILIZADOS.— <i>Necesidad de crear industrias originales.—Urgencia de fomentar toda clase de invenciones.—Desidia de la cartografía nacional.—Desnivel aterrador de nuestra balanza comercial.</i>	103
El creciente desnivel de la balanza comercial anuncia la bancarrota, dada la disminución de nuestras exportaciones	105
Abandono de la cartografía nacional y producción de guías turísticas	106

CAPÍTULO XII

LA ATONÍA DEL PATRIOTISMO INTEGRAL.— <i>El españolismo de ayer y la tendencia a la desintegración de hoy.—Consecuencias del desastre colonial.—Los regionalismos y nacionalismos.—Amenazas de los se-</i>	
---	--

<i>paratistas.—Indolencia de la España unitaria ante el riesgo de segregación.—Ingratitud de los vascos.—El arancel.—Tristes presagios.</i>	109
El patriotismo de ayer	109
Efectos deprimentes del hundimiento colonial de 1898.	112
El odio infundado a Castilla y a Madrid.	114
Inquietudes actuales ante las amenazas, veladas o explícitas, del separatismo.	116
La ingratitude incomprensible de los vascos, los niños mimados de Castilla	120
Las ventajas del arancel generosamente otorgado por España	122
Nuestra conducta ante la consumación del desmembramiento.	123

CAPÍTULO XIII

LAS DEGENERACIONES DE LAS ARTES.— <i>Pintura y demás artes gráficas—Las españoladas de Zuloaga.—Los ultramodernistas. — Las fantasías anatómicas del Greco.—Retorno del buen sentido.—La caricatura % la fotografía.—Sus abusos</i>	127
Las modas de la pintura actual.	127
Caricaturistas y dibujantes	135
La fotografía	137

PARTE TERCERA

LAS TEORÍAS DE LA SENECTUD Y DE LA MUERTE ____-.	143
<i>Las teorías de la senilidad y de la muerte con los hipotéticos remedios o paliativos propuestos por algunos optimistas.</i>	143

CAPÍTULO XIV

CONCEPCIONES PESIMISTAS DE LA DECADENCIA SENIL,	145
I.—Teoría de la arteriosclerosis crónica	145
II.—Teoría de Weismann	146
III.—Teoría de Dastre	149
IV.—Teorías de Harrison, Burrows, Lewis, etc., acerca de la inmortalidad de los cultivos de los elementos histológicos embrionarios.	150
V.—Teoría de Minot	151

CAPÍTULO XV

CONTINÚAN LAS TEORÍAS DE LA SENILIDAD Y DE LA MUERTE.—CONCEPCIONES OPTIMISTAS.	154
VI.—Teoría de Metchnikoff.	154
VII.—Teoría sexual de la decadencia senil y de la muerte.	158
Consideraciones complementarias.	164

CAPÍTULO XVI

EVOCACIÓN DE PONCE DE LEÓN.—EL ANSIA IRREMEDIABLE DE INMORTALIDAD FISIOLÓGICA.	168
Bibliografía	169

PARTE CUARTA

LOS PALIATIVOS Y CONSUELOS DE LA SENECTUD.	175
--	-----

CAPÍTULO XVII

La <i>templanza o vida morigerada.—Régimen dietético y moral.—Consejos de Descartes y Condorcet.—El prurito de escribir.—Lectura de cartas emocionantes.—Abstención de la política.</i>	175
La sobriedad y moderación	175
El prurito de escribir.	181
Las cartas.	184
La política.	185

CAPÍTULO XVIII

LAS EXCURSIONES PINTORESCAS Y ARTÍSTICAS.—COLECCIONES FOTOGRÁFICAS DE PAÍSES EXTRAÑOS.....	186
Fotografía, excursiones artísticas, contemplación de paisajes.	186
Excursiones artísticas en automóvil.	188

CAPÍTULO XIX

EL RETORNO A LA NATURALEZA COMO PALIATIVO DE LAS MISERIAS DE LA VEJEZ	190
El encanto de la vida campestre y retirada.	190

CAPÍTULO XX

LA DISTRACCIÓN DE LA LECTURA.— <i>Obras recomendables para los ancianos.—No todo buen libro debe leerse por éstos.—Eliminación sistemática de los relatos emocionantes o melancólicos.—Periódicos y libros aconsejables.—La inmersión en los clásicos.—El suave deleite y el profundo interés humano de las obras de viaje, etc.</i>	197
El atractivo de los libros y periódicos.	197
Lecturas de periódicos y revistas.	198
Elección de libros adecuados.	199
Clásicos griegos y romanos.	200

CAPÍTULO XXI

CONTINUACIÓN DE LOS SOLACES DE LA LECTURA.—CLÁSICOS ROMANOS Y ESPAÑOLES.—ALGUNAS OBRAS EXTRANJERAS.	204
Clásicos romanos.	204
Clásicos españoles.	206
Libros extranjeros.	210

INTRODUCCIÓN

Hemos llegado sin sentir a los helados dominios de Vejecia, a ese invierno de la vida sin retorno vernal, con sus honores y horrores, según decía Gracián. El tiempo empuja tan solapadamente con el fluir sempiterno de los días, que apenas reparamos en que, distanciados de los contemporáneos, nos encontramos solos en plena supervivencia. Porque el tiempo "corre lento al comenzar la jornada y vertiginosamente al terminarla" (Schopenhauer, Parerga).

Al leer en nuestra conciencia, quedamos un poco aturdidos. El yo, no obstante las traiciones y eclipses de la memoria, sigue considerándose como eje de nuestra vida interior y exterior, a despecho de un cuerpo decrepito que nos sigue jadeante y como a remolque en nuestras andanzas fisiológicas e intelectuales.

Todas las tribulaciones de la senectud fueron tolerables, si nuestros registros sensoriales y centros nerviosos superiores, sobresaturados de experiencia y lecturas, se mantuvieron íntegros. Acaso ocurrió algo de esto en la Antigüedad, cuando los problemas de la educación y de la ciencia eran menos apremiantes y complejos. Sabido es que Demócrito, Platón, Teofrasto, Crisipo, Zenón, etc. (1), pudieron abandonarse a la re-

(1) Hay que exceptuar a Aristófanes, que murió a los sesenta y dos años, y a Epicuro, fallecido a los setenta y dos. Ignoramos si en sus últimos días dieron señales de depresión intelectual, a semejanza del genial Kant (siglo XVIII), en cuyos postreros cuatro años adoleció de alguna debilidad del intelecto. En cambio, Teofrasto nos sorprende al confesar, en su precioso libro *Los caracteres*, que ha cumplido ¡los noventa y nueve años!...

14

flexión casi toda su larga vida y lograron abarcar en síntesis suprema el universo moral y material. Esta adaptación a la cultura es hoy harto difícil. Cada década acrece desmesuradamente el tesoro de nuestro saber. El desequilibrio entre nuestra capacidad mental y los hechos innumerables acumulados durante los últimos dos siglos nos causan una impresión de tensión y agobio difícilmente soportable. Sufrimos una especie de indigestión mental progresiva, que la división del trabajo no puede aliviar sino imperfectamente (1). Lo cultura moderna crece vertiginosamente, mientras la pobre máquina cerebral, herencia milenaria de la especie, parece estacionada o se modifica con una lentitud desesperante. Por todo ello, el mal de la vejez, y aun el de la edad madura, antaño llevaderos, se tornan cada vez más angustiosos.

Pero dejando este linaje de consideraciones, vengamos a nuestro asunto. En la presente obra pasaré revista, siquiera sea muy sucintamente, a las decadencias inevitables de los ancianos, singularmente de los octogenarios, agravados por achaques o enfermedades eventuales.

Preguntará acaso el lector qué me propongo demostrar en el presente libro. Ya el título prejuzga la respuesta. Cotejar dos estados sociales separados por un intervalo de sesenta años. Este parangón es peligroso, porque el anciano propende a enjuiciar el hoy con el criterio del ayer. He procurado, empero, huir en lo posible de este escollo. Se podrá advertir que si flagelo vicios evidentes del pensar y del obrar contemporáneos, reconozco también las excelencias incontestables de las costumbres y aspiraciones de la juventud. En estos últimos cuarenta años, pese a guerras monstruosas y a nacionalismos exasperados, la humanidad civi-

(1) Discrepo de quienes sostienen que un buen especialista puede ignorar cuanto rebasa el círculo de su atención habitual. No; el sabio, además de la disciplina especialmente cultivada, queda obligado, si no quiere adocenarse, a saber algo de todo.

tizada ha progresado más, sobre todo en el terreno de la ciencia y de sus aplicaciones a la vida, que durante todos los siglos precedentes. No comparto, pues, el juicio pesimista de Spengler sobre la decadencia de Occidente.

Se advertirán en el texto escapadas y digresiones hacia campos ajenos al tema principal. Por muy imparcial que sea el escritor, es siempre influido por el espíritu del ambiente. No es que me asusten los cambios de régimen, por radicales que sean, pero me es imposible transigir con sentimientos que desembocarán andando el tiempo, si Dios no hace un milagro, en la desintegración de la patria y en la repartición del territorio nacional. Semejante movimiento centrífugo, en momentos en que todas las naciones se recogen en sí mismas unificando vigorosamente sus regiones y creando poderes personales omnipotentes, me parece simplemente suicida. En este respecto, acaso me he mostrado excesivamente apasionado. Sírvame de excusa la viveza de mis convicciones españolistas, que no veo suficientemente compartidas ni por las sectas políticas más avanzadas ni por los afiliados más vehementes a los partidos históricos.

La índole de este libro me ha obligado a hablar muchas veces de mí mismo, poniéndome como ejemplo de las desventuras y tribulaciones de un anciano trabajador. El "yo" —lo sé de sobra— se juzga orgulloso y antipático. He procurado, empero, despersonalizar en lo posible la mayoría de los relatos, ventilando el tufillo del hospital y evitando el pedantismo técnico de las historias clínicas. El lector, benévolo y comprensivo, perdonará ciertas confidencias y expansiones inoportunas, en gracia de la intención docente y utilitaria en que se inspiran. Y será indulgente también con ciertas consideraciones fastidiosamente científicas inexcusables en los dos primeros capítulos.

Madrid, 25 de mayo de 1934.

PARTE PRIMERA

LAS TRIBULACIONES DEL ANCIANO

DEFALLECIMIENTOS FISIOLÓGICOS Y PSÍQUICOS

Clasificaremos estas decadencias en *sensoriales, cerebrales, psicológicas y somáticas o corporales*, entendiéndolo por estas últimas algunas de las recaídas en los aparatos ajenos al sistema nervioso. Inútil es advertir que tal examen psicopatológico será muy somero, a fin de reservar espacio a otras materias más propias de nuestro plan. Todas ellas serán examinadas sucintamente, y sin el menor aparato científico.

Una cuestión previa se nos impone. ¿Cuándo comienza la vejez? Hoy que la vida media ha crecido notablemente, llegando a los cuarenta y cinco o cincuenta años, las fronteras de la senectud se han alejado. Aun cuando sobre esta materia discrepan las opiniones, no parece temerario fijar en los setenta o setenta y cinco años la iniciación de la senectud. Ni deben preocuparnos las arrugas del rostro —que significan pérdida de grasas y aligeramiento de lastre—, sino la del cerebro. Estas no las refleja el espejo, pero las perciben nuestros amigos, discípulos y lectores, que nos abandonan y condenan al silencio. Tales arrugas metafóricas, precoces en el ignorante, tardan en

presentarse en el viejo activo, acuciado por la curiosidad y el ansia de renovación. En suma: se es verdaderamente anciano, psicológica y físicamente, cuando se pierde la curiosidad intelectual, y cuando, con la torpeza de las piernas, coincide la torpeza y premiosidad de la palabra y del oensamiento.

CAPÍTULO PRIMERO

DECADENCIAS SENSORIALES

La visión normal.—Decaimiento visual.—Presbicia y disminución de la acuidad visiva

Decaimiento visual.

No hay órgano más ingeniosamente concebido y logrado que el ojo y sus aparatos anejos, pese al juicio harto severo del gran Helmholtz.

Consta, como toda cámara fotográfica, de una *lente* u *objetivo* (el *crystalino*) proyector de las imágenes del mundo exterior; un *recinto oscuro* para absorber la luz interiormente reflejada; *diafragma regulador* del pincel luminoso (*iris*) y, en fin, el órgano fundamental (la *retina*), membrana exquisitamente sensible a todas las ondulaciones luminosas. De ella parte el nervio óptico, vía conductriz del impulso retiniano a los centros visuales.

a) El *crystalino* representa una joya de la óptica fisiológica de la vida. Siglos necesitaron los físicos (hasta Leonardo y Porta) para descubrir y utilizar la admirable propiedad poseída por las lentes convergentes de reproducir, por proyección, una imagen real e invertida del mundo exterior. Pero hasta bien entrado el siglo XIX no se logró corregir algunos defectos inherentes a los cristales biconvexos, a saber: la *aberración de esfericidad* y el *cromatismo*. Cosa sorprenden-

te: en contraste con nuestra ciencia, harto retardataria y apática, la Naturaleza acertó de un golpe a imaginar y construir, hace millones de años, un objetivo libre de defectos: inicióse con algún titubeo, en vermes e insectos, y logró plenamente su eficacia en los *cefalópodos* y *vertebrados*, en los cuales consiguió eliminar con sencilla elegancia las citadas aberraciones. Para ello dispuso, desde luego, un diafragma contráctil automáticamente moderador de la luz y eliminador de la acción perturbadora de las regiones periféricas del cristalino. Y al efecto compuso éste, no de una materia diáfana homogénea, sino de capas refringentes, concéntricas, de creciente índice de refracción. Dígase lo que se quiera, la óptica moderna no ha encontrado solución más satisfactoria del problema. Sin embargo, operando en condiciones artificiosas y anormales, cabe advertir alguna leve irisación marginal de la imagen, juntamente con algún indicio de *astigmatismo*. Apresurémonos a declarar que si actúa la visión binocular en condiciones normales, el acromatismo y la aberración de esfericidad resultan irreprochables.

Otro primor asombroso del aparato visual es la producción del relieve, logrado merced a la convergencia, variable según las distancias de los ejes oculares (y la fusión sucesiva de las diversas perspectivas obtenidas por cada ojo del objeto enfocado), amén de disposiciones adecuadas en las vías nerviosas centrales.

Pero donde la Naturaleza se ha superado a sí misma es en la construcción de la *retina* o membrana sensible. Ésta posee doble sensibilidad luminosa; los *bastoncitos* captan la impresión bruta de luz, o sea, el blanco y negro fotográfico; m i e n t r a s que otros elementos receptores, más altamente diferenciados, los conos, recogen los colores, es decir, los impulsos específicos de las diversas longitudes de las ondas electromagnéticas de la luz visible. Y en virtud de una alquimia maravillosa, iniciada en la retina y acabada en los centros nerviosos, lo que en el éter ambiente es simple movi-

miento ondulatorio, conviértese en el cerebro en algo completamente nuevo y puramente subjetivo: sensaciones, percepciones, recuerdos visuales, asociaciones de imágenes, ideas y voliciones.

Cosa curiosa: en el curso del siglo XIX se descubrió por los sabios consagrados a la fotografía científica el *ortocratismo* (Vogel), o sea, el arte de prestar a la placa fotográfica, obstinada en impresiones solamente por el blanco, el azul y el violeta, sensibilidad exquisita hacia los colores de ondas gruesas (rojo, verde y naranja). Consiguióse también descartar el *halo* o reflexión parásita de la luz. Pues bien: la Naturaleza, incansable inventora, había organizado ya, desde las más remotas épocas geológicas, una superficie sensible a todos los colores y hasta moderadora de los excesivamente activos (violeta y azul), gracias a la mancha amarilla del fondo retiniano y al forro de pigmento aislador de *conos* y *bastoncitos* (supresión del halo) (1). Y todo esto, con ser admirable, representa solamente mínima parte de los prodigios del aparato visual, muchos de los cuales jamás serán igualadas por la fisico-química, obligada a trabajar con cuerpos inertes rebeldes a la adaptación automática. Diríase que las células vivas son conscientes de su finalidad coordinadora.

Apuntado dejamos que, con estar perfectamente adaptado a sus fines, el aparato visual adolece de al-

(1) La minuciosa discriminación de los colores mediante el artificio de trocar en sensaciones específicas bien definidas las palpitations del éter, escogiendo al efecto, en el caótico oleaje electromagnético, las ondas más útiles, constituye maravilloso acierto. Porque las ondas captadas y transformadas en impulso nervioso son precisamente, como nota el físico Wood (1910), las más adecuadas a los fines informadores de la visión. En efecto: este sabio demostró fotográficamente que, frente a los objetos exteriores, los rayos ultraviolados producen imágenes borrosas sin contraste suficiente; al paso que, por el contrario, los ultrarrojos dan copias duras, sin medias tintas ni modelado. El ojo de los animales superiores se ha acomodado, pues, durante las edades pretéritas, a las radiaciones más ventajosas a la conservación de la vida de las especies, rechazando las ondulaciones ultrafinas y ultragruesas (rayos X y ondas eléctricas, etc.). (Véase nuestro libro, poco conocido, sobre *La fotografía de los colores*. Madrid, 1912.)

gunos pequeños defectos y limitaciones. Acaso la Naturaleza ha chocado con obstáculos insuperables. Inspirada en móviles estrictamente económicos, pudiera ser que, en lugar de brindarnos el ojo ideal, nos haya ofrecido el ojo posible y estrictamente indispensable. Nada de lujos y superfluidades.

Permítasenos señalar dos ejemplos típicos de las mentadas limitaciones: Apreciamos bien, según es notorio, el relieve de los objetos situados en un círculo de 25 a 30 metros de radio (poco más o menos); mas para los más distantes el relieve disminuye hasta cesar por completo. Para nosotros, el sol, la luna, las estrellas, las nubes, las montañas, etc., residen aparentemente en igual plano. Si los artistas y atletas vistos de lejos no se movieran (teatro, circo, balompié, carreras) describiendo paralajes laterales, semejarían estampas iluminadas. Semejante dificultad de apreciar con evidencia en la lejanía la tercera dimensión, da cuenta de los groseros errores astronómicos cometidos por los antiguos (exceptuando los pitagóricos Aristarco de Sapos y otros geómetras geniales que superaron la ilusión de los sentidos) y el vulgo de nuestros días. Ni reconoce otra causa la ingenua ilusión de una tierra plana coronada por bóveda tachonada de estrellas.

Aunque en grado menor, es asimismo lamentable el que la sensación estereoscópica se contraiga exclusivamente al paralaje transversal, es decir, al correspondiente a objetos emergentes según la dimensión horizontal. Muy provechoso fuera, en alguna ocasión, corregir este paralaje con el vertical o de arriba abajo. A este efecto se precisaría disponer de un equipo cuadriocular, lo que supondría un ojo frontal y otro mencionado. Por carecer de ellos, titubeamos al bajar una cuesta lisa, y sufrimos batacazos cuando, distraída la atención, descendemos por una escalera marmórea, de peldaños blancos uniformemente iguales, sin el menor relieve o accidente acusador de diferencias de profundidad.

El supuesto del aparato cuadriocular no pasa de fantasía arbitraria, como lo sería también el otorgar a los mamíferos el trío de ojos frontales (ocelos) (1) de algunos himenópteros (uno de los ojos yace en plano superior). Discurriendo en el terreno de la mera posibilidad creadora, se adivina la dificultad con que la vida tropezaría para coordinar en un todo continuo y congruente la cuádruple o la triple imagen visual. Cuando el genio de la vida escogió una sola pareja ocular dispuesta en plano transversal, debió de ceder a razones poderosas que escapan a nuestro precario intelecto (2).

El cerebro compensa las limitaciones de la vista.

Podría preguntarse: ¿cómo es que la omnipotente Naturaleza nos ha rehusado los mejores sentidos posibles?, como diría Leibnitz. ¿Por qué no nos ha otorgado un *sentido eléctrico*, ni un órgano destinado a captar las ondulaciones invisibles y el flujo de los electrones y protones? (rayos X, β , emanaciones de la materia radiactiva, etc.). ¿Cómo, dada su altísima sabiduría, no ha previsto tampoco la extraña curiosidad humana por desentrañar los misterios de la vida y del mundo sideral, abasteciéndonos de aparatos semejantes al telescopio y microscopio? Si el genio creador de la vida se dignase respondernos, acaso diría: "Yo os otorgué los órganos sensoriales indispensables a la defensa y conservación de la existencia, atendiendo a los conflictos más comunes; pero si deseáis penetrar profundamente en el arcano del universo, no estáis totalmente desarmados. A este fin os he conce-

(1) Cajal: *Estructura de los ocelos de los insectos. Trabajos del Laboratorio de Investigaciones biológicas*. Tomo XVI, año 1918. Véase también: *Teoría de los entrecruzamientos nerviosos* (traducción alemana del doctor Bressler).

(2) Cabe invocar, en parte, motivos económicos, pero no se explica bien por qué los ojos son siempre pequeños y están separados por tan exigua distancia, con que se limita notablemente la sensación del relieve.

dido algo más precioso que todas las excelencias sensoriales: un cerebro privilegiado, órgano soberano de conocimiento y de acción, que, sabiamente utilizado, aumentará hasta lo infinito la potencia analítica de vuestros sentidos. Gracias a él podréis bucear en lo ignoto y operar sobre lo invisible, esclareciendo, en lo posible, los arcanos —vedados al hombre vulgar— de la materia y de la energía. Y vuestras potencialidades inquisitivas distan mucho de haberse agotado, antes bien, crecerán incesantemente, tanto, que cada fase evolutiva del *homo sapiens* revestirá los caracteres de nueva humanidad."

Los deterioros seniles del aparato visual

Presbicia o vista exclusiva de lejos.

Reintegrándonos a nuestro tema (de que nos hemos apartado algo), el lector ajeno a la fisiología podrá preguntarnos: Ese asombroso aparato de que usted nos habla, ¿se mantiene incólume, o poco alterado en la senectud? Por desgracia, según ocurre con casi todos los inventos industriales complicados, sufre averías y desgastes inevitables. Omitiendo trastornos y dolencias graves, de que no se libran ni aun la infancia y la juventud, debemos citar dos alteraciones a que ningún anciano escapa: la *presbicia* o vista *cansada* y la *hipermetropía* (ojo aplastado en sentido anteroposterior).

Desde los cuarenta y cinco a los cincuenta años en adelante (excluyo a los miopes) advertimos —según es harto sabido— la imposibilidad de leer o escribir con la facilidad de los años mozos. La novela o el periódico enfocados a la distancia de 25 ó 30 centímetros parecen esquivar nuestra curiosidad; automáticamente los alejamos a 40 ó 50 centímetros. Si la acuidad visual creciera en igual proporción, semejante deficiencia carecería de valor; lo malo es que la letra vista a

distancia se empequeñece mucho, excediendo nuestra acuidad visual o discriminadora localizada en la *fovea* o foseta central de la retina. Diríase que el mundo exterior cercano nos abandona, ofreciéndonos, por mezoquina compensación, la visión de lejos.

Por fortuna, en semejante desavío nos socorre el óptico —la Providencia del viejo— ajustando a nuestros ojos fatigados unas lentes biconvexas, que debemos cambiar con frecuencia, porque el daño se acentúa con la edad. ¿Qué ha ocurrido, pues? Que en el *presbicia* (visión exclusiva de lejos) la lente cristalina se ha endurecido, no obedeciendo ya a la presión del *músculo acomodador*, o también que éste sufre los efectos de la degeneración grasienta, o ambas cosas conjuntas.

Hipermetropía.

Avanzando en edad (desde los sesenta o más años) el ojo nos gasta nueva trastada. La avería consiste en que el globo ocular se aplasta de delante a atrás; por tanto, la imagen visual se proyecta enfocada no en la retina, sino detrás de ella. Y al modo de la presbicia, semejante alteración aumenta con los años (1).

Imploramos nuevamente el consejo del oftalmólogo, el cual remedia el desperfecto armando el caballete nasal con unas gafas biconvexas, o planoconvexas de

(1) Podremos cerciorarnos de las graves defectuosidades de las imágenes en los hipermétropes ancianos, presenciando de lejos (20 m.) una partida de billar con los ojos desnudos. En primer lugar, notaremos que las bolas son trilobuladas, como si constaran de tres esferas blancas fundidas por uno de sus arcos. El mingo semeja un tomate; los palillos se duplican; en vez de cinco son diez. Los tacos mismos se ensanchan y, a veces, remedan escopetas de dos cañones. Cuanto más nos alejamos de la mesa, más se exageran estas imágenes atípicas. Así, la bola blanca trilobulada prolifera en tres esferas totalmente separadas, aunque solidarias. Excusado es decir que tales fantasmagorías y distorsiones se extienden a las luces, cuando son lámparas pequeñas, y a los rótulos luminosos, a las estrellas, etc.

Claro está que toda esta caleidoscopia cesa al ponernos las antiparras; Por donde yo colijo que si hay algún nombre genial digno de culto y veneración, es el inventor del vaciado y pulimento de las lentes.

dos o tres *dioptrías*. Hétenos ahora en posesión de un equipo óptico complicado: antiparras para leer, antiparras para ver de lejos y antiparras para enfocar los escaparates de las librerías (de menos dioptrías que los quevedos de leer) y reconocer a los transeúntes cercanos, ¡Es de ver el semblante alelado y compungido del pobre viejo cuando, por distracción, ha olvidado ese arsenal de lentes convergentes! No le queda al cuitado más recurso que adormilarse en un sillón del casino o del café. Visto a través de niebla densa, el mundo exterior ha perdido sus encantos. Y menos mal si una catarata senil o un desprendimiento retiniano no bajan definitivamente el telón sobre el mágico escenario del mundo.

Disminución de la acuidad visual.

Sin ser tan acentuada y frecuente como los citados trastornos visuales, acarrea serios inconvenientes, sobre todo cuando se ha llegado a los ochenta años. El principal consiste en la molestia de la lectura de libros y periódicos impresos con tipos diminutos. Atendiendo a móviles económicos, editores e impresores parecen confabulados para atormentar a la senectud estudiosa. A las letras casi microscópicas se añade la palidez de la tinta o el empleo de colores desvaídos de escasa saturación. En tan lamentable abandono de la tinta negra tradicional incurren, sobre todo, los periódicos ilustrados, cuyos fotografiados se imprimen a menudo en pardo claro, en vez de serlo en negro azulado intenso, o violeta fuerte. Invaden hoy el mercado libros de tan minúsculos tipos, que precisan la lupa. Poseo colecciones completas de las obras de Cervantes y Quevedo completamente inaccesibles a los ancianos. Inadvertencias, por no decir crueldades, de la moda o de sórdida tacañería. Se editan libros y periódicos para la juventud cuya curiosidad puede discurrir por muchos y placenteros cauces; mientras que

a los pobres avejentados se nos priva o escatima el único solaz noblemente humano de que somos capaces.

Permítasenos una digresión. Al consultar las obras maestras de la antigüedad griega o latina nos sorprenden las raras alusiones a la debilidad visual de los ancianos escritores. ¿Por ventura Demócrito, que murió a los ciento nueve años, y Platón, a los ochenta y uno, gozaron siempre de una vista cabal? ¿Leían por sí o se hacían leer por esclavos? Parécenos probable esta última hipótesis. Suponer que los escritores antiguos gozaron de indemnidad a la presbicia y a la hipermetropía, a pesar de haber gastado su vida en el estudio, acusaría un privilegio sensorial difícilmente admisible.

Abstracción hecha de los citados insignificantes defectos, convengamos en que el aparato visual constituye el instrumento mejor logrado de cuantos ha ensayado la vida para relacionarnos con el mundo exterior y captar a distancia los fenómenos variadísimos en él aparecidos.

Dada tal excelencia, se explica bien cómo el psicólogo, el fisiólogo y el naturalista quedan extasiados al contemplar el milagro de la visión. Ni debe extrañarnos que los filósofos la estimen cual prueba decisiva de la omnipotencia de un principio psicológico (como diría Bergson), rector y ordenador de la evolución de las especies. Pero de este tema, esencialmente filosófico, trataremos sucintamente en otra ocasión, si la muerte o el reblandecimiento cerebral no se nos adelantara.

CAPÍTULO II

LAS MARAVILLAS DE LA AUDICIÓN
Y SU DECADENCIA SENIL*Sordera y ceguera.—Beethoven y Goya*

Excelencias del aparato acústico.

Otra de las grandes ventanas abiertas al mundo que nos rodea es el oído. Constituye, al modo del globo ocular, invención admirable y representa fuente informativa de inestimable valor social. Iniciado este sentido en la más baja animalidad (metazoarios), ha adquirido en los vertebrados, sobre todo en el hombre, perfeccionamientos extraordinarios. Ciertamente, el oído no capta las sutiles y velocísimas ondas del éter, sino otras más groseras y menos rápidas: las del aire, recogidas por la oreja, transmitidas después al tímpano, vibrante al unísono de las mismas, y penetrantes al fin, en el laberinto (*órgano* de Corti), donde el movimiento oscilatorio se transforma en impulso nervioso. Canalizado éste por las vías acústicas, conviértese, arribado al cerebro, en las sensaciones y percepciones de *sonidos* y *ruidos*, es decir, en una cosa absolutamente diferente de la vibración atmosférica. He aquí un ejemplo más de cómo en el tumulto de oleajes que nos rodean son seleccionadas unas pocas ondas a la defensa y transformación del individuo. Merced a tan asom-

brosa propiedad seleccionadora, catalogamos y analizamos una escala de símbolos específicos mediante los cuales clasificamos, reconocemos y comparamos los infinitos vaivenes regulares o compasados (sonidos) e irregulares (ruidos) producidos por los objetos exteriores.

Reconozcamos, desde luego, que en orden a estas captaciones sonoras la Naturaleza se ha mostrado más generosa que en la colecta de las ondas etéreas de la luz. Las vibraciones recogidas por el ojo llegan escasamente a una octava, al paso que el oído recoge hasta siete octavas, sin contar muchos miles de tonalidades intermedias. Los sonidos registrados van desde los más graves (unas 16 vibraciones por segundo) hasta los más agudos (más de 40.000). Pero las diferencias individuales son harto variables; personas hay que no perciben el canto del grillo; mientras que otras, en la escala de los graves, no oyen, u oyen mal, los sonidos de la primera octava del piano. En todo caso el aparato que nos ocupa es más analizador que el visual, no tanto por el cuantioso número de tonos y ruidos capaz de diferenciar cuanto por la singular propiedad de percibir en un acorde los sonidos simples contenidos en él (1).

Huelga recordar que el oído, como el ojo y otros sentidos, actuando de acuerdo con el cerebro, posee la extraordinaria y hasta ahora inexplicada facultad de exteriorizar la sensación (*proyección centrífuga*), es decir, de referir fuera de nosotros el origen del sonido y la situación (algo imprecisa) de los cuerpos vibrantes. Desde este aspecto, empero, el ojo supera con mucho la propiedad localizadora del oído.

(1) La escala de vibraciones audibles varía mucho, según los fisiólogos. Para Preyer, el oído recoge sonidos desde 16 a 23 vibraciones por segundo, hasta 40.360, es decir, casi once octavas y media. Pero en los viejos, la capacidad para percibir sonidos agudos disminuye notablemente. Otros autores, como Russel, Burton, etc., dan como máximo de vibraciones susceptibles de impresionarnos, la de 40.000, etc. Gley señala el número de 38.000, etc.

Creada la función auditiva en los animales inferiores para la percepción de sonidos y ruidos alarmantes (previsión, orientación, fuga, etc.), excepto quizá en los pájaros gorjeantes y algunos insectos donde el aparato acústico representa además órgano de relación y de comunicación; perfeccionada en los animales terrestres, ha llegado a ser en el hombre, según dejamos apuntado, instrumento incomparable de sociabilidad y de cultura. Gracias a él fue posible el lenguaje fonético, y acaso contemporáneamente surgieron, como expresión emocional, el canto y la música, las más puras y desinteresadas fruiciones de la vida.

Decaimiento de la función auditiva en la vejez

Dureza de oído y sordera senil.

Hecho notorio es que la audición se debilita a menudo en los ancianos y hasta abundan casos de sordera absoluta. Con todo, hay viejos —preciso es reconocerlo— que, por gracia especial de los dioses, conservan hasta la extrema decrepitud la finura auditiva. Son seres privilegiados susceptibles de mantener asiduo comercio intelectual y sentimental con sus semejantes. Lejos de perder antiguas y provechosas amistades, las aumentan todavía. Porque la conversación, huelga decirlo, es el lazo sentimental por excelencia, y el gran consuelo de los avejentados, algo retraídos siempre por los achaques de la edad y la supresión total o parcial de sus actividades profesionales.

Harto más frecuente que la terrible sordera absoluta es la *dureza* de oído del anciano. A esta cofradía de *tenientes* pertenece, bien a su pesar, desde hace más de doce años, el autor de estas líneas. Para oír necesito que se hable recio cerca. Impongo, por tanto, a mi familia y amigos el enojoso vejamen de conversar a gritos. Y sufro la contrariedad de advertir cómo en

torno mío, los interlocutores, hartos de desgañitarse, adoptan el comodín compensador del cuchicheo, tan sospechoso para los viejos gruñones y suspicaces. Y lo mismo ocurre en las tertulias, donde los amigos musitan más que conversan (así nos parece). Por donde el pobre sordo, víctima del tedio, acaba por aislarse. Con razón decían los griegos que el silencio destruye la amistad.

Injusto fuera quejarse del general abandono. ¿Tenemos derecho, acaso, a infligir a la reunión el tormento de enronquecer? Dejemos, pues, a los amigos platicar a su talante y diapason normal. No seamos egoístas. Cuando la facundia del corro se agote, alguien, tocado acaso de piedad comprensiva, nos revelará, si vale la pena, el tema de la discusión, y el misterio de las vehemencias y acaloramientos verbales, vagamente apreciados por nuestro oído rebelde.

Huelga advertir que mi sordera relativa me ha convertido, insensiblemente, en contertulio poco deseable. Fastidioso fuera referir aquí las adivinables desazones motivadas por tamaño defecto. ¡Cuántas escenas absurdas e irresistiblemente cómicas! Lo más lamentable de tales coloquios frustrados es que, a la larga, imposibilitan —como dejo apuntado— la convivencia social. Progresivamente se siente uno bloqueado por una muralla de hielo; piérdense amistades preciosas; el tedio y la frialdad sentimental invaden hasta a nuestros familiares. Procuran disimularlo piadosamente, pero su apartamiento los denuncia. Se huye del sordo como de un apestado o de un criminal.

La ciencia, tan misericordiosa para el corto de vista, ¿ha sido igualmente generosa con el sordo? Ciertamente, ha imaginado numerosos aparatos amplificadores: trompetillas, micrófonos, etc., pero con poca fortuna. Las invenciones creadas al efecto son poco eficaces. Refuerzan los ruidos y estridores, pero poco o nada los sonidos musicales, y la voz humana. Imposible asistir a conciertos y conferencias. Y en cuanto

al teatro, las voces agradables de los mejores recitadores y cómicos conviértense en murmullos y musitaciones indescifrables. ¡Cuántas veces al contemplar el escenario rumoroso he comparado los ademanes absurdos de los actores con la agitación desesperada de las antenas de un grupo de cangrejos y langostas, encerrados en un acuario!

Se impone, al llegar aquí, un tópico vulgar: el inevitable paralelo, desde el punto de vista de la resignación apacible, entre ciegos y sordos.

Desde Cicerón —cuyas opiniones son contradictorias— hasta Schopenhauer, se afirma que el sordo es más desdichado que el ciego, cuya quietud y serenidad parecen traducir estados de alma dulces y casi beatíficos. Desapruebo esta opinión. Concedo que el ciego goza de las distracciones y enseñanzas del teatro, de la oratoria y de la conversación. Tiene además la satisfacción de cooperar personalmente en muchas actividades sociales y políticas (Academias, Ateneos, tertulias, etc.). A este propósito suele recordarse que Homero, Demócrito y Milton fueron ciegos activos y al parecer dichosos. Lo pongo en duda (1).

Este tópico encierra una verdad parcial lindante con el error. En rigor cabe sostener dicho aserto, cuando de analfabetos e ignorantes se trata, o de ciegos de nacimiento (o de cegados en la infancia antes de los siete años). Pero ¿es lícito generalizar dicho juicio a los ancianos cultos sumergidos tardíamente en las tinieblas, y cuyo cerebro atesoró infinitas representaciones de formas y colores? ¿Concíbese nada más aflictivo y desolador que el ochentón privado de leer y de comulgar, por tanto, idealmente con los grandes maestros del arte, de la literatura y de la ciencia? ¿Quién

no compadecerá al astrónomo o al micrógrafo cegados en el curso de sus maravillosas observaciones?

Por el contrario, nada se opone a que supongamos venturosos, o por lo menos resignados, a un Beethoven sordo, imaginando hasta cerca de los cincuenta y siete años admirables sinfonías, o a un Goya, desterrado voluntariamente en Burdeos, conllevando su infortunio con el cultivo del arte (1).

Harto diferente fuera la suerte de un *ideomotor* desprovisto de capital ideológico. Compréndase bien la amargura de un Milón de Crotona caduco cuando, contemplando a los atletas ejercitarse en la carrera y en la lucha, exclamaba llorando al mirar sus brazos rugosos y atrofiados: "¡Oh, éstos están ya muertos!"

Y esto nos sugiere el reparo de que el problema sentimental de los privados de los sentidos más nobles se ha tratado un poco de espaldas a la psicología individual, reveladora de la existencia de diversos tipos mentales según el sentido predominante y sus representaciones específicas similares. Los psicólogos distinguen las cabezas en *visuales*, *auditivas* o *ideomotorices*. Fácil es adivinar que el máximo infortunio para cada uno de estos tipos psicológicos consistirá en la pérdida de la actividad cerebral predominante (2).

(1) Por lo demás, Beethoven, solterón, duro de oído desde los veinticinco años, incapaz a los cuarenta y cinco de oír su propia música y de dirigir una orquesta: abandonado a causa de las guerras napoleónicas por casi todos sus protectores, fue más desgraciado que Goya, que llegó a la sordera absoluta, tuvo familia y pudo pintar a los ochenta años en Burdeos numerosos retratos, conservando la protección real y la de la corte española. Fuerza es confesar, empero, que como todos los sordos precoces, ambos genios pecaron de suspicaces, ceñudos y malhumorados, defectos poco comunes en los sordos tardíos o seniles. Pero la felicidad o el infortunio, estados subjetivos complejos y cambiantes, dependen de tantas condiciones internas y externas, que es imposible formular sobre este punto un criterio general.

En suma: los ejemplos citados son argumentos en pro de la supremacía intelectual de la vista. Sin ella, Goya y Beethoven habrían sido condenados a la más triste y enervadora inacción. Y esta regla se confirma también en los escritores, salvando las inevitables excepciones.

(2) Acerca de este punto, en cuyo desarrollo no podemos entrar, puede el lector deseoso de informarse consultar las obras de Fechner, Galton, James y casi todos los modernos psicólogos franceses y alemanes. Sólo

(1) Los intelectuales ciegos que yo he conocido, y que perdieron la vista en la vejez, han sido en su mayoría melancólicos y hasta misántropos. Pudiera citar, a este respecto, ejemplos desgarradores. No niego las excepciones.

En cuanto a mí, prefiero mil veces la sordera a la ceguera. Aquélla me aleja del animal humano, a menudo insoportable, cuando no insidioso y hostil. La Naturaleza se ofrece al sordo con sus mejores galas e inefables maravillas. Desde el astro a la célula, todos son temas de noble curiosidad e ingenua admiración. De su ensimismamiento no le saca el inoportuno oleaje de ruidos y estridores (1) ni le atosigan locuacidades irrestañables. Su soledad mental aviva la atención y acaso acendra el sentido crítico.

recordaré que los *visuales* se diversifican tanto, que podrían agruparse en multitud de subtipos. Se conocen individuos con una memoria visual maravillosa de fisonomías, pero casi nula de paisajes; otros, de formas geométricas y números; algunos, de obras de arte y de creaciones literarias, pero impasibles ante los espectáculos pintorescos de la Naturaleza. A este tipo, corriente entre los eruditos, pertenecía Anatole France, el sutil estilista francés.

(1) La palabra *estridencia*, inventada por Cambó, no es castellana. El vocablo castizo es *estridor*, aunque nada tendría de extraño que la Academia, asaz indulgente y acogedora, la incluya en el diccionario, como otras muchas voces o acepciones lanzadas por periódicos y oradores.

CAPÍTULO III

OTRAS LIMITACIONES ORGÁNICAS

Debilidad muscular. — Congestión cerebral arteriosclerótica. — Premiosidad en el trabajo. — Algunas confidencias autobiográficas que él lector puede pasar por alto. — Mi fácil presagio sobre la próxima guerra. — El insomnio y sus deplorables consecuencias

No escribo un libro de patología, labor inoportuna y tediosa para lectores extraños al arte de curar. Aquí sólo haré notar algunos efectos anejos a la senescencia, los cuales influyen de modo decisivo, tanto en la vida de relación, como en la actitud intelectual y sentimental de los caducos.

Debilidad muscular.

Debida a la atrofia de las fibras contráctiles, y acaso también a la degeneración parcial de los centros motores de la medula espinal, tradúcese por el cansancio de piernas y brazos y, a menudo, también por la flojedad del corazón y atonía del aparato digestivo y génitourinario. Fijémonos, desde luego, en las deficiencias del aparato locomotor.

Apasionado durante mi juventud a la gimnasia violenta, siento quizá con más agudeza que otros viejos la imposibilidad de las demasías musculares antaño-nas. Contemplar una montaña y escalarla, era para mis

veinte años, más que acto deliberado, impulsión instintiva irrefutable. En mi lista de proezas deportivas —harto vulgares, por otra parte— cuento desde el modesto Moncayo a la imponente Jungfrau. Mas no añoremos ufanos vanas gestas moceriles; nos lo prohíbe el prudente *Laudator temporis acti*, con que Horacio moteja a los viejos parlanchines. Además, la pasión deportista de la época actual, servil imitación de las modas de los fríos países septentrionales, ha convertido a casi todos nuestros señoritos en héroes musculares.

¿En qué paró aquella musculatura concienzudamente hipertrofiada, y de la cual me sentía orgulloso?

Dejando a un lado el retraso inevitable de mi actividad intelectual (1) frente a mis condiscípulos de bíceps miserables, pero de minerva avispada, toda aquella poderosa máquina motriz quedó aniquilada, allá por los años 74 y 75, por las toxinas de un minúsculo *protozario*, el *plasmodium malariae* y las de un microbio intestinal, agente etiológico de la disentería tropical; azotes ambos de la manigua cubana y responsables de miles de vidas españolas estérilmente sacrificadas. Y si en plena juventud tuve que renunciar al campeonato de la fuerza inútil y aparatosa, ¿qué será hoy, que friso en los ochenta y dos? Jadeante y cansino, apenas puedo caminar sin fatiga 300 metros. La despreciable altura del Cerro de San Blas se me antoja la cumbre de la Maladeta, y la cuesta de Atocha, la falda del Mont-Blanc. No es de extrañar, por tanto, que la orografía de la capital y aledaños se haya metamorfoseado a mis ojos. Las dimensiones verticales dominan a las horizontales. Calles y suburbios semejan uno de esos mapas de relieve en donde, para acentuar las montañas y altiplanicies, se ha centuplicado la altura de las cotas. He descubierto cuevas imponentes allí donde hace treinta y cinco años no las

había perceptibles; ejemplo: la suavísima calle de Alcalá, y hasta las medianas entre la Puerta del Sol y la bulliciosa rúa de Sevilla. La tierra se empina y se eriza de accidentes ante mis pasos vacilantes. Y el aborrecido coche burgués se me impone, no obstante mi modesta posición crematística. ¡Adiós atrayentes barzoneos por las calles céntricas, desbordantes de gentío e iluminadas por rutilantes rótulos y escaparates...! El coche debe seguir zigzagueando direcciones absurdas, prefijadas por sabias pero onerosas ordenanzas municipales, con la consiguiente pérdida de tiempo.

La congestión arteriosclerótica.

Lejos de mí el designio de señalar las posibles causas de este malhadado signo de caducidad. Apresúmonos a declarar que no todos los viejos padecen semejante trastorno generador de insufribles cefalalgias y rebeldes insomnios.

Unamuno, con sus setenta y dos años, goza no sólo de envidiable salud física, sino de una mentalidad robusta que aparece afinada y depurada diariamente en sus escritos. Y el veterano Gutiérrez Gamero sigue escribiendo con la soltura y el gracejo de su juventud, como si no contara sus buenos noventa años.

Hemos aludido ya a la relativa insociabilidad del viejo atacado de sordera. Semejante defecto se agrava y complica con el citado fenómeno congestivo. Fuerza es renunciar a conferencias, discursos y polémicas. ¡Cuánto envidia a quienes, conservando fría la cabeza a 25 grados, pueden saborear las oraciones políticas del Congreso y del Ateneo, los discreteos y murmuraciones de pasillos y tertulias, los deleites del teatro o del *cine parlante*!

Hasta de la conversación reflexiva y algo prolongada debo abstenerme. ¡Pobre de mí si, cediendo a la tentación, me enredo en pláticas pedantes filosóficas o científicas...! Entonces el rostro y el cerebro se arre-

(1) Véase: *Recuerdos de mi vida*, 3.^a edición, 1923.

bolan; la memoria flaquea; como irritada contra el obstáculo infranqueable, la palabra se arrebata titubeante; la imaginación tórnese premiosa y díscola; piérdese, en fin, la santa ecuanimidad, tesoro de prudentes y discretos. Y con todo eso, el flujo verbal continúa irrefrenable. Enajenado el espíritu, desoye esa voz interior, angustiosa protesta del cerebro sobreexcitado, que nos recuerda clemente el peligro de la hemorragia y la parálisis fulminante. Y amenazados por esta espada de Damocles, los viejos arterioscleróticos nos reducimos al fin, escarmentados, a la inercia y a la indolencia. Pasó el tiempo de pulir períodos, imaginar metáforas y escoger cuidadosamente ideas y vocablos.

Permítaseme aquí recordar brevemente cómo se inició en mí este proceso o por lo menos la conciencia clara de él, dado que se trata de una lesión lentamente incubada, en que el lector me perdonará estas fastidiosas confidencias autopatológicas.

Fue hace unos trece años. De día en día notaba, al abandonar la tertulia del café, donde departía con los amigos acerca de todo lo divino y humano (quizá con demasiada vehemencia, pero siempre con el respeto debido a compañeros estimados y queridos), que mi cabeza ardía, sin que moderasen la sofocación el paseo ni el silencio absoluto. Cierta día, después de una sesión fotográfica a 35 grados, la congestión cerebral alcanzó tal agudeza que me obligó a consultar al sabio y simpático doctor Achúcarro, compañero de laboratorio. Me examinó y previas algunas precauciones oratorias y eufemismos piadosos, lanzó el terrible veredicto: "Amigo mío, ha comenzado la arteriosclerosis cerebral de la senectud. ¡No hay que alarmarse! Estamos al principio y un buen régimen atajará el progreso del mal." Recetóme el yoduro de potasio, me aconsejó mesura al hablar y escribir y me prohibió asistir a locales sobrecalentados. Picada mi curiosidad, consulté los libros y topé con retahíla de trágicas amenazas. Recomendaban, como Achúcarro, yodo y quietud. Me brin-

daban, pues, a guisa de problemático paliativo, el tedio de la inacción: la congelación del pensamiento, más horrenda que la misma inexistencia.

¡Bonito porvenir! Pero yo, que fui siempre terco y rebelde, decreté para mi capote, aunque sin gran convicción, que gozaba de buena salud. Me autosugestioné una euforia rezumante por todas las expansiones de las neuromas cerebrales y decidí trabajar, a pesar de los doctores y de la anatomía patológica. Con todo eso —y exageraciones aparte—, por sí la ciencia tenía razón, moderé de vez en cuando mi actividad, no sin entablar encarnizadas batallas con un temperamento harto locuaz y expansivo. A regañadientes adopté un régimen de abstención y de silencio. Frecuenté los cafés gélidos y solitarios (1) para poder leer tranquilamente un periódico. Y para escribir en casa durante el estío me confiné en el sótano, donde instalé caudalosa biblioteca. Allí organicé también, a mis expensas, un pequeño laboratorio para alternar la observación con la lectura, y la pluma con el microscopio.

Consecuencia obligada de estas prudentes resoluciones fue el denegar entrevistas solemnes y reportajes vocingleros. A la prensa no agradó mi actitud reservada. Según ciertos reporteros demasiado celosos, un modesto naturalista como yo tiene la obligación ineludible de ser oráculo infalible y omnisciente; debe dictar fallos en materias políticas y sociales. Viéndose desairados, algunos de aquéllos me gratificaron con los epítetos de *hosco*, *huraño*, *adusto*, *orgullosos* y *gruñón* (podría citar periodistas y diarios).

Por fortuna, quienes me tratan de antiguo, se sonríen al leer tales apreciaciones. Cónstales de sobra que, por lo contrario, fui siempre afable, decidor, franco y

(1) Este obligado aislamiento en cafés fríos y casi vacíos dio a menudo ocasión a comentarios poco piadosos. ¡Cuánto trabajo les cuesta a ciertas personas penetrar en la causa de ciertas insólitas actitudes, o enterarse directamente de los móviles a que obedecen!

campechano. De ello pueden dar testimonio los supervivientes del café Suizo o del de Castilla.

Aparte las citadas razones, harto apremiantes —¿por qué no confesarlo?—, los artículos destinados a la efímera prensa diaria no me seducen. Y hoy dispongo de nuevos argumentos. Mi fatiga cerebral me ha hecho descontentadizo y meticuloso para hablar y escribir. Perdióse, si la tuve (que lo dudo), la antigua facilidad, ese don supremo de los dioses. Cada cuartilla me cuesta tres o cuatro copias, y jamás queda a mi gusto. A ser posible, reharía y refundiría todos mis libros, cuyas ediciones —dicho sea de pasada—, a causa de tan justificada desconfianza, apenas se parecen. Siempre encuentro en ellos algo que rectificar o que añadir.

Ciertamente, hubo una época dramática y efervescente, allá por los años 98 y el comienzo del siglo, en que me lancé a la polémica lleno de ingenuo ardor e inocente presunción, dando a la estampa muchos artículos, flojos casi todos. Los había, sin embargo, si la vanidad no me ciega, tolerables; por ejemplo: un estudio sobre el retorno inexorable de las guerras (1), otro sobre el paro dominical; varios sobre las causas probables del desastre colonial, henchido de agrias censuras a nuestros gobiernos; bastantes sobre el manido tema del atraso científico español, predilectamente tratado después por ilustres y disertos escritores (Ortega y Gasset, Rey Pastor, Sáinz Rodríguez, Maeztu, Giménez Caballero, etc.), ¿quién los recuerda y los cita? Nadie. Qué más: Hasta un discurso académico convertido ulteriormente en libro, llana y desinteresadamente escrito e inspirado en el más sincero y fervoroso patriotismo (quién habla hoy de *patria*, esa antigualla burguesa), destinado a recordar a la juventud estudiantil la urgencia de colaborar, al lado de las naciones

(1) Hoy se repiten casi todos mis viejos argumentos. Se presagia para un porvenir inmediato horrendo conflicto bélico. Fácil profecía, porque cada guerra es consecuencia ineludible de la anterior, y toda nación fuerte abusó siempre de su fuerza. Sólo la penuria económica demora la terrible conflagración. Pero ella es inevitable.

próceres, en la tarea de la investigación científica, si granjeó al principio entusiastas adhesiones, halló también frialdades y desmanes en ciertos censores sobradamente severos (1).

El insomnio y sus deplorables consecuencias.

Sabido es que el anciano duerme poco, y menos aún el atacado de trastornos circulatorios cerebrales. Esto acentúa la insociabilidad del viejo, tan bien analizada por Schopenhauer. Para remediar el insomnio recurrimos a los hipnóticos: al *veronal*, al *sulfonal*, al *fanodormo*, hasta la *morfina*. Buscamos en esas drogas una acción sedante, es decir, la calma indispensable a la función del pensamiento. Y caemos insensiblemente en el funesto abuso de los fármacos. Con el tira y afloja de sedantes y excitantes convertimos la mente en vorágame de encontradas corrientes, con daño irreparable de las neuronas sobreexcitadas. ¡Pero es tan triste para un habituado al trabajo intelectual la abstención de leer y escribir!

Diríase que el cerebro decadente ansia compensar de antemano su próximo inevitable silencio, mediante una sobreproducción exasperada. En pie de guerra contra las ideas que le disgustan, desea lanzar a la publicidad los últimos pálidos destellos de una mente en decadencia, aun a sabiendas de su infecundidad. Y no retrocede ni ante el juicio merecido de *grafómano*.

El abuso de los hipnóticos tiene consecuencias sociales harto molestas. Pasamos a menudo a la fase de

(1) *Reglas y consejos sobre Investigaciones científicas*, 6.^a edición refundida. Hay una traducción alemana del doctor Miskolczy. Munich, 1933. En ella se descartan, a petición mía, los temas exclusivamente españoles. Por cierto, que ninguno de nuestros flamantes regeneradores ha leído el capítulo consagrado a las causas probables del atraso español donde anatematizo por igual a la leyenda negra y a la leyenda blanca, como la llama Unamuno. Mi leyenda, si cabe aplicar este vocablo equívoco a la estricta expresión de la verdad, al menos tal como yo la veo, sería la *leyenda gris*. *In medio stat virtus*.

sobreexcitación a la de depresión. Durante la primera nos hacemos insoportables. Y no siempre nos conducimos con mesura y discreción. Desmandada la lengua, reaccionamos desproporcionalmente frente a fútiles motivos. Asombramos a quienes nos desconocen o nos tratan de raro en raro. ¡Ironías de la suerte! Quien esto escribe, que ha llevado su bondad y magnanimidad hasta proteger a émulos y adversarios enconados; que nunca supo negar su consejo y protección oficial y particular a ningún compañero laborioso e inteligente, ha sido en alguna ocasión víctima, hasta en la prensa, de injustas censuras o de frialdades y desdenes de los más favorecidos. Y todo por la imprudencia de no recatarme, cuando la excitación patológica de los hipnóticos crea en mí una segunda naturaleza, casi diametralmente contraria a la normal.

Mi situación, empero, ha mejorado algo estos últimos años. A fuerza, de tesón, he moderado las dosis de dichos medicamentos, y conseguido suprimir casi radicalmente sus deplorables consecuencias sociales. Y para mejor garantizarme contra precipitadas y a veces injustas apreciaciones, me he condenado al mutismo y al arrinconamiento. Pero de esto hemos hablado ya sobradamente. Sin embargo, no caí, por fortuna, en la embriaguez de los *paraísos artificiales*, ruina de tantos ingenios prematuramente aniquilados. Tampoco me sedujo el alcohol, de moda en la vieja bohemia, y responsable de la temprana desaparición de algunos de nuestros mejores escritores y críticos del siglo XIX.

CAPÍTULO IV

LAS TRAICIONES DE LA MEMORIA SENIL

El olvido y sus formas. — Algunos ejemplos de errores de escritores ancianos. — Consejos para evitar "lapsus" graves

Archivo de lo pasado, lucimiento del presente y único consuelo de la vejez, la memoria es el don máspreciado y maravilloso de la vida. Por algo los griegos la divinizaron con el nombre de *Mnemosina*, madre de las musas. Ella hace posible la noción de la personalidad, eternizando lo vivido, puesto que enlaza y funde el presente con el pasado. Enriquece la percepción actual con todas las asociaciones suscitadas antaño al contemplar hechos análogos. "Adivina, en fin —según expresa bien Ebbinghaus—, lo que está oculto antes de que sea visible o tangible, permitiéndonos adaptar las reacciones a todo lo alejado en el tiempo y el espacio, y usar, por tanto, en la lucha contra las cosas, de precaución y previsión."

Ni en el sueño nos abandona. Con ayuda de la fantasía creadora, reaviva en las tinieblas de lo subconsciente imágenes borrosas, próximas a extinguirse, proyectándolas a menudo en las incoherencias y fulgurantes alucinaciones del ensueño, que, pese a Freud y a algunos autores impregnados de misticismo, escapa a toda explicación racional (1).

(1) Véase Cajal: *Las alucinaciones del ensueño*. Trabajo incompleto, pero en vías de refundición y ampliación. En este estadio se analiza en síntesis el contenido y significación de miles de ensueños, cuidadosamente registrados.

Por desdicha nuestra, tan preciosa propiedad del cerebro flaquea lamentablemente en la senectud. A despecho de la atención exploradora, la cinta cinematográfica del pasado sufre sorprendentes mutilaciones, que disminuyen nuestra capacidad mental y paralizan los esfuerzos de intelección y expresión.

Existen, sin embargo, retentivas heroicas que apenas claudican llegada la decrepitud. Ha de convertirse, empero, en el hecho de la *amnesia senil*, fenómeno hartamente conocido y descrito por los psicólogos, y que Ribot define con esta frase: "Lo nuevo muere antes que lo antiguo." Exacto; aunque habría que hacer algunos distingos. Atengámonos, no obstante, a los casos comunes. Y lo común es que las palabras e ideas se eclipsan cuando las buscamos. Por ejemplo: al escribir o conversar, ciertos vocablos coquetean, según la frase de Benot, con nuestra atención exploradora; por ráfagas aparecen, huyen y se recatan; para descubrirlos y domarlos necesitamos bucear laboriosamente en las páginas farragosas de los diccionarios. Hasta la ortografía muéstrase, a veces, recalcitrante. Pero lo más grave es la confusión provocada por el correr del tiempo en el fruto de nuestras lecturas y reflexiones. ¡Qué apuros cuando, deseosos de decorar la trivialidad de la prosa, escudriñamos los archivos de la retentiva! (que juzgamos ordenados minuciosamente). ¡Vana ilusión!... Fallan las doctas referencias y caemos en extraños y ridículos anacronismos. Con ingenuidad encantadora, convertimos un guerrero en filósofo, o un científico en literato, o atribuimos máximas de los clásicos a escritores o pensadores contemporáneos o cronológicamente poco alejados.

Interrogados los psicólogos acerca de estas extrañas anomalías, responden que hay dos memorias; una orgánica, espontánea, puramente sensible y casi inconsciente; y otra memoria esencialmente psicológica, consciente y sistematizada. La primera, afirma Degas, prioritativa de los animales, persiste casi exclusivamente

en los viejos. Al principio —nos aseguran— se desvanecen los nombres propios, luego los nombres comunes y más tarde los demás. Fuera inoportuno tratar aquí del fenómeno del *olvido*, que se hallará perfectamente desarrollado en los tratados y monografías psicológicos (1).

Lo que debemos tener presente, viejos o jóvenes, es que la memoria se adhiere y fija mediante tres mordientes (hablando en términos de tintotería) diversamente repartidos, pero jamás ausentes en los cerebros relativamente sanos de los provecetos: el *interés*, la *emoción* y la *atención obstinada*. *Cuánto* más tiempo naya permanecido un hecho en el campo de la conciencia, mejor se lo recuerda (W. James). Y cuando no interesa ni se ahincadamente atendido, ni se acompaña de una enérgica tonalidad emocional, desvanécese rápidamente. Por donde resulta que también el viejo, aunque al precio de atención profunda y perseverante, puede aspirar a la vivacidad y brillantez del recuerdo. Y con respecto a la condición emotiva, ¿quién osará negar la persistencia en el anciano de la imagen del hijo o de una esposa difuntos, tiernamente amados, o la de una injusticia desaforada, aunque tales hechos hayan acaecido recientemente?

Sin entrar aquí en más antecedentes acerca de la amnesia de los viejos, sentemos una conclusión innegable. El anciano podrá, si duplica o triplica su trabajo, alcanzar, en un tema estudiado con cariño, un rendimiento casi tan bueno como el conseguido por el hombre joven o maduro. Todo es cuestión de tiempo, interés y pasión. Lo malo es que no todos los viejos disponen de voluntad y paciencia suficientes para fortificar la atención desfalleciente o distraída. Falta en algunos el entusiasmo y sobra en otros el desaliento. Otras veces paraliza nuestra pluma o congela nuestro

(1) Quien desee informarse de estas cuestiones, consulte los libros de Ribot, Bergson, W. James, Wundt, Degas, Müller, etc., amén de los tratadistas ingleses (Bain, Spencer, Stuart Mill, etc.).

pensamiento esta formidable interrogación: "¿Para qué trabajar?... ¿Viviré lo bastante para acabar mi obra? Y suponiendo que dé cima al arduo empeño, ¿hallaré lectores que miren con benevolencia mis chocheos, aunque estén entreveradas con algún acierto?" Tiempo ha hicimos notar, no sin amargura, "que lo terrible de la senectud es carecer de mañana" (1).

A guisa de ejemplos de *lapsus* cometidos por los viejos, permítaseme citar algunos casos típicos. Pero antes importa clasificar las causas presuntas de aquéllos (2).

Según mi experiencia personal, los errores accidentales cometidos en la conversación y en los trabajos científicos y literarios pueden clasificarse (excluyendo distracciones, apresuramientos y tendencia automática al ahorro de esfuerzo) en los siguientes grupos:

- 1.* Error por analogía fonética (como cuando distraídamente decimos o escribimos *termómetro* por *barómetro*).
- 2.º Por similitud ideológica.
- 3.º Por antítesis (como cuando, según ocurrió a un célebre periodista, escribió *meridiano* por *paralelo*).
- 4.º Por generalización excesiva y precipitada.
- 5.º Por cambio de personas y funciones.
- 6.º Por exceso de confianza en el saber de los demás (repetición casi maquinales de *lapsus* autorizados por escritores ilustres).

(1) *Charlas de café*, 1.ª edición, 1921.

(2) Sobre las equivocaciones y *lapsus* de la conversación y discursos orales, ha disertado recientemente Freud, el sabio neuropsicológico vienés. ¡Lástima que tan agudo y disertado ingenio pegue a menudo de especioso y sistemático, pretendiendo explicar por la *represión* equivocaciones de pura raigambre fisiológica (fatiga de la atención y de la memoria verbal, sustituciones de palabras por olvido eventual del léxico, reorganización compensadora de recuerdos borrosos, tendencia al ahorro de esfuerzo mental, etc.). Véase: *Psicología de la vida cotidiana* (olvidos, equivocaciones, torpezas, errores, etc.). Traducción de L. López Ballesteros, con un prólogo excelente del maestro Ortega y Gasset. Las faltas observadas por Freud son mucho más raras en los trabajos literarios, donde la improvisación, sin ser excepcional, es menos común que en la oratoria, y donde el desmemoriado puede aliviar el eclipse mnemónico consultando diccionarios.

7.º Por desagregación espontánea de las representaciones y creación de nuevas combinaciones arbitrarias.

8.º Por confusión inconsciente de juicios valorativos (peyorativos casi siempre) sobre las personas. Aquí se comprenden algunas de las equivocaciones de la conversación, ingeniosamente analizadas por Freud.

Y prescindimos de otras variedades, que se hallarán en los tratados psicológicos. Mencionamos solamente los grupos de *lapsus*, más corrientemente sufridos por nosotros, o recogidos en nuestras recientes lecturas.

Huelga advertir que los errores a que aludimos, no raros en los escritores jóvenes o maduros, se multiplican deplorablemente en los viejos. Sirvan los siguientes para cautela y desconfianza de los caducos desmemoriados.

No entrando en mis intenciones molestar a nadie ni censurar flaquezas en que todos incurrimos, sino dar a los ancianos laboriosos la voz de alerta acerca del peligro de la amnesia senil, llamaré los nombres de los autores españoles contemporáneos y sólo citaré *nominatim* el de algún autor extranjero ya desaparecido. Y por si algún zahori adivina las personas aludidas, declaro paladinamente que tales *lapsus cálamis* carecen de importancia y en nada menoscaban ni empañan reputaciones legítimas y sólidamente cimentadas. A este respecto, suscribo formalmente el juicio discreto de Azorín, expresado en un diario político.

1.º Cierta periodista ilustre, de edad más que madura, afirma formalmente que los senadores romanos, cuando los bárbaros estaban a las puertas de Roma, discutían "si la luz era o no increada". ¿No se confundirá aquí a Roma con Bizancio y a los bárbaros del Norte con los turcos? He aquí un caso típico de desagregación de un recuerdo histórico, con reorganización del mismo, mediante asociaciones arbitrarias.

El mismo brillante escritor atribuye a un ateniense el dicho célebre de Escipión *el Africano*, desterrado voluntariamente de Roma: "Ingrata patria, no posee-

rás mis cenizas." (Se duda, sin embargo, de la autenticidad de la frase, que no se halla en Tito Livio, donde se relata con pormenores la muerte de Aníbal y Escipión.)

2.º Cierta exquisito y aplaudido novelista que conserva en la senectud el excelso don de la expresión, confiando demasiado en su excepcional retentiva, oficina de naturalista en uno de sus últimos preciosos libros, designando *Spex* al *Sphex flavipennis*. Y supone que este insecto paraliza arañas, cuando su especialidad predatoria es paralizar grillos (todas las especies de *Sphex* cazan ortópteros para alimentar a sus larvas). Aquí hay distorsión senil de recuerdos, en el fondo exactos, con creación concomitante de asociaciones espurias.

3.º Otro de nuestros más ágiles y elegantes prosistas confunde (y no una, sino varias veces) los *élitros* con las alas de los insectos. Efectos del sobretrabajo agotador (este fecundo publicista escribe dos y hasta tres artículos diarios) y de la precipitación, no muy compatible con la consulta detenida de un diccionario.

4.º Citemos a otro ilustre y elocuente diarista, también provector, que atribuye a Servet (1) la exclamación de J. Hus, el famoso heresiarca checo, condenado a la hoguera. Sabido es que al advenir desde la pira preparada la llegada de ingenua viejecita aportando un haz de leña para la hoguera, prorrumpió en esa exclamación impregnada de resignada amargura: ¡*O sancta simplicitas!* (Nuevo ejemplo de disgregación de un recuerdo con arbitraria combinación de fechas y personas.)

5.º En no recuerdo qué número de *Estampa* se convierte al historiador Tito Livio en emperador roma-

(1) Acerca de Serveto (no Servet) se han cometido muchos errores. El mismo insigne Menéndez y Pelayo lo hace nacer en Tildela, cuando la fe de bautismo demuestra que vio la luz en Villanueva de Sigena (Huesca).

no; con ello se comete el *lapsus* tan frecuente de cambio de personas y funciones.

6.º A propósito del lugar de nacimiento de la artista Raquel Meller, un semanario ilustrado descubre que Tarazona pertenece a la provincia de Huesca.

7.º Como tipo de error cronológico, con generalización abusiva, citaban los escritores de hace treinta años las equivocaciones de ilustre escritora. Entre ellas descuella la estampada en un cuento (si no recuerdo mal) donde se dice que la Magdalena sirvió a Jesús en una *crátera* cierta naranjada, sin reparar que, en tiempos del Redentor, no existían naranjas en Galilea, ni los hebreos gastaban cráteras (grandes recipientes donde mezclaban los helenos el vino con el agua). Sírvale de disculpa el hecho real de cultivarse hoy naranjas en Palestina y Egipto y excúsele nuestra tendencia a generalizar retrospectivamente aspectos y costumbres contemporáneos.

8.º De la cosecha de otro escritor brillante, pero más disertado en derecho y cuestiones sociales que en física, es el descubrimiento de que los rayos Roentgen y los de Hertz (ondas eléctricas del éter) son la misma cosa. (Error por analogía ideológica y precipitación en el juicio.)

9.º Cierta famosa escritora, feminista pertinaz, que escribe sus amenas crónicas desde Nueva York, incurre a veces en descuidos inexplicables: dice, por ejemplo, que para cada hombre nacen seis mujeres. Cualquier manual de Fisiología le habría enseñado que para diez hembras nacen once o doce varones. Ciertamente, a la larga, predominan las primeras sobre los segundos; pero este desequilibrio demográfico proviene de que el varón, obligado al servicio militar, a la emigración y al sobretrabajo anejo al sostenimiento de la familia, está mucho más expuesto que la mujer a todo género de enfermedades. Se comete aquí error por generalización excesiva. De todos modos, y dicho sea de pasada, las feministas frenéticas deberían meditar so-

bre el mencionado fenómeno, y hacerse cargo de que, sin reivindicaciones de ninguna clase, su longevidad está mejor asegurada que la de los hombres. Si el nacer varón es un privilegio de la fortuna, hay que convenir en que constituye ventaja poco envidiable.

10. Un espiritual cronista, aludiendo al más eximio de nuestros dramaturgos, le atribuye, sin duda para halagarle, cierta aguda salida de Voltaire. Sabido es que el filósofo de Ferney, siempre cortés con las lumbreras científicas, felicitó a Casanova (1) por haber conocido personalmente al gran Haller, anatómico y botánico suizo. "Me extraña mucho su juicio —le respondió el interlocutor— porque él no le corresponde a usted en su admiración." A lo que Voltaire replicó rápidamente: "¡Ah, ah!, il est possible que nous nous trompions tous deux." (Citado en las memorias de Casanova.)

11. Otro periodista, no menos renombrado, convierne en sentencia originariamente latina la conocida y manoseada frase de Sócrates: "Otros hombres viven para comer, pero yo como para vivir" (2). (Error de cronología.)

12. Cierta cronista, justamente celebrado por su ingenio y la soltura y fluidez de su estilo, olvida que el inventor del teléfono no fue Edison sino Graham Bell. (Error por trueque de personas y confusión cronológica.)

13. Curioso, pero muy excusable, es el *lapsus cáلامي* advertido por cierto humorista travieso y de copiosa lectura. En uno de los artículos de un novelista ilustre, penetrante analista psicológico y estilista admirable, se califica de *filósofo* al famoso general ateniense Temístocles, citando al efecto la frase lapidaria de éste durante su conferencia con Euribíades, jefe supremo de la escuadra griega: "Pega, pero escucha." No-

(1) *Mémoires de J. Casanova*, tomo IV, capítulo IX. (B. Flammarion, editor.)

(2) Véase: *Diógenes Laerci*: Vida de los filósofos. Sócrates.

ble y sinceramente rectificó el *lapsus* el aludido maestro de prosistas, alegando que en el fondo Temístocles había hablado más como filósofo que como militar. Trátase de un *lapsus* por analogía ideológica en que incurrimos muchos al conversar o escribir. El héroe ateniense, como la mayoría de los aristócratas y generales griegos, había recibido una educación literaria y filosófica que ya quisieran para sí nuestros flamantes caudillos. (Recuérdese a guisa de ejemplo a Jenofonte, filósofo, historiador, expertísimo general y discípulo fervoroso de Sócrates.) Pero los errores se extienden cual gota de aceite sobre el agua. Grande fue, pues, mi sorpresa cuando, no obstante la aclaración publicada, semanas y meses después, nutrido grupo de periodistas de Madrid y provincias repetía la excusable y excusada equivocación. Hasta hubo quien cometió el anacronismo de convertir al general espartano Euribíades (interlocutor de Temístocles) nada menos que en Leónidas, muerto heroicamente en las Termopilas bastante tiempo antes. Y todo por no haber leído a Plutarco y obedecer inconscientemente a la sugestión reiterada de una frase conocida. (Tales errores por imitación pegadiza y excesiva confianza en el ajeno juicio son innumerables.)

Mas lo que prueba que el imperio de la analogía ideológica, como motivación de *lapsus*, actúa independientemente en muchas cabezas, es que, revolviendo libros, topé con que la consabida equivocación fue ya cometida por el diputado belga Estameli, en 1885, en un discurso a la Cámara de diputados (1).

14. *Lapsus* por trueque de personas son comunes hasta en nuestros clásicos. Para no caer en enfadosa prolijidad, baste citar al agudísimo e intencionado Larra, quien afirma que Platón "obligaba a callar cinco años a sus discípulos", confundiendo al filósofo de la

(1) Véase el libro de Cim: *Nouvelles récréations littéraires et historiques*, París, 1921, donde se recogen muchas y sabrosas anécdotas de este género.

Academia con el casi legendario Pitágoras. (*El siglo en blanco*. Obras de Larra) (1).

15. Tampoco los literatos extranjeros de fama universal, cuando llegan a viejos, y aun sin serlo, dejan de cometer dislates. El dulce Fenelón pone en boca de Mentor esta reflexión: "Que la grandeza es como ciertos vidrios que aumentan todos los objetos." Olvida el reverendo autor de *Telémaco* que las lentes fueron inventadas en el año 1150, después de Jesucristo. (Error por extensión cronológica.)

16. Famosa es la equivocación de Cousin, el elocuente filósofo francés tan bien retratado por Taine. En su vejez compuso e imprimió cierto discurso, presentado a la Academia, en el cual gratificaba a Abelardo con la máxima de Cicerón: "*Dubitando ad veritatem pervenimus*" (Dudando alcanzamos la verdad). Y cuando Hoffer, su secretario, le hizo notar que esta máxima adjudicada a Abelardo pertenece al famoso orador romano (*De officiis*), rugió esta frase: "¡Miserable!... me habéis deshonrado." Huelga decir que el pobre Hoffer, filósofo, médico y humanista de primer orden, etcétera, hubo de tomar la tangente (2).

17. ¿Quién sospecharía que Anatole France, el exquisito y sutil escritor, no obstante su prodigiosa retentiva, incurra, si hemos de creer en Brousson, su secretario, en *lapsus* inexplicable? Supone, por ejemplo, que el Vesubio se despertó para sepultar a Pompeya y Herculano el año 54 de nuestra Era, cuando cualquier manualete de geografía o diccionario de bolsillo nos enseña que la espantosa erupción acaeció el año 79.

(1) Mientras escribo estas cuartillas encuentro en un diario de la noche parecida confusión. Se atribuye a Platón un pensamiento muy conocido de Sócrates, que puede condensarse en estos términos: "Como hijo de obstetriz o partera me consagro a ayudar el alumbramiento de verdades ocultas en nuestra mente." (Véase Platón, diálogo *Teetes*, y Diógenes Laercio, capítulo sobre Sócrates.)

(2) Esta curiosa anécdota aparece relatada en la autobiografía de Flammarion, íntimo amigo de Hoffer.

Sospecho, sin embargo, que de este error es responsable Brousson (1), a quien hay que leer con gran desconfianza, no sólo por su aversión cordial hacia France, sino por su desdén a la literatura científica y singularmente de las obras clásicas españolas. Por ejemplo: confunde a Avellaneda con Quevedo, confusión inverosímil en France, quien expone por cierto un juicio comparativo y sagaz sobre Avellaneda y Cervantes (véase el libro de Gsell *Conversaciones de Anatole France*, publicado en vida de éste); altera los títulos hasta de las obras francesas; *verbi gratia*: convierte en *Fisiología del amor* la *Física del amor*, de Gourmont, y pone en boca de France juicios improbables, habida cuenta de la ocasión en que se pronunciaron (2) y de la enorme erudición del ilustre escritor.

Interminable y enfadosa fuera esta relación si incluyéramos todos los descuidos y traspiés de pensadores, sabios y hasta santos venerandos. Baste recordar las fantasías de San Francisco de Sales (*Introducción a la vida devota*), donde se inventa una historia natural absolutamente arbitraria, y las extrañas distracciones

(1) Brousson: *Anatole France en pantoifles*. París. Toda la inquina de Brousson contra France deriva de que éste sólo le daba cien francos de honorarios, tacañería compensada con ciertos regalos artísticos y con algo que vale más: preciosas lecciones de composición y estilo literario. Pero, ¿quién le impedía dejar la compañía de su maestro y buscar más lucrativo empleo? ¿Y no fue suficiente premio la autorización, algo forzada, de publicar un libro que, en su primera tirada, llegó hasta los 104.000 ejemplares? Esta inquina a France se agrava todavía más en el indiscretísimo y apasionado libro *Viaje a Buenos Aires*.

(2) Deplorando France haber cometido en una de sus novelas cierto anacronismo acerca de las erupciones del Vesubio, atribuye a sus censores las palabras siguientes: "¿No ha leído usted a Plinio el Viejo y a Plinio el Joven, etc.?", expresión correcta en cuanto al Joven o Plinio el Retórico, quien describió en la bien conocida carta dirigida a Tácito la horrenda catástrofe; pero equivocada con relación a Plinio el Viejo o el Naturalista. Éste no pudo relatar la erupción por la razón obvia de que sucumbió durante el cataclismo, presenciado heroica e impasiblemente desde un lugar cercano y peligroso. Por lo demás, este *lapsus* ha sido cometido por otros escritores. Las datos de la carta de Plinio el Joven están tomados del relato de los esclavos de su tío. Él huyó cobardemente al acercarse el peligro.

de San Agustín notadas por muchos escritores y ridiculizadas por Voltaire.

Tales yerros en varones respetables, verídicos y santos por añadidura, deben achacarse al atraso del conocimiento de la Naturaleza, a la exégesis literal de la Biblia y a la credulidad ciega dispensada a las noticias de los libros profanos (por ejemplo: La *Historia Natural* de Plinio) plagados de ideas astronómicas equivocadas y de extravagancias antropológicas, geológicas y botánicas.

Para un espíritu esencialmente místico, como el obispo de Hipona y otros santos padres de la Iglesia, la ciencia griega, con sus contradicciones doctrinales y sempiternas controversias, inspiraba escasa confianza. La ciencia, para San Agustín, se encerraba en la Biblia; lo demás carecía de importancia.

Al llegar aquí, acaso objete el lector que muchos de los *lapsus cáлами* referidos obedecen a deficiencia informativa; es decir, a lecturas indolentes, inatentas y precipitadas. Pero esto no resuelve el problema. El error es un estado del alma, tan nítido subjetivamente como la verdad. Quien cae en él revisa de antemano sus registros ideológicos y los encuentra ordenados y exactos. No experimenta siquiera esa especie de sensibilidad inquietante del vacío mental, o, mejor dicho, la posibilidad de una posible traición de la retentiva. El psicólogo necesitaría explicar, por consiguiente, el mecanismo mental de tan falaz seguridad. Pero nadie ha logrado esclarecerlo.

Seguramente, cada recuerdo evocado no implica un estado de conciencia simple e inmóvil. El recuerdo es algo vivo, cambiante y plástico, que evoluciona, asimila y desasimila, nociones de espacio, de tiempo y personas y, en fin, que se desagrega y muere. Pero durante este proceso destructivo —y esto es lo peligroso— impone a la razón representaciones mutiladas o enriquecidas con datos espurios o arbitrarios. La verdadera explicación de este fenómeno regresivo nos

la dará algún día no la psicología, sino la histofisiología cerebral, cuando se conozcan los mecanismos fisiocóquímicos del recuerdo y de la asociación.

Bien hará, pues, el viejo desmemoriado, en tanto la ciencia despeja tamañas incógnitas, en desconfiar de sí mismo. Para comprobar las citas abroquélese, receloso, tras reducto de diccionarios enciclopédicos y de ideas afines (1). Así y todo, al escribir no se librará de desbarros e inadvertencia, pero disminuirán muy notablemente. Y no olvide el consejo, tantas veces expuesto por los grandes escritores, de no dar a la estampa sus cuartillas sin haber dejado transcurrir un razonable lapso. Abandonemos el telar hasta que, mediante el estudio y reflexión, háyanse madurado y clarificado nuestros juicios y la pluma confiada corra sin tropiezos ni inquietudes. Consejo prudente, pero ¡ay!, muy difícil de seguir por los caducos, cuyo tiempo se cuenta por meses y no por años. ¡Cuánto añoro aquella hermosa época en que, suspendida la labor, exclamaba, confiado y contento: "¡Bah, dispongo de un lustro para terminarla y corregirla!..."

(1) Téngase, sobre todo, a mano el admirable *Diccionario de ideas afínca*, del concienzudo Benot.

PARTE SEGUNDA

LOS CAMBIOS DEL AMBIENTE FÍSICO Y MORAL

CAPÍTULO V

LOS CAMBIOS DEL MUNDO EXTERIOR

Las ciudades. — Escamoteo de nuestras urbes de antaño.—El lenguaje y las costumbres.—Ejemplos de barbarismos y galicismos. — Rótulos y anuncios

Las ciudades.

Hasta aquí nos hemos ceñido a referir, quizá con pesadez y reiteración machacona, las desventuras de orden fisiopsicológico que contristan la vida del anciano.

Ahora nos ocuparemos en los cambios provocados por el tiempo, el progreso y la moda en el ambiente físico y moral.

Penoso es este examen, dado que el caduco, ansioso de uniformidad y estancamiento, desearía que la Humanidad y su escenario persistieran en el mismo ser y estado que tenían durante las doradas lejanías juveniles.

Con razón decía La Bruyère "que el recuerdo de la juventud es dulce en los viejos, los cuales aman los lugares donde transcurrió su mocedad". Pero es el caso que esos lugares amados cambian como las decora-

ciones del teatro, y tales mutaciones nos privan del placer de conocerlos y evocar recuerdos gratos y emociones placenteras.

De mí sé decir que, durante las visitas tardías a las urbes habitadas durante mi juventud y madurez, sufrí grandes decepciones. Me irrita la incesante renovación y progreso de aquéllas. Los lugares de nuestros solaces y alegrías se han metamorfoseado; los casinos se han desplazado, buscando más decoroso acomodo en el cinturón del ensanche; los cafés cayeron ante la piqueta demoledora de munícipes, comerciantes y banqueros; el remanso y quietud de las angostas callejas frescas y sin polvo convirtiéronse en suntuosas avenidas o en plazas monumentales, por donde circulan, con peligro de peatones, innumerables camionetas y automóviles. Lo nuevo ha matado a lo viejo. Al misterio y penumbra ha sucedido insolente claridad.

¡Y si se mantuvieran siquiera en pie algunos simpáticos camaradas contemporáneos con quienes cambiar recuerdos y añoranzas! Pero no: casi todos han sido guadañados por la Parca inexorable. Cuando, por gracia especial de los dioses, sobrevive alguno, fuera indiscreto y hasta cruel abordarlo; el reuma, con sus complicaciones cardíacas, la parálisis, la extremada presbicia, la sordera, acaso la estrechez económica, recelosa y hosca ante importunas curiosidades, le han confinado en el lecho, o en el sofá, entre una nidada de nietos bulliciosos o de hermanas macilentas y encorvadas. Lejos de sentir alegría quedaríamos transidos de tristeza. Como decía Cervantes: "En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño."

El lenguaje.

Ha experimentado grandes y no siempre gratas transformaciones. Dejando para después la enumeración de voces incorrectas o de galicismos inútiles usados hasta por gentes doctas, notemos desde luego cómo ha variado el hablar familiar. Obedeciendo al imperio de

modas ridículas, importadas del extranjero, los nombres propios han sufrido extrañas elipses: Ale, Ino, Lupe, Dora, etc. Las mujeres no se han contentado con estropear sus nombres de pila; arrastradas por se prurito simiesco de imitación, peste de nuestra raza, han adoptado diminutivos extranjeros: Mabel, Doris, Dolly, Fanny, Tina, Rina, etc., merodeando en el lenguaje familiar de Inglaterra, y otros pueblos. Y no cito multitud de voces recogidas del arroyo —efímeras las más— que van reemplazando a otras castizamente españolas.

De la manía de abreviar los apelativos no se libran los partidos, ni las corporaciones, ni las pandillas deportivas. Y ha surgido una enigmática sarta de charadas, para aclarar las cuales haría falta, según frase de un ministro, crear una asignatura universitaria. Citemos tan sólo algunas de estas denominaciones misteriosas: U. G. T. (Unión General de Trabajadores), F. A. I. (Federación Anarquista Internacional), C. N. T. (Confederación Nacional de Trabajadores), C. G. T. U. (Confederación General del Trabajo Unitario, o sea, sindicatos comunistas), A. O. (Sindicatos católicos fascistas) (?), C. E. D. A. (Agrarios de Gil Robles). La F. U. E. (Federación Universitaria Española), etc. Y por no molestar prescindimos de las innumerables iniciales con que se designan las sociedades deportivas. Mencionarlas todas sería cuento de nunca acabar. Tales novelorías, según dejamos dicho, son importaciones extranjeras. Carecemos de originalidad hasta para lo frívolo. Y no digamos para las disciplinas filosóficas y religiosas. Ya el inolvidable Menéndez y Pelayo se lamentaba en su *Historia de los heterodoxos*, de que casi todos nuestros herejes y escépticos reprodujeron, con pocas variantes, bien las doctrinas de la Reforma, bien el deísmo o el escepticismo de Voltaire y de la Enciclopedia. Fuera de Serveto y del quietista Miguel de Molinos, que mostraron cierta audacia de pensamiento, jamás fuimos capaces de fundar y propalar una

filosofía y una religión contrarias a los dogmas de la Iglesia romana y del tomismo. Y aun dentro de la ortodoxia ni siquiera mostramos, conforme deplora el citado polígrafo, afición decidida hacia la filosofía de Vives, genuinamente española. Y es que, como nota agudamente Unamuno, no hemos tenido fe suficiente para producir herejes. La enfermedad constitucional de nuestro espíritu, dígame lo que se quiera, fue siempre la indiferencia filosófica y científica, asociada a un sancho pancismo desolador. Al través de todo católico fanático se vislumbra casi siempre al financiero.

Pero reintegrándonos al tema de las innovaciones verbales, orales o gráficas, ocurre preguntar, previa exploración somera de diarios y libros originales o traducidos (casi siempre traducidos), ¿qué lengua se habla en España? Presumo que el castellano; mas salpicado e infestado con tantos barbarismo, solecismos y galicismos, que, si la Providencia no lo remedia obrando un milagro, acabaremos por convertir el idioma vernáculo, precioso legado de nuestros mayores, en jerga o habla franca, comparable a la usada por los judíos de Oriente en los puertos cosmopolitas de Constantinopla y Alejandría (1). Claro es que hay excepciones. Afortunadamente nos quedan aún doscientos o trescientos periodistas, historiadores y novelistas que rinden fervoroso culto a la pureza del idioma y hasta procuran enriquecerlo e ilustrarlo con giros y expresiones metafóricas felices y elegantes. Mas fuerza es reconocerlo, estos escritores escrupulosos constituyen aristocrática minoría.

En vano la Academia y varios doctos filósofos y escritores de casta se esfuerzan por contener el alud arrollador de vocablos exóticos y neologismos superfluos. Sus sabias y prudentes admoniciones son desoídas. Lo son hasta las incorrecciones señaladas por los

(1) A esta Babel han contribuido mucho las traducciones hechas en Barcelona por casas editoriales poderosas. Las obras médicas, sobre todo, constituyen la desesperación de los puristas y de los buenos españoles.

epítomes gramaticales. La pueril vanidad de importar palabras nuevas, o de lucir harto dudosa familiaridad con lenguas extrañas, pueden más que los dictados del buen sentido. A la indolencia de los reprendidos se junta el desaliento y desgana de los repressores. Desaparecieron, por desgracia, el americano Baralt, infatigable cazador de galicismos, y los beneméritos guardianes del idioma que se llamaron Clarín, Cavia, Valbuena (no siempre acertado), el padre Mir Huidobro y Cejador. Nadie gusta de predicar en desierto. Además, conforme deploraba don Julio Casares, es ya tarde para corregir ciertos abusos demasiado divulgados. Hoy falta entre nosotros el pintoresco *cazador de gazarpos*, desdeñado por Unamuno. Ciertamente, no es tarea grata ni agradecida hozar en el fango; empero el mal se ha agravado hoy en términos que se justificaría cualquier tentativa depuradora por cominera que fuera.

Añejo es el daño. Se remonta al siglo XVIII por lo menos. Ya el padre Isla y otros se quejaban del estrago. Ni aprovecharon tampoco las acres ironías de Fígaro. La turba de las gentes habla y escribe a su talante y capricho. Y lo más grave es que la juventud se contagia. ¡Qué digo! Yo mismo, que lamento tales desmanes, he sido más de una vez contaminado inconscientemente. Acúsóme de haber caído en galicismos y extranjerismos a la moda.

¿Qué diría el gran Quevedo (1) redivivo, si topase con semejante tropel de neologismos? Él, tan castizo, que rechazaba, por *culteranos*, vocablos tan corrientes hoy como: *fulgores, arrogar, candor, neutralidad, conculca, erige, mente, ostenta, descrédito, estrépito, pira, anhelar, fino, sazón, cierto es, ya que* (conjunción condicional hoy popularísima) y otras varias expresiones.

Fuera pueril desconocer que las lenguas evolucionan y que los inventos incesantes de las ciencias y de las artes nos imponen neologismos difícilmente reempla-

(1) *Aguja de navegar cultos, y la culta latiniparla*. Es preciso confesar que el gran Quevedo se pasaba de severo.

66

zables. En ello influye mucho la moda. Con razón decía Azorín que no se adjetiva hoy como antaño. Ciertos vocablos pierden su energía, y otros, abandonados en el desván del arcaísmo, la recuperan, remozándose. Forzoso es, empero, distinguir entre evolución y regresión, entre mejora y bastardeo.

La Academia, según dejamos dicho, fiel a su lema, *fija, limpia y da esplendor*, prodiga atinados y eficaces consejos. Pecaríamos de exigentes exigiéndole demasiado. Reconozcamos, pues, que pisa terreno firme cuando, fiel al pensamiento de Horacio (*si volet usus quem penes, arbitrium est, et jus et norma loquendi*) (1), concede hospitalidad en su diccionario a multitud de vocablos y acepciones de nueva y no siempre limpia acuñación. Su misión se reduce a consagrar el uso. Preocupación primordial de los buenos escritores debe ser depurado. En esta obra de saneamiento importa mucho la colaboración de las Corporaciones sabias y de las revistas profesionales, científicas, literarias y políticas (2).

Aquí debiera acabar este indigesto alegato. No resisto, sin embargo, a la tentación de enumerar ciertos dislates cometidos por muchos escritores noveles y singularmente por los tratadistas científicos. Aludo a yerroos hartos conocidos. Mas en tales menesteres nunca

(1) El pasaje completo del venusino es: *Multa renascentur quae jam cecidere candentque quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus, quem penes arbitrium est et jus norma loquendi*. (Muchas palabras hoy en boga fenecerán y otras caídas en desuso renacerán, como lo quiera el uso, árbitro poderoso y norma del lenguaje.) Se ve que ya en tiempo de Horacio existían vocablos a la moda.

(2) Sin embargo, esta evolución, si así puede calificarse, apenas se muestra en el francés, inglés y alemán. Muy apremiante ha de ser el empleo de un vocablo extranjero, para que se adopte por los franceses, ingleses y alemanes. De todo nuestro exuberante acervo idiomático, el francés ha importado solamente las voces: *toreador, pronunciamiento* y alguna más. El alemán es todavía más cerrado a los extranjerismos. Hace cincuenta años se usaban entre los tudescos algunas voces francesas; hoy, pasada la guerra universal, ninguna. Aprendamos en estos ejemplos elocuentes que el sentimiento patriótico, cuando es robusto, monta la guardia, no sólo en las fronteras, sino en el idioma vernáculo, alma de la raza.

sobran insistencia y machaconería. Siempre se consigue algo, sobre todo cuando el consejo hiere la inteligencia de jóvenes extraviados por abusos consuetudinarios de malos traductores. Hay que suscitar en nuestros noveles licenciados la emoción patriótica de la pureza y limpidez del lenguaje nacional. Tarea reservada a nuestros grandes y castizos literatos. Sólo deploro mi carencia total de autoridad para tan simpática empresa. He aquí algunas de las incorrecciones más corrientes (1):

Percibir y apercibir, por *reparar, advertir, notar, observar*. Galicismo muy censurado y siempre retoñante. Cabido es que en castellano *apercibir* es aprestarse, prepararse, etc.

Truco, por *treta, ardid, trampa, habilidad, artimaña*. He aquí un neologismo a la moda y al parecer inevitable. Lo hemos tomado del francés *truc*, derivado del inglés *truck*, que significa, en sentido directo, *cambio, trueque*. Pero los galos emplean dicho vocablo con la acepción figurada de *trampa, engaño, cubileteo*, etc. Y nosotros, naturalmente, hemos aceptado candorosamente esta extensión abusiva. Si el diccionario no ha variado, la palabra *truco* se refiere exclusivamente al juego de *trucos*.

Influenciar, por *influir*. Con perdón del crítico de ABC, estimo la palabreja escandaloso galicismo, antes que fruto del abuso de derivar verbos de sustantivos. De todos modos, constituye barbarismo lamentable y tan general, que se le halla hasta en los mejores prosistas.

Constar, por *comprobar, reconocer, verificar, confirmar, contrastar* (según los casos).

Control, en vez de *inspección, revisión, vigilancia, etcétera*. Galicismo tan inútil como usual entre los

(1) Sólo damos aquí algunos ejemplos recolectados en libros y periódicos. La lista no es, pues, completa. Para serlo habría que redactar un libro más voluminoso que el de Huidobro, celoso escudriñador de barbarismos y galicismos. Muchos de los citados por este cuidadoso gramático son hoy tan usuales que figuran hasta en las últimas ediciones del diccionario.

68

políticos, científicos, oradores. Igual que *controlar*, por *comprobar*, *inspeccionar*, *vigilar*, *revisar*, *contrastar*, *verificar*.

Medical, en lugar de *médico* o *médica*. (La *ciencia medical*, escriben, sin empacho, muchos traductores.)

Avalancha, por *alud*. Tamaño galicismo se ha extendido tanto, que hasta escritores tan castizos y de buen gusto como Palacio Valdés lo emplean.

Pleno, por *lleno*. Suele leerse: el teatro estaba *pleno* de mujeres hermosas, en lugar de *lleno*. El *pleno* se emplea correctamente en las expresiones *en pleno invierno*, *en plena asamblea*, etc. Ni faltan gramáticos, hartos severos, que consideran todo *pleno* cual insufrible galicismo. Con todo, en los citados ejemplos y en otros muchos su empleo se nos impone.

Financiar o *finanzar* por *costear*. He aquí el fruto deplorable de extraer verbos de sustantivos y de singularizarse empleando ociosos neologismos.

Opositar, por *hacer oposiciones*. Barbarismo empleado para evitar minúscula perífrasis.

En igual caso está el desdichado *posibilitar*, inventado recientemente por un ministro. Y todo por evitar la parva perífrasis *hacer posible*.

Estructurar, por *organizar*. Otro disparate nacido del afán pedantesco de lanzar vocablos nuevos.

Raid, por *recorrido*, *vuelo*, *expedición*, *hazaña*, *proeza*, etc. En vano ha sido repudiado por los gramáticos. Sabido es que en inglés, lengua de donde las francesas y nosotros, sus imitadores serviles, la hemos tomado, la voz *raid* significa excursión militar fulminante por país enemigo.

Los franceses poseen en la palabra *razzia*, de abo-lengo árabe-argelino, una versión casi literal del significado primitivo de *raid*; pero esta voz, que yo sepa, no ha sido admitida en nuestro diccionario. La única que traduciría el sentido genuino del británico *raid* sería *algara* (incursión guerrera en tierras enemigas, etcétera). hoy arcaica.

Experiencia, por *experimento*. Galicismo diariamente cometido por médicos, ingenieros, naturalistas y políticos de toda laya. Hoy hállese ya autorizado por el diccionario y por el uso.

Es por esto que, traducción macarrónica del francés, *c'est porquoi*. Hay que decir, *a causa de*, por *consecuencia de*, etc.

Debido a, por *a causa de*, *por influjo de*, etc. Semejante participio, con razón rechazado por excelentes escritores y preceptistas, discordantes en género y en número con el sujeto aludido, no es de recibo, pese a la generalidad de un empleo. {*Debido* a la lluvia, no se celebró la procesión, suele escribirse.)

Banal, por *trivial*. Expresión entronizada por nuestros modernistas, inventores también del adjetivo *lilial* y otros neologismos inadmisibles. Este *lilial*, alusivo a lirio, debe traducirse *liliáceo*, mientras la Academia no disponga otra cosa.

Rumorear, por *susurrar*, *cuchichear*, *murmurar*. Es achaque común de políticos y gacetilleros. Este verbo cunde como la gripe.

Finanza, por *hacienda*. Tampoco es castellano ni su derivado y hórrido *finanzar* ya mencionado.

Flanear, por *callejear*, *barzonear*, etc. Galicismo intolerable.

Sensacional, por *conmover*, *trascendental*, etc.

Solucionar, por *resolver*. Censurado sin fruto por gramáticos y buenos hablistas.

A base de, por *fundado*, *basado*, *cimentado sobre*, etcétera.

Exquisitez, por *primor*, *depuración*, *acendramiento*, etcétera.

Exteriorizar, por *exponer*, *manifestar*, etc.

Ocuparse de, por *ocuparse en*. Solecismo comunísimo y ya irreparable. Hay casos, empero, como éstos: *ocuparse en política*, *en filosofía*, *en ciencia*, donde el uso, suprema voluntad, pide imperiosamente el *de*. En general, el *en* debe emplearse cuando se trata de ofi-

cios u operaciones manuales, y el *de*, cuando se trata de profesiones o ciencias abstractas. Es opinión mía y por tanto recusable.

Masaje, en vez de *amasamiento*, *frotamiento*. Los médicos renunciarían difícilmente al empleo de este galicismo (el *massage* francés), usado desde hace muchos años.

Obstruccionar, por *obstruir*, *embarazar*, *atranicar*. Neologismo parlamentario nacido recientemente.

Drenaje (del francés *drainage*), por *avenamiento*, *desagüe*. A menudo censurado, pero siempre retoñante.

Destacar, por *resaltar*, *sobresalir*, *descollar*, *realzar*, *acentuar*. Con propiedad sólo puede emplearse en la milicia y la pintura. Acogido por políticos y literatos, hay que resignarse con tan superfluo galicismo.

Álgido, por *culminante*, *apogeo*, *auge*, *fase crítica*, etcétera.

Protestar de, en vez de *protestar contra*. Solecismo parlamentario.

Locaut, por *despido* (es la fusión de las palabras inglesas *lock out*).

De momento, en lugar de *por el pronto* o *por lo pronto*. Otro solecismo inaguantable.

De vez en vez, por *de vez en cuando*. Innovación caprichosa e inútil.

Bello gesto, por *hermoso rasgo*, *noble ademán*, etc. (Este escandaloso galicismo sacaba de quicio, con razón, al malogrado Mariano de Cavia.) Hoy no hay poetaastro ni literato modernista que no lo emplee a trompa y talega (1).

(1) Me acusará quizá el lector de ser un purista apasionado. No hay tal. Mi casticismo es tan amplio y tolerante como el del padre Feijoo (siglo XVIII, *Cartas eruditas*) y en nuestros días el del insigne Unamuno (*Ensayos*, tomo IV).

Compartiendo el dictamen de los buenos hablistas, censuro solamente el empleo de extranjerismos inútiles y a menudo anfibológicos. Yo mismo he introducido en el lenguaje científico bastantes neologismos, aceptados por los sabios, inspirándome en la norma de Horacio de proponer vocablos nuevos para cosas nuevas. Me avengo también gustoso a inventar

Presupuestar, barbarismo censurado por Sassone.

Y aquí corto la letanía de incorrecciones lingüísticas, la cual podría alcanzar, aprovechando mis notas y sobre todo los espurgos de los buenos preceptistas, proporciones de un libro. Además, carezco, según dejo dicho, de autoridad para reprender, por haber dado no pocos traspies en mis primeros pasos de escritor científico. Sírvame hoy de excusa el buen propósito que me anima. El cual se encamina especialmente a evitar a los médicos (cuyas fuentes científicas principales son las obras francesas) enfadosos galicismos. No me forjo ilusiones, empero, sobre la eficacia de estas prédicas; llegan, por desgracia, demasiado tarde, cuando el daño se ha hecho constitucional y alcanza, en parte, hasta las cumbres de la literatura, la política y la ciencia.

Rótulos y anuncios.—Leístas y loístas.—¿La Academia puede obrar ejecutivamente?

Donde el prurito de importar a troche y moche voces extranjeras alcanza volumen desmesurado es en los letreros y anuncios de fondas, hospederías (hoy *pensiones*), cafés, restaurantes, comercios y teatros. ¡Tan fácil como sería hacer entrar en razón a estos industriales descastados! Bastaría con que los municipios establecieran una tasa o arbitrio sobre rótulos incorrectos o redactados en lenguas exóticas para que, al cabo de un mes, desaparecieran definitivamente. Así procedió Mussolini, con éxito fulminante. Como por

voces castellanas cuando imperiosas necesidades lo exijan y acojo provincialismos expresivos, tales como la palabra gallega *añorar* y la aragonesa *amprar* (pedir prestado), que evita, como el vocablo francés de que proviene quizá (*emprunter*) una perífrasis. Pero, ¿a santo de qué hemos de servirnos de *control*, cuando disponemos de las palabras registro, inspección, revisión, comprobación, verificación y otras varias? Si continuamos así en materias de lenguaje resultará que, en fuerzas de ser ricos, pareceremos indigentes.

arte de magia se desvanecieron los *Hoteles Falaces*, *Restaurants*, *Brasseries*, los *Grill-rooms*, las *Modes parisiennes*, los *Tailleur*, los *Coiffeurs pour dames* y demás insoportables atentados contra la pureza de la noble lengua italiana.

Lástima grande que la Academia no posea un *Poder ejecutivo* que le consintiera denunciar letreros, proponer multas y, sobre todo, acometer e imponer algunas reformas de la gramática y vocabulario. Confesemos sin sonrojo que nuestra amada lengua, tan opulenta y expresiva, adolece, como todas, de algunos defectos. Eliminarlos de un golpe fuera utopía manifiesta. Mas proceder con parsimonia y por pequeños tanteos, júzgolo hacedero. En todo caso, valdría la pena de probar. Para iniciar la reforma propondría yo sólo tres correcciones:

1.^a Resolver de una vez el pleito entre los *leístas* y *loístas*. Reina, a este respecto, no obstante los preceptos de la gramática, una anarquía desorientadora de cuantos desean escribir el castellano con corrección y aliño. Sabido es que contrariando la regla gramatical que concede al *le* valor de dativo y al *lo* valor de acusativo, multitud de escritores emplean sin empacho el *le* para el acusativo; por ejemplo: *déjale*, *refútale*, *corrígele*, etc., olvidando que en tales casos el pronombre constituye complemento directo del verbo.

2.^a Añadir a la declinación de nuestro anfibológico *su* y *sus* en género femenino, que podría traducirse por *sua*, *suas*. Semejante reforma u otra equivalente suscitaría, sin duda, generales bromas y chacotas; con todo, si los buenos escritores la patrocinaran, acabaría por adoptarse.

3.^a Restringir la significación de la palabra *sueño*, limpiándola de la acepción de *visión*, *alucinación*, etc., del durmiente. Esta última acepción se concedería exclusivamente a la voz *ensueño* y a sus derivados. Desaparecería, de esta suerte, nuestra bochornosa inferioridad con relación a otras lenguas. Notorio es que

el francés distingue ambas ideas con las voces *sommeil* y *rêve*; el alemán, con las de *Schlaf* y *Traum*, y el inglés, con los vocablos *sleep* (sueño) y *dream* (ensueño). Repararemos que no se trata de crear neologismos, sino de limitar las acepciones de dos vocablos castizos, *sueño* y *ensueño*, a fin de evitar confusiones y circunloquios lamentables.

CAPÍTULO VI

LAS COSTUMBRES

*Los deportes y las modas femeninas y masculinas.
La superstición del aire libre*

Setenta años de tiempo son poca cosa para notar mudanzas en el mundo que nos rodea. El sistema planetario sigue atendido rigurosamente a sus leyes matemáticas. Se comporta con precisión y elegancia, pero también con monotonía desoladora. Días y noches se suceden sin que se nos obsequie con un meteoro nuevo. De cuando en cuando, algún eclipse de sol o de luna, algún bólido caído distraídamente en nuestra tierra, tal cual aurora boreal, tratan en vano de romper la milenaria uniformidad de nuestro minúsculo sistema planetario; pero tales cambios obedecen también a principios mecánicos invariables. Convengamos en que nuestro mundo carece de imaginación.

Tampoco en los seres vivientes y por de contado en el hombre, se advierten grandes metamorfosis. La Humanidad gira también con aburrida tenacidad, como hace diez mil años, en torno de estos cuatro centros de atracción; el alimento, el amor, la holgazanería y el afán de dominio. No ha sabido inventar una pasión nueva ni un vicio inédito. Como no se tenga por tal el afán de saber, anatematizado por el Eclesiastés»

Con todo, desde mi observatorio de los ochenta y dos años, cabe advertir algunas mudanzas; progresivas unas, regresivas otras y frívolas y triviales las más.

Enumeremos algunas de las más descollantes aunque nada importen a los habitantes del sistema de Sirio o de Arturo.

Las costumbres.—Se han modificado bastante durante los últimos cincuenta años. Cuando se barzonea por esas calles y se curiosean el comportamiento del hormiguero humano, es decir, los juegos, los espectáculos teatrales, los trajes, los inventos del maquinismo, etc., evoca uno sin querer el mito de Epiménides, dormido en su cueva y desvelado al cabo de cincuenta y siete años para visitar su patria. Citemos algunos cambios:

Ejercicios higiénicos.

Salvo la región vasca, y algunas aldeas navarras, castellanas y aragonesas, se ha abandonado casi por completo el noble juego de *pelota a mano*, de abolengo griego; el de los *bolos*, solaz de los asturianos; el de la *barra*, viril y clásico juego aragonés, y otros muchos deportes higiénicos, delicia del mocerío y rapazuelos de hace cincuenta años. En desquite, se han desarrollado monstruosamente, con esa furia inconsciente con que el español acoge todas las frivolidades extranjeras, los innumerables ejercicios ingleses. De esta intrusión forastera sufren hasta nuestras inveteradas y no muy humanitarias corridas de toros, no obstante contar éstas con su clientela especial, en la que me ufano de no haber figurado nunca.

Síntomas alarmantes de tales exotismos desmesurados son, por de pronto, la importación de una jerga inglesa, difícilmente traducible, y la aparición de numerosos semanarios exclusivamente consagrados a comentar las proezas pedestres de los equipos. Hasta los diarios políticos y semanarios ilustrados reservan pla-

nas enteras, con fotograbados y hasta caricaturas, a las partidas de *balompié*, *hockey*, *baloncesto*, *basketball*, *tennis*, *rugby*, *patinación* y otros ejercicios copiados simiescamente de los países hiperbóreos.

Y no digamos nada del bárbaro pugilismo traído de los Estados Unidos, cuyo efecto inmediato para los campeones consiste, a cambio de algunos miles de dólares, en deformarse el rostro, ostentar narices aplastadas, cejas interrumpidas, labios partidos y cutis de una bastedad achagrinada. Sin contar el efecto mora) deseducador causado en un público sádico y ávido de emociones fuertes y antihumanas.

No es que yo censure —ello sería necio y estéril— la gimnasia al aire libre y la práctica de algunos juegos ingleses de palmaria eficacia educadora. Usados con prudencia y mesura durante la adolescencia y juventud, robustecen el sistema muscular, agudizan la vista, dan aplomo y serenidad ante el peligro y, en fin, desarrollan el espíritu de cooperación, solidaridad y compañerismo. Lo que fustigo es la frenética exageración. Y deploro la idolatría del público hacia ciertos campeones afortunados, consagrándolos como héroes, sin reparar en que no se contentan con sencillas coronas de laurel u otras distinciones honoríficas, sino con los opulentos honorarios del profesionalismo. Y el mal ejemplo cunde. Todos aspiran a ser profesionales bien remunerados.

Es de ver cómo la chiquillería convierte en palenques de balompié todas las plazas y calles anchurosas y cómo los aficionados entusiastas se extasían ante los fotograbados de los ases, exhibidos en compañía de toreros, cupletistas y bailarinas. Ciertas fotografías son tan inverosímiles, que bordean el absurdo. Vemos, por ejemplo, jugadores sorprendidos por el objetivo en plena atmósfera, como si iniciaran una ascensión a la estratosfera; otras veces aparecen con la actitud de bracear en lo alto, erguido el rostro como los mucha-

chos que saltan para tragar el *higuí* carnavalesco; en fin, hay momentos de confusión y hacinamiento donde los héroes de un día aparecen aplastados como dátiles en caja. No faltan grabados donde, revueltos jugadores y balón, dan la sensación macabra de víctimas de un descarrilamiento.

¡Oh sublime descubrimiento de Daguerre y admirable proceder del fotograbado en media tinta de Meisenbach, en qué triviales y vulgares menesteres has caído!

Defecto nacional incorregible es la rebañega imitación de todas las frivolidades extrañas, verdaderas excrecencias parásitas de la civilización universal. Suponemos, ilusos, que a la práctica de esos deportes deben los pueblos anglosajones su supremacía. Y nos olvidamos de los altos valores morales e intelectuales de la raza nórdica. Y esos valores —ambición, perseverancia, laboriosidad, patriotismo, disciplina, combatividad espartana, etc.— no se enseñan en los estudios, sino en las escuelas y colegios.

En el carácter tenaz y perseverante de los anglosajones influyen todavía más los grandes ejemplos de la historia de Albión. A semejanza de la Roma de Escipión, Inglaterra ha perdido algunas batallas, pero ha ganado todas sus campañas. En el fondo del alma inglesa late una energía heroica, a prueba de fracasos y contrariedades (1). Y no olvidemos que el inglés es esencialmente carnívoro.

Durante mis visitas a Inglaterra he tenido ocasión de conversar con sabios insignes acerca de la posible influencia intelectual de los deportes y he sabido, como ya presumía, que de los deportistas fogosos y perseverantes no ha salido ningún entendimiento de primer orden. Los sabios, los políticos enérgicos y clarividentes y los grandes industriales, muchos de ellos educados en Oxford y Cambridge, sedes de las competicio-

(1) El denuedo y altivez ingleses comienzan en las enseñanzas de las *nurses* y terminan con la disciplina mental de los colegios, que son escuelas de energía y emulación.

nes deportivas, cuidaron más, durante la adolescencia y juventud, de hipertrofiar y diferenciar sus neuromas que de robustecer los músculos y ampliar la caja torácica (1).

Las mujeres y sus modas.

El bello sexo ha procurado asimismo durante los pasados cincuenta años cambiar sus costumbres, sus ideas y sus caprichos ornamentales. Y han sido seducidas también por los deportes a la moda. Lo han hecho, sin embargo, con menos frenesí y generalidad. Sus juegos favoritos son el *tennis*, el *baloncesto*, la *natación*, los *saltos* y singularmente los deportes de la nieve.

Algunas pocas, arriscadas y vehementes, no han vacilado en someter su fino cutis a los rigores del aire de la montaña, embastando concienzudamente su semblante y semejando chicos agitanados y juanetudos (el frío y el calor excesivos acaban por espesar la epidermis, robándole su cautivadora suavidad y seductora semitransparencia),.

Por fortuna, trátase de una minoría de señoritas burguesas (a quienes no preocupa la preparación del cocido ni el cuidado de sus hermanitos). Víctimas inocentes del *snobismo*, ignoran las pobres que los ejercicios físicos violentos, si pueden algunas veces fortalecer el cuerpo, son fatales a la belleza.

Con igual docilidad han obedecido a los dictados de la moda francesa, en punto al embellecimiento —digámoslo así— de sus fisonomías. La imitación de las estrellas de cine, en complicidad con el agua oxigenada, ha creado toda una especie enigmática de rubias

(1) Importa notar que el corazón se fatiga y las venas se dilatan en los ejercicios violentos. Todo *recordman* o deportista, como no le asista una complexión excepcional, se condena, cual los gimnastas de feria, a vejez prematura. Y lo peor es el arrollador estímulo causado por los triunfadores sobre los débiles e insuficientes. Los deportes físicos no deben encaminarse a producir *asea*, de pujanza excepcional, sino a elevar prudentemente la robustez del promedio de la raza, vivero de soldados y de luchadores en las contiendas pacíficas del trabajo social.

de ojos negros y párpados oscuros. Han aprendido a depilarse las cejas, carminarse los labios, uñas y mejillas, enjabegándose y maquillándose la faz marchita como cortesanías otoñales. Convertidas en ídolos pintados, es imposible averiguar su edad y características antropológicas. Y lejos de inspirar atracción y agrado, producen repugnancia.

No hay que dar, empero, demasiada importancia a estos caprichos ornamentales. Han existido siempre, como lo prueban los tarros de mejunjes y cosméticos usados ya hace miles de años en Egipto y en Grecia. Y roguemos a Dios y a los modistos de París que no impongan a nuestras mujeres el repugnante anillo nasal o la monstruosa dilatación de los bellos portadores de enormes discos de madera, de uso corriente en ciertas tribus africanas, ni la costumbre de deformar el pie de las chinas distinguidas, etc.

Holguémonos, empero, de que el péndulo de la moda, siempre oscilante, no haya resucitado el odioso *miriñaque* de nuestras abuelas, ni el horrendo *polisón* que daba a la mujer aspecto de hotentota, ni las faldas rastreras, colectoras de microbios, ni siquiera las inofensivas *mangas perdidas* y los cuellos altos a lo eclesiástico. Sólo el corsé deformador, proscrito hace muchos años, y asiduo colaborador de la tisis, parece asomar tímidamente en las apretadas fajas de goma o *caucholina* y otros adminículos de la indumentaria íntima.

Inconvenientes del aire libre
y del abuso de la luz solar.

Y aquí deseo salir al paso de una costumbre actual aconsejada por los médicos y pedagogos, de que son víctimas muchas candorosas jovencitas. Aludo a la exposición al sol directo, al frío y al aire libre. (*El desnudismo o nudismo* ha hecho todavía pocos adeptos entre nosotros.) Estas dóciles adolescentes, víctimas de la moda, debieran recordar el viejo refrán, repetí-

do por Quevedo de que "cenar, penas y soles son las tres cosas a cuyo cargo está despachar de esta vida para la otra".

Nuestros higienistas, inspirados sin duda en sabias autoridades extranjeras, parecen haber olvidado algunas verdades triviales: Que casi todos los españoles vivimos entre el paralelo 38 y 42, y que la mayor parte del suelo patrio se alza en meseta elevada, casi anhidra, donde alterna un sol africano con un frío glacial; muy al revés de lo ocurrido en el norte de Europa, donde el astro rey es pálido (cuando aparece, cosa rara), las tierras son bajas, verdes y mojadas y la atmósfera, aun en los escasos días claros, muéstrase velada por neblina suspendida a ras de tierra, moderadora de la acción nefasta de los rayos de onda breve y eliminadora de los terribles rayos ultravioleta.

La crudeza y acción deletérea de nuestro sol implacable, rico en tales ondulaciones invisibles, se acusa con indelebles efectos en nuestros míseros aldeanos, menos robustos y altos que los habitantes de los nebulosos países hiperbóreos. Vedlos enjutos y cenceños, encorvados sobre la tierra estéril, reflectora de una ola de fuego; notad sus prematuras arrugas frontales y labiales, sus manos sarmentosas y brazos musculosos, pero amojamados por ausencia de panículo adiposo. A los treinta años parecen viejos de cincuenta.

¿Y quién no se ha impresionado ante la tragedia estética de las infelices aldeanas? Apenas se encontrará alguna, entre las innumerables mozas que comparten con padres o maridos las faenas agrícolas, cuya faz está libre de las inequívocas señales de vejez prematura. Sólo las hijas de campesinos pudientes o las muchachas entregadas por necesidad a las faenas domésticas y al cuidado de los rapaces quedan indemnes de los efectos corrosivos de los impalpables rayos solares y de los estragos del aire libre. Semejante bronceamiento de la tez y de sus arrugas precoces se acentúa en las pastoras de nuestras cordilleras, en donde bajo im-

placable cielo añil soportan los dardos de un sol ineluctablemente (1).

En cambio, en la dulce Francia, sobre todo en el Norte, o en la alegre Inglaterra, las aldeanas, exentas de dichas causas perturbadoras, conservan durante mucho tiempo cutis liso, translúcido y sonrosado. A los cincuenta años parecen jóvenes rozagantes de veinticinco. Y eso aun en las consagradas al rudo pastoreo, o a la siega de praderíos y trigales. Semejantes beneficios del cielo húmedo y nebuloso descuellan singularmente en los niños; todos parecen querubines de Reynolds.

Las precedentes verdades, ostensibles y vulgares, no han impresionado por lo visto la sensibilidad de nuestros higienistas. Ni han repercutido tampoco en la práctica, un tanto rutinaria, de muchos arquitectos, empeñados en copiar los amplios edificios oficiales, con

(1) Observación frecuente hecha por mí en las pastoras y pastores de los picos de Europa y del Pirineo aragonés.

Creía ser casi el único en España en deplorar las curas de sol y la entrega abusiva de las mujeres a los ejercicios de aire libre, cuando advierto que existen sabios, tales como el doctor Loeb, de Chicago, que pone en guardia a la gente, y sobre todo a las señoritas, contra los efectos perniciosos del sol directo, haciendo observar que los rayos solares aumentan el metabolismo cutáneo, embastecen y fruncen la piel, etc. Por mi cuenta añado que los baños de sol o de luz ultravioleta no han curado de modo inequívoco a ningún tuberculoso.

Harto estoy de topar en los sanatorios de la sierra docenas de infelices tísicos tostándose concienzudamente bajo el luminar del día; sin embargo de lo cual, dan un contingente de fracasos igual, poco más o menos, al de los dolientes tratados en casas de campo pasaderamente higiénicas. No: el fenómeno de la curación de los tísicos y de los enfermos de la piel obedece a condiciones harto complejas, no siempre previsibles.

Y no es que yo anatematicé las curas de aire libre para ciertas enfermedades crónicas: antes las juzgo beneficiosas (unidas al ejercicio moderado y a la sobrealimentación) a guisa de estimulantes del apetito y animadores de los mecanismos defensivos del organismo. Pero de esto a tostarse en las cámaras de sol de un sanatorio, arruinándose de paso, media un abismo.

En cuanto a las curaciones milagrosas descritas por los directores de sanatorios, cuando no son espontáneas, se deben a múltiples condiciones: al aire puro, al reposo físico y mental, a la sobrealimentación, circunstancias concurrentes también en toda quinta o casa de campo, bien acondicionada, etc.

enormes ventanas, de Holanda, Inglaterra y Alemania (1). Y es lo curioso que los musulmanes y antiguos españoles conocían de sobra los efectos letales del calor y de la luz. Patentizante elocuentemente las calles angostas de Sevilla, Córdoba, Valencia y Murcia y las blasonadas moradas de amplio patio provistas de escasas ventanas y celosías abiertas hacia el arroyo. Parecían adivinar nuestros mayores peligros de las anchas vías, francas al polvo y a los gérmenes epidérmicos, entonces desconocidos, pero acaso presentidos.

(1) Hablo por experiencia. Nuestros edificios públicos son, a causa de las enormes vidrieras, casi inhabitables en primavera y verano; en cambio, en invierno exigen una calefacción pródiga y onerosísima.

CAPÍTULO VII

REIVINDICACIONES FEMENINAS.—MODAS Y COSTUMBRES MASCULINAS

Las reivindicaciones femeninas.

Incurriríamos en parcialidad exponiendo las excéntricas y gustos veleidosos de las mujeres sin mentar, por compensación, los esfuerzos loables hechos por muchas adolescentes por emanciparse del parasitarismo familiar. Costumbre inveterada de la aldea ha sido siempre la colaboración activa de la mujer campesina en las faenas agrícolas; mas sólo en estos últimos veinticinco años ha surgido en las urbes este plausible afán de cooperar al sostén decoroso del hogar. Durante nuestra juventud conocíamos señoritas literatas, maestras, modistas, cantantes, bordadoras, costureras, etc.; hoy pica más alto la ambición del bello sexo. Aprovechando leyes generosas y equitativas, la hembra ambiciosa ha asaltado la Universidad y los cargos técnicos y políticos. Muchas de ellas son *médicas, abogadas, farmacéuticas, diputadas*. Y con el tiempo serán *juezas, ministras*, ¿por qué no?, y hasta *académicas*, como reclamaba insistentemente la señora Pardo Bazán. En comercios, oficinas y laboratorios compiten ventajosamente con el hombre, al cual superan por su sobriedad, abstención de vicios inútiles o perjudiciales (el café, el billar, la taberna, el bar, etc.) y su capacidad para

efectuar trabajos delicados que impliquen paciencia y minuciosidad.

Reconozcamos que la citada emancipación se inspira rara vez en móviles egoístas, antes bien en notabilísimos sentimientos familiares: reforzar los ingresos del hogar, ayudar a la educación de los hermanos y hacer más llevadera la silenciosa tragedia del padre enfermo o falta de labor remuneradora. Añadamos que los afanes de la mujercita moderna no la apartan de su misión esencial de captar, suave y dulcemente, al posible marido. Para ello realza sus naturales encantos con el, para muchos hombres decisivo, de la instrucción universitaria. Porque la mujer, consciente o inconscientemente, representa el centinela vigilante del genio de la especie; Prepárase con intrepidez y heroísmo admirables a su futura función de madre, suprema garantía de su felicidad. A este fin primordial sacrifica gustosa hasta sus éxitos profesionales más halagadores.

Modas y costumbres masculinas.

También el sexo fuerte, a pesar de su relativa estabilidad en punto a indumento, ha sido arrastrado por la vorágine novelera.

Los que hace cincuenta años admirábamos las decorativas barbas floridas de los jóvenes o maduros y las venerables de los ancianos —o en su defecto las patillas toreras y bigotes conquistadores— quedamos hoy absortos ante el tocado, importado de Yanquilandia o de Inglaterra, lucido por nuestros empecatados currutacos y hasta por bastantes vejestorios, empeñados en remozarse en la fuente de juventud de las peluquerías. ¿A qué responden esas facies lampiñas? ¿Por qué no lucimos aquellas barbas y bigotes a lo Cervantes y Quevedo, copiados en los cuadros del Greco y de Velázquez? Se ha derrumbado toda una venerable y castiza tradición, inspirada quizá en el aspecto viril y elegante de dioses, héroes y pensadores helenos. La

facies romana lampiña quedaba relegada a los labriegos y eclesiásticos.

Por consecuencia de ello, se pierde una hora diaria, con fruición y provecho del barbero, rapándose de raíz cañones incipientes. Pero ¿se han dado cuenta los lechuguinos de que al perder la barba, no sólo abandonan un carácter sexual secundario de primer orden, sino algo más trascendental para quienes presumen de guapos e irresistibles? Fuerza es reconocerlo: se desprecia inconscientemente un elemento decorativo de altísimo valor estético. ¡Cuántos feos he conocido yo cuya fortuna amorosa y hasta económica dependió de una barba artísticamente cuidada o de un mostacho retador! ¡Y cuántos otros, perdido el prestigio capilar, se convirtieron en micos repelentes cuando no en amantes intersexuales!

Explícate difícilmente en el varón enterizo y fuerte el olvido de la tradición artística y veneranda de la barba. Lo comprendo solamente en el cirujano, quien para evitar eventuales infecciones durante operaciones arriesgadas, renuncia a su pelambrea y hasta se cubre con mascarilla aséptica. Pero no en los demás ciudadanos. Hasta las melenas románticas del bohemio han desaparecido en cafés y colmados. ¡Cuan desagradables aparecen en los Don Juanes de hogaño esas mejillas y labios recién rapados mostrando azulencos o grises rastros capilares!... Sólo un ilustre novelista luce hoy impasible y despreocupado barbas pluviales a lo Leonardo, cuidando amorosamente la cimera gris de su testa de poeta romántico. Por algo los franceses, siempre tradicionalistas y menospreciadores de lo exótico, gastan barba o por lo menos bigote, ese mostacho histórico-simbólico, evocador del gladiador galo agonizante.

De la vieja indumentaria masculina se ha eclipsado también por completo el flamante sombrero de copa o bimba, hoy relegada a los entierros y bailes de máscaras... Poco se ha perdido con ello.

En compensación ha surgido una moda negativa, el *ðinsombrerismo*, tormento y ruina de sombrereros. Transijo con esta costumbre de la gente moza. Sin proponérselo están efectuando interesante experimento científico. ¿A qué se debe la calvicie? Probablemente a una bacteria que ataca la raíz del cabello y necesita para medrar, la tibia y húmeda atmósfera confinada bajo el hongo. Si esta moda cunde, perdurando hasta la edad madura sin menoscabo del pelo cefálico, quedará demostrada la acción deletérea de dicha atmósfera confinada. Y los dermatólogos celebrarán el resultado. Aunque temo que las veleidades de la moda malogren el curioso experimento, resucitando el hongo o chambergo de antaño, antes de los veinte años indispensables para apreciar el valor profiláctico del sinsombrerismo.

Carremos este capítulo de las modas con unas frases atinadísimas de Feijoo: "Siempre la moda estuvo de moda. Esto lo lleva de suya la misma Naturaleza. Todo lo viejo fastidia. El tiempo todo lo destruye. A lo que no quita la vida quita la gracia...; no agrada la nueva moda por mejor, sino por nueva. Aún dije demasiado. No agrada por nueva, sino porque se juzga que lo es. Los modos de vestir de hoy que llamamos nuevos, por la mayor parte son antiquísimos... Antes el gusto mandaba a la moda; ahora la moda manda en el gusto... De suerte que la moda se ha hecho un dueño tirano y sobre tirano inoportuno, que cada día pone nuevas leyes para sacar cada día nuevos tributos; pues cada nuevo uso que introduce es un nuevo impuesto sobre las haciendas." Notorio es que desde las censuras del sagaz autor del *Teatro crítico* nada hemos adelantado. Hoy como ayer, mujeres y hombres somos esclavos de las fantasías codiciosas de los modistos de París. Y somos tan necios y rebañegos, que aun en materias tan frivolas nos dejamos explotar por extranjeros, sin intentar siquiera explotarnos a nosotros mismos.

CAPÍTULO VIII

EL DELIRIO DE LA VELOCIDAD

Trenes. — Automóviles y aeroplanos.—Prudencia de los solípedos

Infinidad de escritores y moralistas han deplorado esta peligrosa manía de nuestros tiempos. La humanidad parece empeñada en suprimir el espacio. ¡Cómo añoramos, los jubilados turistas, aquella dichosa edad, en que viajando, ya en corcel, ya en carro, ora en galera acelerada, explorábamos el terreno, nos extasiábamos ante los paisajes pintorescos, o ruinas históricas, respirábamos la atmósfera fragante de bosques y huertas, descansábamos en bulliciosas posadas y reanimábamos los miembros entumecidos sobre las brasas del hogar tradicional! Como fruto preciado de esta vida andariega y pausada, recogíamos dos frutos inestimables: conocer al detalle la geografía de un país e intimar con sus habitantes. Todo esto pasó a la Historia. Los ingenuos no podían soportar tanta lentitud y tanta barbarie, e inventaron para remediarlas la locomotora. Desde entonces, tiempo y espacio nos impacientan y atosigan. Llegar lo antes posible donde nadie nos espera; ignorar el camino; convivir con unos señores displicentes, hoscos y comodones; condenarse al silencio durante largas horas, tragando polvo y carbonilla, he aquí, aparte ventajosas indudables, los inconvenientes del ferrocarril.

El automóvil.

Pero no bastó el tren para satisfacer el loco afán de rapidez vertiginosa. Surgió, cual milagro de la mecánica yanqui o francesa, el automóvil. Y nosotros, que apenas disponíamos de pecunia para viajar en ferrocarril, acogimos frenéticos la nueva invención y su derivado, el siniestro autobús. La locomoción tiende hoy a tornarse, de colectiva, en individual o familiar. Hétenos ahora preocupados con la compra de modelos de automóvil, con la adquisición de lubricantes y gasolina, de neumáticos, cubiertas, patentes municipales y el pago de infinitas gabelas. Nos inquieta, sobre todo, la elección de fogonero (por mal nombre *chauffeur*), en cuyas pecadoras manos y en cuyo cerebro no siempre horro de alcohol, ponemos confiados nuestra vida y la de los seres queridos (1).

En cambio, el automóvil ha producido efectos morales inesperados en las grandes urbes. De hecho, el callejeo indolente y el piropo gentil a las buenas mozas han quedado suprimidos. Mujeres y hombres cuidan vigilantes de resguardar sus palmitos del ataque de los brutales caballos mecánicos. Pasmados quedarían Fígaro, Moratín o Mesonero Romanos si resucitaran y vieran las alegres calzadas de San Jerónimo y Alcalá, la Puerta del Sol y la calle Mayor, antaño embellecidas por el garbo y gracejo de manolas y los madrigales de poetas, señoritos y chisperos, convertidas en pistas de carretas. Y rugirían también de indignación al enterarse de los cuatro, seis o más acci-

(1) De estos progresos de la mecánica ha resultado una víctima de que nadie habla: el noble caballo (tan ensalzado por Buffon), cuyo desdén acabará por extinguir la raza equina. Acaso las apuestas de los hipódromos y las competiciones de las cuadradas célebres retrasen algo el aniquilamiento del pura sangre. Y el tren mismo, cuanto más el coche tradicional, corren riesgo de muerte. Que los inventos de la civilización, como las especies zoológicas, nacen, triunfan, decaen y fenecen, para ser reemplazados por otros mecanismos más refinados y casi siempre más mortíferos.

dentes cotidianos de la moderna locomoción. ¡Pobres niños, ancianos y distraídos, víctimas propiciatorias del progreso y de la velocidad inútil! ¡Y pobres poetas y pensadores ensimismados!...

Pero lo más desagradable del automóvil es el escape del paisaje. La celeridad suprime el encanto de la contemplación. Quienes aprendíamos geografía asomados a la ventanilla del tren, debemos resignarnos a ignorar el camino. Y viajar como fardos, entre nubes de polvo y desfiles de árboles amenazadores.

El artefacto automotor es máquina deleznable. El menor choque la deteriora. Y hay que recomponerla y, lo que es más oneroso, renovarla cada cuatro o seis años, vida media del automóvil. Acondicionadas las carreteras para carros y caballerías, las hemos convertido en pistas de campeonatos. Y la carretera se ha vengado de nuestra imprudencia causándonos toda clase de accidentes luctuosos.

¡Qué de veces planeamos alegres y tranquilos una excursión campestre y volvemos mohínos y vencidos, con la testa entrapajada, los miembros quebrantados o dislocados! ¡Cuántos infelices han hallado la muerte en la entrada de un puente, la concavidad de una curva o el fondo de un barranco! Una estadística cabal de las desgracias exigiría un libro. Más prudentes que nosotros, durante los albores del automovilismo, asnos y caballos, aterrados ante el avance del formidable artefacto, ganaban aceleradamente la cuneta o traspasaban la hilera de los árboles limítrofes para librarse del absurdo proyectil: guiábales el instinto infalible del peligró. En vano exploraban los solípedos la delantera del vehículo para atisbar el caballo. Habitados hoy a nuestras temeridades, ya no se asustan. Prueba inequívoca de que recuerdan y aprenden. A fuerza de voluntad han sofrenado sus reflejos y adquirido una sangre fría que para nosotros quisieramos. Trátase aquí de una modalidad de *reflejos condicionados*, como diría Pavlov.

El aeroplano homicida.

Tampoco ha bastado el automóvil para saciar el ansia irreprimible de celeridad. Unos americanos primero (los hermanos Wright), los franceses después, lanzaron un nuevo juguete peligrosísimo: el aeroplano. Audaz y temerario en la guerra, es casi tan temible en la paz. De aparato volador, lucimiento y gallardía de deportista, se ha convertido en vehículo de comunicación regular. Huelga decir que al nuevo Moloc de la ciencia aplicada se sacrifican anualmente centenares de víctimas. No conozco ningún aviador activo que haya alcanzado la cincuentena. Todos mueren de accidente, y lo curioso es que en ninguna nación faltan candidatos a la muerte violenta. Es tan gallardo cernerse en las nubes y contemplar la tierra como una miniatura sin relieve y sentir el sobresalto de los *baches* aéreos y compadecer a los míseros rampantes cual hormigas a ras del suelo...

En suma: embrujada por el demonio de la velocidad, la vida ha perdido mucho valor. Perdió, sobre todo, ese sosiego del ánimo, tan bien avenido con los goces estéticos del paisaje. Se muere ya con la inconsciencia con que se nace. Y con más rapidez, sin agónía. La organización humana, cuyo modelamiento y educación costó veinticinco años, se destruye instantáneamente. Se vuelve, en un santiamén, al estado de protoplasma amorfo, sin otras propiedades que las fisicoquímicas.

Desde este aspecto, brutalmente realista, pueden considerarse los motores de explosión como instrumentos reguladores de la demografía. Gracias a ellos se mantiene la cifra de población en límites prudenciales. Los manes de Malthus y secuaces sonreirán satisfechos al ver cómo, automáticamente, las industrias científicas disminuyen la superabundancia de comensales que esperan turno en la mesa, cada vez menos abastecida, de las subsistencias sociales.

CAPÍTULO IX

EL ANCIANO JUZGADO POR LOS JÓVENES

Los respetuosos y los impacientes.—Los enemigos espontáneos.—Un ejemplo típico.—Hay que tener buen dejo

El supuesto ambiente hostil
contra la senectud.

Se ha exagerado mucho el desdén y desestimación de los jóvenes contra los viejos laboriosos. Dígase lo que se quiera, la juventud estudiosa no es iconoclasta. De ordinario —y hablo por cuenta propia— el anciano que consagró lo mejor de su vida, con loable desinterés, a una obra social, patriótica, filantrópica, científica o literaria, es objeto de reverencias y respetos. Es más: sus discípulos y admiradores forman en torno del patriarca fatigado un tibio y confortador ambiente de afecto y veneración (1).

Los auténticos adversarios del anciano pertenecen a la generación inmediatamente anterior, algunos de los cuales se midieron con él en lides académicas, políticas, literarias o de caza de sinecuras. Ni faltan algunos que, impulsados por el automatismo de los escalafones

(1) Exceptúo a las mediocridades favorecidas por nuestra generosidad; éstas no perdonan nunca la protección dispensada. (Véase mi libro *Charlas de café*, 6.^a edición.)

o por mezquinas rivalidades, tratan de amargar la vida del avejentado para ocupar algún puesto que juzgan inmerecido o detentado (1).

A estos tales no se les caen de la boca frases tan piadosas como la siguiente: "Viejo caduco, cuándo nos dejarás en paz con tus chochees. Te ronda la degeneración senil. Careces de *secreciones internas* y tus centros nerviosos, como los del eunuco, han caído en la infecundidad. Puesto que has sido superado y vegetas onerosamente sobre el cuerpo social, ¡paso a los jóvenes!"

¿Y quiénes son estos jóvenes arrogantes, prometedores de obras estupendas? Pues, salvo algunas excepciones, donceles cartilagíneos que frisan entre los cincuenta y los sesenta y cinco años. Dotados de un cerebro despierto por descansado, dichos enterradores suelen pertenecer a la caterva de los cazadores de *enchufes*, como ahora se dice, ansiosos de puestos preeminentes, no para trabajar fogosa y heroicamente, antes bien para darse tono y acrecentar sus ingresos.

Para domesticar a estos estómagos insaciables e impacientes no hay más remedio que *tener buen dejo*, como decía Gracián, es decir, abandonar los cargos antes de que sus cargas nos abrumen. Así he procedido yo hace más de catorce años, dimitiendo el más importante empleo que regentaba. De cada vez me siento más satisfecho de tal renunciación (2).

Dejo apuntado que no tengo queja de los jóvenes estudiosos ni de la mayoría de mis émulos. Y añado

(1) Según me decía el insigne Bretón, en un corro de consejeros de Instrucción pública, él fue, inocentemente, la causa de la ley de jubilación a los setenta años. Cierta ministro, pariente de un catedrático, deseaba que un familiar ascendiera pronto a la dirección de la Escuela de Música. Y para ello eliminó al eximio compositor. Véase cómo la política, en consorcio con las afecciones domésticas, lanzó a la calle a muchos viejos lozanos y útiles, recargando el presupuesto de Clases Pasivas.

(2) En un artículo periodístico se insinuaba por un gran escritor que cuantos hemos pertenecido a la Junta para Ampliación de Estudios somos unos *enchufistas*. La alusión es directa, pues que he sido presi-

que mi anhelo más vivo fue siempre evitar animadversiones justificadas.

Pero si aun los refractarios al exhibicionismo y apasionados de la soledad estamos libres siempre de malevolencias solapadas o procaces, hay gentes incapaces de dormir tranquilas sin mortificar a algún compañero de su predilección. Y es triste considerar que casi siempre estos adversarios espontáneos brotan en el jardín, algo descuidado, de nuestros favorecidos.

Podría citar docenas de casos ejemplares de tamaña plaga social. Sólo recordaré, empero, como paradigma, un caso no exento de amenidad.

Cierto señor, un tiempo ayudante mío, a quien prologué un libro y contribuí a hacer catedrático, noticioso de que mi salud, llegados los sesenta y ocho años,

dente y debo defenderme, aunque no sea éste el lugar más adecuado. Para tranquilidad del ceñudo censor, declaro que jamás recibí un céntimo de dicha Junta.

El único cargo que conservo, creado por don Francisco Silvela, es el de director del Instituto de Investigaciones Biológicas, vivero hoy de notables investigadores. Pero esto exige un poco de historia. La iniciativa del insigne patricio fue motivada por habérseme adjudicado, en agosto de 1900, el llamado Premio de Moscú (5.000 francos), discernido por el Congreso Internacional de Medicina de París, que debía concederse al médico que durante los últimos tres años hubiese hecho más valiosos descubrimientos.

El inolvidable don Francisco proponía para el director del nuevo Instituto un sueldo de 10.000 pesetas; pero el conde de Romanones y yo acordamos rebajar los honorarios a 6.000, que son los que vengo percibiendo. La adjudicación ulterior de la medalla de Helmholtz, del premio Nobel, y las numerosas distinciones honoríficas extranjeras y, sobre todo, la publicación de 31 tomos de monografías biológicas y de varios libros voluminosos de investigación, traducidos a las lenguas sabias, prueban que el sacrificio hecho por el Estado no fue estéril para la ciencia ni para el prestigio de España.

¿Por qué no pide usted al Gobierno —se me decía— un aumento de sueldo, siquiera para equipararlo al de otros directores de laboratorio? Por varias razones de carácter personal, bajo las cuales no late la menor censura a los congéneres de profesión. Mi respuesta ha sido siempre:

1.º Porque no ansio nadar en la opulencia. 2.º Porque en una edad en que desfallecen o declinan mis fuerzas, paréceme abusivo y hasta inmoral aumentar mis emolumentos. 3.º Porque aun sin querer columbro siempre, al través de cada moneda recibida, la faz curtiada y sudorosa del campesino, quien, en definitiva, sufraga nuestros lujos académicos y científicos. Y perdón por este pequeño autobombo indispensable en un país como España en que todos acatamos el refrán: piensa mal y acertará.

claudicaba a menudo, preguntaba impaciente siempre que venía a Madrid: "Pero ¿cuándo se jubila este carcamal?" Advirtamos que el mencionado profesor y amigo... contaba dos o tres años menos que yo y gozaba de una fortuna de varios millones. Mas, impulsado por pueril vanidad, ansiaba, según decía, coronar su carrera académica ocupando una poltrona de San Carlos. Esto, bien considerado, nada tiene de sorprendente ni vituperable. Estaba en su derecho.

Mas el susodicho camarada se permitía una psicología con turbideces y sinuosidades menos inocentes. Casi todos los años, desde su *comfortable* residencia veraniega del Norte, me enviaba tarjetas anónimas y despectivas.

¿Causas reales de la inquina? Las siguientes. (No obstante mi bonachonería, poseo un defecto imperdonable: la franqueza un poco ruda. Deploro carecer de la ironía gallega o de la suave y fina diplomacia del andaluz. A despecho de mis esfuerzos inhibitorios, la verdad escueta surge de mis labios, nunca hiriente, pero quizá molesta para las vanidades vidriosas.) He aquí las tres verdades intolerables para mi modesto profesor:

Primera. Con infantil jactancia se pavoneaba declarando haber sido el primero que en España había reconocido la infección designada *actinomicosis*. A esta pretensión pueril me oponía yo en un libro de *Anatomía patológica* (1), explicando: "Quienes la comprobaron en nuestro país fueron ciertos veterinarios barceloneses que me proporcionaron el material de mis estudios y grabados." Y el aludido señor no podía ignorarlo, por cuanto había visto mis preparaciones y leído mi libro.

Segunda. Se celebraba en Madrid cierto congreso anatómico internacional y nuestro flamante investigador presentó al areópago de sabios extranjeros un tra-

bajillo, simple rapsodia de textos conocidos. En el fondo, ello era candoroso e inocuo. ¿Se han dado tantos casos análogos! Pero no lo era su conducta, que afeé sin paliativos, censurando este telegrama a la Universidad donde prestaba sus servicios: "que los sabios, pasmados de su trabajo, habían decidido ofrendarle un banquete como homenaje de admiración". Estas frases divertidas, que deben mover a risa, me sacaban a mí de quicio. Y no por ellas mismas, sino por la sonrisa irónica y humillante de los extranjeros, nuestros huéspedes.

Tercera. Preséntase un día en mi casa con un gato desollado, rabón y macerado en alcohol, declarando formalmente que lo había parido una aldeana de su pueblo. Testigos presenciales garantizaban el extraño suceso. Añadió que, dada la excepcional importancia del fenómeno, había resuelto exhibirlo en París ante un congreso internacional.

Aterrado ante la temeraria decisión, que nos habría cubierto de ignominia, con daño irreparable para la naciente biología española, me opuse enérgicamente a sus deseos, expresándole que, según todos los indicios, tratábase de una pesada broma preparada por algún socarrón mal intencionado, con la complicidad interesada de la supuesta parturienta. Para persuadirlo, le propuse varias exploraciones anatómicas sencillas: examinar el cerebro del presunto antropoide (y para mí, gato), cuyas circunvoluciones son harto características; analizar histológicamente la lengua y el peritoneo, órganos donde, aparte de otros rasgos histológicos, existen estructuras específicas del mencionado carnívoro, etcétera. "No consentiré jamás —contestó altanero— despedazar un feto, entre humano y simiesco, que aporta la prueba terminante y decisiva de la decadencia animal del *homo sapiens*."

Fracasé en mi deseo de estorbar su premeditada resolución. En vano le advertí que los evolucionistas sostienen el origen simiesco del hombre (o mejor de

(1) *Manual de Anatomía Patológica General*, 3.ª edición.

las razas de monos antropoides desaparecidos), pero no de ningún carnívoro o roedor... Despidióse amostazado. Perdíle de vista para siempre... Y desde entonces fui el blanco de su odio.

Supe más tarde que había desistido de su descabellado proyecto, luego de consultar con el doctor Simarro. Éste, con su mónica untuosa y persuasiva, rasgo característico de su talento, evitó la vergüenza que nos amenazaba.

Pudiera mencionar muchas antipatías injustas y silencios rencorosos de amigos ingratos. Con estas reacciones del animal humano debemos contar siempre. Mal haría el anciano en rumiarlas demasiado. Según decía Séneca, "la ingratitud carece de ley", es decir, de sanción. Todos la esgrimen a su talante y placer. Sobre todo cuando las víctimas son viejos inválidos y caracteres pacientes y olvidadizos.

Aparte casos excepcionales, es fuerza confesar que somos algo responsables del encono o aversión de ciertos piadosos comprofesores. La hostilidad activa o pasiva de los demás representa, a menudo, el reflejo de nuestros defectos. Peligroso es proclamar verdades amargas; pero ¿estamos bien seguros de que, dulcificadas con bondadosa indulgencia, no habrían sido mejor toleradas y acaso agradecidas? ¿Hemos disimulado contrariedades y displicencias en momentos que pedían comprensión, simpatía y cordialidad? ¿No habremos regateado algún elogio merecido? ¿Hemos cumplido diligentes con los deberes de la cortesía? ¿Estamos seguros de haber acudido solícitos y generosos al hogar de compañeros contristados o abatidos por desgracias de familias o reveses de fortuna? ¡Son tantas las faltas imputables al carácter, la pereza, al mal humor o la excesiva absorción en el trabajo obsesionante!... Ellos explican o excusan antipatías y enemistades.

Aparte lo expuesto, hay un fondo de razón en quienes afirman que los viejos somos incomprendidos por

los jóvenes. Es que vivimos en capas sociales diferentes, y adoptamos actitudes contrapuestas. Somos indolentes y egoístas. Nos agobia el pasado, que ha convertido nuestro rostro en caricatura y nuestro cerebro en desván. Columbramos ya las coronas de inodoros crisantemos, mientras que el mozo contempla, tras la primera etapa, coronas de laurel y nupciales flores de azahar. Como atravesamos fases evolutivas diferentes, la diversa arquitectura cerebral estorba la mutua intelección. Comparables somos a la fauna abisal del mar, alumbrada por su propia luz; al paso que la juventud bulliciosa semeja a la fauna oxigenada del litoral, fascinada por los estímulos de la luz y del calor. Natural es que huya el joven del comercio con los tenebrosos habitantes de las marinas profundidades. Le hablan de una cosa inútil y absurda: la experiencia.

Pero no exageremos el alcance del símil. Muchas son las excepciones. Todos, además, conocemos jóvenes mentalmente viejos y ancianos seductoramente jóvenes.

CAPÍTULO X

LA JUVENTUD ACTUAL

Los pensionados aprovechados.—Argonautas valerosos e inteligentes, pero malogrados.—Superioridad y penuria de los viejos investigadores solitarios

Avances y esperanzas puestas en la juventud estudiantil trasplantada.

Confesamos paladinamente que los jóvenes intelectuales de hoy valen más, hechas las salvedades necesarias, que los intelectuales de hace cuarenta años. En general, poseen más cultura y están mejor preparados. Los *mismos* 98, como diría Giménez Caballero con sus audacias desconcertantes de estilista, han quedado algo rezagados. La nueva generación conoce varios idiomas, ha viajado por el extranjero, oído a los grandes maestros, frecuentado seminarios y laboratorios. Y ha regresado animada de un magnífico espíritu de renovación y de iniciativa. En fin, se ha *uropeizado*, como diría el clarividente y malogrado Costa, el profeta señero del patriotismo cultural español.

¿Cómo se ha operado tan lisonjero cambio? Muchas y diversas causas han influido en él. Algo hay que agradecerle al tremendo y previsto fracaso militar y político del 98, que descubrió de improviso toda la debilidad de nuestra máquina bélica, amén del egoísmo,

la imprevisión y crasa ignorancia (1), en materias internacionales, de las taifas políticas de turno. Los golpes de la adversidad son a veces útiles. Varios de nuestros jóvenes sintieron con vehemencia la trágica lección, se aplicaron con ahínco y hasta con furia a disminuir el peligroso desnivel que nos separaba de las naciones prósperas. Pero otros, la inmensa mayoría, fuerza es reconocerlo, continúan sesteando impasibles al socaire de nuestro inveterado y lucrativo profesionalismo. Empero, en el despertar de la juventud selecta han influido también otras causas menos sentimentales y harto más eficientes.

Aun antes de la guerra europea se crearon en España valiosas instituciones destinadas al estímulo y amparo del talento desorientado o desvalido. Las principales de estas instituciones son tres:

a) La Junta de Pensiones y Ampliación de Estudios que, seleccionando los entendimientos más despiertos y estudiosos y reteniéndoles en los centros docentes extranjeros, ha facilitado la formación de una grey de ingenieros, abogados, humanistas, médicos, físicos, químicos, naturalistas y hasta filósofos, impregnados de los secretos de la técnica y de los métodos inquisitivos ultrapirenaicos o ultramarinos. Bastantes de estos argonautas de la ciencia ocupan hoy, con aplauso de todos, puestos importantes en el profesorado universitario, así como en seminarios y laboratorios (2).

6) La Junta de Pensiones para Obreros, de que fue primer presidente el inolvidable Azcárate, encaminada a proporcionar, en los talleres y fábricas extranjeros, un suplemento de instrucción técnica y destreza

(1) Véanse nuestros artículos vehementes de *El Liberal* en 1898 y los publicados por entonces, o poco después, por Costa, Azorín, J. Ortega y Gasset, P. Baroja, etc., en diferentes diarios.

(2) No hay que olvidar la conducta loable de algunas familias de los países cantábricos enriquecidas por la guerra europea al enviar sus hijos a estudiar a Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, con independencia de toda tutela oficial.

manual a los artesanos más inteligentes y aprovechados.

c) La autorización otorgada a diversos centros docentes para proponer pensiones e invitar a los maestros de la ciencia universal para dar conferencias e incluso nombrarlos (como ocurrió con Obermaier y otros), de acuerdo con el Ministerio de Instrucción pública, profesores universitarios (1).

Huelga decir que no todos los pensionados han respondido a las esperanzas concebidas. Algunos recayeron en la rutina docente, o se esfumaron en las huestes de la política al uso. Otros, acaso los mejores, se acomodaron en universidades ultramarinas donde se les brindaba, además de superior bienestar económico, un ambiente moral propicio a la investigación. En fin, bastantes artesanos y maquinistas, vencidos por la irresistible tentación de los altos jornales, se expatriaron definitivamente.

Tales fracasos parciales eran inevitables y presumibles. Nuestras instituciones protectoras han sembrado a voleo, y buena parte del grano cayó en tierra estéril, cuando no sobre cantos rodados. Sea de ello lo que quiera, y dando de barato que muchos de los escogidos buscaban en la pensión, antes que prepararse para la función docente o el noble goce de la invención, el inmediato provecho de dominar idiomas y mejorar su aptitud profesional, fuerza es confesar, empero, que todos gastaron algo y que tamaña ganancia redundó indirectamente en beneficio del pro común. Queda, a pesar de todo, una minoría selecta, fervorosamente patriótica, regentadora con decoro y eficiencia de car-

(1) El sistema de las pensiones y el contrato de lumbreras científicas extranjeras para corregir nuestra secular postración científica se inició, con éxito mediocre, en la época de Carlos III. Pero como ha hecho notar recientemente Moles en bien documentado discurso (1933), la falta de ambiente y, sobre todo, los estragos de una burocracia canina y funesta malograron el noble empeño.

gos civiles o docentes (1). Algunos han ilustrado sus nombres y honrado a España con descubrimientos brillantes, confirmados y encomiados por sabios eminentes. Pero de esto he tratado ya en otro libro (*Reglas y consejos sobre investigación científica*, 6.ª edición, 1922).

El martirio de los iniciadores solitarios y desvalidos.

Las citadas instituciones docentes, a despecho de sus deficiencias y fracasos, representan un colosal avance en la solución del problema cultural español. Para darse cuenta de este progreso hay que recordar la carrera de obstáculos, casi siempre infranqueables, que tuvimos que recorrer, hace cuarenta o cincuenta años, los aficionados a los estudios científicos. Entonces, los jóvenes solamente podíamos contar con el propio esfuerzo, animados por una voluntad diamantina y una vocación a prueba de desdenes y contrariedades. Carecíamos de ambiente. Se nos calificaba de *chiflados*. Desvalidos y sin más recursos para educarnos técnicamente que los proporcionados por modestos cargos subalternos o por los padres, casi nunca convencidos de que el cultivo de la ciencia pura servía para algo, nos estrellábamos contra la indiferencia universal. De ahí el atraso en el conocimiento de las lenguas vivas, la desalentadora labor solitaria en laboratorios propios improvisados, la desmaña en el manejo de métodos sólo conocidos por la lectura de monografías y libros, cada uno de los cuales representaba una renunciación franciscana o un sacrificio familiar; el recelo con que

(1) Mi optimismo incurable reconoce con pena que bastantes de los protegidos por la generosidad del Estado han recaído en dos vicios nacionales funestos: el afán desmedido de acaparar cargos (*enchufismo*, como ahora se dice), y el rutinarismo apático, bien hallado con el lucrativo ejercicio profesional, y extraño a toda mira elevada de creación científica. La suprema ambición de estos talentos se cifra en ocupar un sillón académico, casi siempre merecido, como premio a la práctica del magisterio, o de profesionalismo honrado y decoroso.

ofrendábamos a los sabios los frutos agraces de la modesta minerva, siempre temerosa de adverso veredicto. Mientras que hoy, por el contrario, cultivar la ciencia, además de constituir oficio que cobra nómina del Estado, es labor fácil y hacedera. Ningún sacrificio pecuniario para viajar, adquirir revistas y material de investigación. Basta ahora un poco de voluntad, regular perseverancia y algo de emoción patriótica.

Peligroso para las naciones de patriotismo desmayado y miope es el resurgimiento actual, en los países opulentos y superpoblados, de un estatismo unificador y tiránico. Las naciones apocadas empeñadas en vivir en otra época, sirviendo ideales moribundos o groseramente materiales, corren inminente riesgo de convertirse en colonias, cuando no en esclavas de la codicia extranjera.

CAPÍTULO XI

EL DEVORADOR MAQUINISMO DE LOS PAÍSES CIVILIZADOS

Necesidad de crear industrias originales.—Urgencia de fomentar toda clase de invenciones.—Desidia de la cartografía nacional.—Desnivel aterrador de nuestra balanza comercial

En nuestra prometedoras ascensión cultural no todas las disciplinas científicas y sus aplicaciones marchan isocrónicamente. En ciertas actividades (matemáticas, estudios históricos, histología, ciencias naturales, etcétera) comenzamos a hombearnos con los extraños, aunque sin igualarlos todavía; pero en otros, *verbi gratia*, la ingeniería, la zootecnia, la bacteriología, la botánica práctica, la astronomía, la química, la física, y sobre todo el arte de la invención industrial, vamos a la zaga, no sólo de los Estados Unidos, de Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, sino hasta de las pequeñas naciones, como Bélgica, Dinamarca, Holanda, Suiza, etc. ¿Es que carecemos de aptitud para la invención? Me permito dudar.

Los inventos y manufacturas ingeniosas de los países prósperos donde la ciencia se aproximó a la vida, fortificándola y embelleciéndola, nos explotan y empobrecen. Barómetro infalible de este desequilibrio comercial y cultural es la incesante depreciación de

nuestra moneda. Gozamos con alegre confianza de los refinamientos de la civilización, sin percatarnos de que cada mercancía importada, sin la contrapartida correspondiente, es una acusación de nuestra indigencia inventiva y un triste presagio de la ruina nacional (1).

Fuera enojoso e inoportuno abordar aquí un estudio comparativo de nuestro haber industrial, mísero y rutinario, reseñando la inundación creciente de máquinas importantes.

Recordemos en primer lugar los productos químicos y farmacéuticos (según un ilustre profesor en Farmacia, se cifran en cerca de mil millones; según el dictador, en sólo un año se pagaron al extranjero quinientos millones de pesetas por importación de automóviles y sus accesorios). Ni es de desdeñar el capítulo de camionetas y autobuses. Menos aún el de las máquinas de imprimir.

Aquí debiera seguir una lista de aparatos y productos extranjeros que ocuparía varias páginas. Contraigámonos solamente a mencionar los instrumentos científicos de todas clases: *relojes, microscopios, telescopios, teodolitos, aparatos de medir y calcular, lentes para gafas, locomotoras, tranvías, centrales eléctricas*, con sus dínamos potentísimas; *aparatos telegráficos, telefónicos, gramofónicos, de radio y fotográficas*; las placas *sensibles, películas y cámaras cinematográficas* de tomavistas y de proyección (2); *aparatos de foto-*

(1) Con razón dice R. Latre: industrializar el país instalando fábricas con maquinarias extranjeras, no es progresar ni enriquecerse, bino empobrecerse. Véase *Por qué el español no ha llegado a más*. 1923. Espasa-Calpe.

(2) El capítulo de películas impresionadas, compradas o alquiladas a los productores cinematográficos yanquis, ingleses y franceses, suma, según un técnico de la especialidad, más de doscientos millones anuales.

Todas las tentativas para fabricar en España las placas fotográficas se frustraron, a pesar de los técnicos extranjeros importados y de los millones invertidos. Y la razón es obvia: los accionistas no se percataron de que todas las materias primas (gelatinas, cristales, nitrato de plata, bromuros y cloruros, reveladores, sensibilizadores, etc.), había de traerlos de Bélgica, Inglaterra, Francia y Alemania, pagándolas en oro,

grabado y cámaras amplificadoras; *anteojos prismáticos*, etc. ¡Qué más!... Hasta las modestas balanzas usadas en tiendas de ultramarinos y tabernas son de importación extranjera. Por cierto que muchas de ellas ostentan, como lugar de procedencia, *Toledo*, marca falaz, porque no se trata de nuestra ciudad monumental, donde se fabrican algunas armas excelentes, sino del Toledo (Ohio) de los Estados Unidos (1).

No se me oculta que existen industrias como la óptica, la química y la fotografía, de difícil realización en España. Tampoco ignoro que sin grandes y bien provistos talleres de construcción y funciones anejas resulta quimérico producir, con caracteres de originalidad y con vistas a la exportación, manufacturas de base cinemática. Por lo cual, excuso el que nuestros eximios inventores La Cierva y Torres Quevedo hayan ejecutado en fábricas extranjeras sus admirables inventos. Pero ¿es que no podemos construir tampoco una sencilla máquina de coser o de escribir, o una modesta y cómoda balanza susceptible de competir económicamente con sus similares forasteras?

El creciente desnivel de la balanza comercial anuncia la bancarrota, dada la disminución de nuestras exportaciones.

Como el alud arrollador de invenciones aportadas crezca, y olvidemos que somos un país pobre, exportador de algunos frutos, de cada vez más vejados y rechazados en los mercados extranjeros, no hay que

(1) Leo en un diario que los toledanos van a celebrar un festival en honor de Toledo (Ohio, Estados Unidos), como homenaje a los yanquis. Harto mejor fuera excitar al Estado para que la fábrica de Armas de la ciudad imperial organizara talleres de construcción de balanzas y otros utensilios corrientes, que hoy pagamos a precio de oro a los Estados Unidos. Pero festejar a los yanquis por haberse acordado de nuestra Toledo para bautizar una urbe de entre las innumerables de la América del Norte, es el colmo del candor. (Al corregir estas pruebas el ingenuo y cortés homenaje se ha realizado ya, con el concurso gentil y obsequioso de Romanones y Maraño.)

ser zahori para vaticinar, para un plazo no muy lejano, escandalosa inflación fiduciaria con la consiguiente amenaza de bancarrota. Pero dejemos este asunto, merecedor de un libro, el cual, por cierto, no se ha escrito todavía, ya que exigiría un análisis comparativo de la capacidad productora de nuestras fábricas y de las causas —harto adivinables— de que nuestros adinerados fabricantes, en vez de promover nuevos inventos, se contenten con el lucrativo, aunque no muy honroso cometido, de aprovechar patentes caducadas, de adquirir, a precios exorbitantes, novísimas patentes extranjeras. Ciertamente que producimos para el mercado interior toneladas de específicos y panaceas infalibles; mas no nos alucinemos: los ingredientes de estas fórmulas vienen de Alemania (1).

Y ya que aludimos a industrias farmacológicas, filiales o esclavas de las tudescas, mencionaremos aún la *odontología*, en donde, desde las sillas mecánicas, los instrumentos quirúrgicos, la *ovococaína* y hasta los dientes y todos los enseres destinados a moldear el caucho y empastar dientes, vienen de Norteamérica, la cual tiene en nosotros suculto y pródigo cliente.

Abandono de la cartografía nacional y producción de guías turísticas.

Nuestra desidia respecto a la fabricación o ejecución de productos de tipo cultural llega hasta el extremo de que las mejores guías y mapas de nuestras carreteras se han confeccionado en Francia (Clermont-Ferrand) y los más adecuados Atlas destinados a la

(1) Consultada, acerca de este asunto, persona de gran competencia y autoridad, me explica que, para defraudar a la aduana española, muchas casas extranjeras han creado sucursales en Barcelona, donde elaboran y envasan, con la firma, no muy bien retribuida, de algunos farmacéuticos (presuntos comprobadores del producto), las innumerables fórmulas medicamentosas tudescas. Por donde se comete escandaloso fraude, ya que los productos químicos brutos pagan en aduana muchísimo menos que los medicamentos elaborados y envasados... ¡Y nuestros gobiernos sin enterarse!

enseñanza vienen de Italia o Germania. Varias excepciones, empero, deben consignarse para ser equitativos:

El excelente mapa en relieve del malogrado ingeniero señor Botella, de la Academia de Ciencias; las representaciones de los estudios hidrográficos de don Lorenzo Pardo, y una guía de las carreteras españolas —bastante cara por cierto— del Automóvil Club de España, hoy agotada probablemente. Las dos primeras iniciativas se han desarrollado sin miras comerciales.

En cuanto a la magnífica geografía de don Vicente Vera, tiende preferentemente a dar idea de la España monumental y comercial, soslayando el grabado en grande escala de los mapas parciales o regionales.

¿No es bochornoso que los mejores mapas conocidos de España sean fruto de cartografía alemana, como lo prueban los dos magníficos Atlas, grande y pequeño, de Justus Perthes, consultado por tantos turistas?

No desconozco la obra meritoria y verdaderamente formidable del Instituto Geográfico y Catastral, en cuyos concienzudos trabajos han debido espigar casi todos sus datos extranjeros avispados. Pero ¿por qué esta meritoria institución oficial no ha de descender al terreno mercantil, compitiendo en la composición y delincación de mapas portátiles populares con las casas rivales extranjeras? ¿No parece desidia abandonar pingüe negocio, perfectamente legítimo, a la especulación forastera? ¿Es que lo impide alguna traba burocrática o reglamentaria? Pues pidan al Gobierno la autorización correspondiente.

Todo este capítulo parecerá al lector severo, hartamente inoportuno y despegado del tema fundamental del libro. Exacto. Pero es difícil represar sentimientos que desbordan del espíritu atribuido de todo buen patriota. Sirva esta confesión de excusa a esta y otras digresiones sentimentales.

Nuestra postración industrial es antigua y harto profunda para no alarmar al hispanismo más cachazudo. Desde que los Austrias, en complicidad con nuestra pereza y aislamiento cultural, destruyeron o dejaron perder nuestras industrias en favor de flamencos, genoveses, franceses y alemanes, la economía española va de tumbo en tumbo. Todavía la abundancia del oro y la escasez de las importaciones industriales, allá por los tiempos felices de mi juventud, hacían llevadera la crisis. Mas hoy, invadido el mercado por una ola arrolladora de manufacturas extranjeras, que no sabemos producir, la situación se ha agravado en términos inquietantes. El déficit creciente de nuestra Hacienda y la innumerable serie de empréstitos abrumadores del contribuyente son signos premonitorios de ruina, que sobrevendrá indefectiblemente si la Providencia no hace un milagro cambiando nuestra psicología. Por desdicha nuestra, el principio rector del universo no se ocupa hace tiempo de los imprevisores ni de los tontos. Pero a este peligro hemos aludido ya reiteradamente. *Non bis in idem.*

CAPÍTULO XII

LA ATONÍA DEL PATRIOTISMO INTEGRAL

El españolismo de ayer y la tendencia a la desintegración de hoy.—Consecuencias del desastre colonial.—Los regionalismos y nacionalismos.—Amenazas de los separatistas.—Indolencia de la España unitaria ante el riesgo de segregación.—Ingratitud de los vascos.—El arancel.—Tristes presagios

El patriotismo de ayer.

No vamos a remontarnos a la decadencia de España en los siglos XVI y XVII. Es fenómeno bien estudiado por escritores y críticos nacionales y extranjeros. Baste recordar que, aparte de la pobreza y despoblación de nuestro agro, de la expulsión cruel y antipolítica de judíos y moriscos, de la incomprensible exención de cargas contributivas del clero y la nobleza, en cuyas manos estuvo casi toda la riqueza de España, contribuyeron decisivamente a nuestra postergación internacional las continuas intromisiones en la política de países extraños, con que agotamos nuestras fuerzas y dilapidamos los tesoros de América. Como indica Cánovas, hubo siempre, aun en el auge de nuestro poderío, desproporción enorme entre nuestros recursos y nuestras empresas (1). Y fue lo peor que ta-

(1) Cánovas: *Historia de la decadencia de España*, etc. Año 1890.

maños sacrificios no obedecían al interés de nuestra patria, sino al sostenimiento de la preponderancia de dinastías extranjeras, cuyo fanatismo religioso ocultaba insaciabiles ansias de imperialismo europeo. De acuerdo con eximios historiadores, estimo que la evolución genuinamente nacional terminó con Fernando el Católico y el cardenal Cisneros (1). Los reyes sucesivos trabajaron *pro domo sua*.

Incorporándonos a nuestro asunto, importa declarar, desde luego, que el patriotismo español, apático o latente, pero jamás anulado en absoluto, alcanzó de repente en 1808, con la guerra de la Independencia —que nos sorprendió, como siempre, sin soldados, sin dinero y sin material—, notable pujanza. Esta exaltación culminó todavía en 1860, con ocasión de la expedición a África, emprendida —¡ironías de la Historia!— con miras inconfesables de caudillaje militar y de preponderancia de un partido político.

Siendo mozalbete tuve la suerte de presenciar las vehementes y desbordantes efusiones patrióticas del pueblo y la glorificación de nuestros heroicos soldados y caudillos. ¡Oh, qué gran aglutinamiento es la victoria!... Por doquier, vítores delirantes, arcos de triunfo, hogueras simbólicas, *lifaras* populares y obsequios a los soldados gloriosos...

Y en las ciudades, Prim, O'Donnell, Echagüe y otros bizarros generales saborearon las mieles de la popularidad. ¡Y qué soldados aquéllos! Fornidos veteranos, curtidos en las pugnas enconadas de las guerras civiles, luciendo en el pecho honrosas cruces y en la tostada faz barbas y mostachos imponentes... ¡Qué contraste con los reclutas adolescentes y lampiños de hoy, cuyo brevísimo servicio en las filas no consiente la adquisición de instrucción militar suficiente ni el con-

(1) Sobre este problema, harto trillado, pensamos escribir un libro, si nuestra salud lo consiente. Datos y juicios preciosos sobre el argumento hallará el lector en las obras de Jovellanos, Cánovas, Costa, Ortega y Gasset, Deleito, Maeztu, Senador, Giménez Caballero, etc.

tagio confortador del amor al regimiento y del sentimiento patriótico (1).

Diéronse al olvido, caso de que los hubiera en forma larvada, antipatías y celos regionales. Cataluña no sólo compartió los laureles de 1860, brindándonos un general bravo y genial, sino que reclutó y equipó una legión especial de bizarrísimos voluntarios, los cuales, no obstante ser bisoños, batiéronse como veteranos. Vasconia, menos presurosa, envió a la campaña africana lucida escuadra de voluntarios. Llegaron algo tarde, pero el ademán de Euzkadi fue notablemente españolista. Todos estábamos orgullosos de nuestros soldados...

Más adelante, con ocasión de la guerra de Cuba, dieron los catalanes nuevo testimonio de amor a la patria común, enviando a las Antillas brillante legión de voluntarios, que se batieron —y esto lo presencié yo— como leones, junto al ejército regular y al lado de la noble y espolisima hueste de voluntarios asturianos, al final de la contienda (y éste es el mejor elogio de aquellos bravos soldados) sólo quedaban débiles reliquias de dichas falanges heroicas; casi todos los voluntarios cayeron valerosamente en la manigua cubana o en las enfermerías de campaña. ¡Espectáculo confortador, nuncio de halagadoras esperanzas!...

En medio de mis tribulaciones de entonces (yo caí enfermo en la manigua cubana), sentía hervir en mi sangre, consumida por la fiebre, el fuego del entusias-

(1) Para cerciorarse de esta decadencia de los institutos castrenses y de sus causas no hay sino leer las reflexiones desalentadoras de Romanones y de Mola en sus recientes libros sobre la desorganización y abandono del ejército. ¡Cuántos sucesos dolorosos se explican por la deficiencia de instrucción militar, en gran parte imputable a la impremeditada y funesta ley de 1912 acerca del reclutamiento, la brevísima estancia en filas, y el régimen odioso de los soldados de cuota! ¡Y qué ilusión pretender que el mísero y analfabeto recluta español adquiera de improviso la psicología exasperadamente patriótica de los países más ilustrados!... Véase Romanones: *El ejército y la política*, y E. Mola: *La tragedia de nuestras instituciones militares*, 1933.

mo bélico al presenciar esta magnífica explosión de amor y sacrificio hacia la lejana metrópoli (1).

No; digan cuanto gusten derrotistas y augures pusilánimes, el ímpetu de nuestra raza no se extingue fácilmente. Padecerá eclipses, atonías, postraciones como las han padecido otros pueblos. De su letargo actual, contristador y deprimente, se levantará algún día, cuando un taumaturgo genial, henchido de viril energía y de clarividente sentido político, obre el milagro de galvanizar el corazón desconcertado de nuestro pueblo, orientando las voluntades hacia un fin común: la prosperidad de la vieja Hispania.

Efectos deprimentes del hundimiento colonial de 1898.

Anticipo una rectificación de extendido error colectivo. En la guerra con los Estados Unidos no fracasó el soldado, ni el pueblo (que dio cuanto se le pidió), sino un Gobierno imprevisor, desatento a los profundos e incoercibles anhelos de las colonias, e ignorante, tanto de las codicias solapadamente incubadas como del incontrastable poderío militar de Yanquilandia. Nuestro fracaso se explica sin recurrir a hipótesis alambicadas. Marina y ejército hallábanse organizados, no para luchar con la nación más pujante y rica del mundo, sino para sofocar nuestras querellas interiores e inveteradas rebeldías ultramarinas. Ni Cervera, ni Villamil, ni Blanco fueron tan ignoros que desconocieran la superioridad de la escuadra y de los recursos inagotables de la gran república norteamericana. Todos nuestros caudillos confiaban en la neutralidad de ésta, cuyas miras interesadas recató cuidadosamente. De ahí el estupor de los marinos españoles, conscientes de su inferioridad, cuando se les or-

(1) Véanse *Recuerdos de mi vida*, parte 1.^a, 1901-1917, 3.^a edición.

denó enfrentarse con los yanquis, invitándoles a un sacrificio imbécil e infecundo (1).

Ante el brutal ultimátum de los Estados Unidos no había sino esta solución: el reconocimiento fulminante de la independencia cubana; medida salvadora que habría aportado la tranquilidad a millares de hogares peninsulares, convencidos de que Cuba, con sus reiteradas rebeliones y su clima insalubre, sería el cementerio de la raza hispana.

¡Cuan difícil es adoptar las medidas más sencillas y salvadoras en un país ignorante y ofuscado! Tamaña solución, la única racional, intimó a nuestro Gobierno, instigado por una prensa populachera (2) y por las amenazas de sublevación de nuestro ejército peninsular. Así caímos inocentemente, cual sencillas alondras, en la red que se nos tendía. Y fuimos expulsados de un mundo cuya conquista nos costó ríos de sangre generosa. Mientras, Inglaterra con su inmenso Canadá y su Jamaica; Holanda, Francia y Britania con sus Guayanas, se mofaban de nuestro absurdo quijotismo, riéndose a la vez de la cacareada doctrina de Monroe, proclamada por los yanquis; *Voe victis!*... Así aprendimos un poco tarde que para ser respetados es preciso o ser fuertes como las naciones próceras, o prudentes y discretos como Portugal, Holanda, Bélgica y Suiza.

Las deplorables consecuencias del desastre colonial fueron dos a cual más trascendentales: el desvío e inatención del elemento civil hacia las instituciones militares (ejército y marina) a quienes se imputaban

(1) Sobre este asunto escribió mucho, y no siempre con ecuanimidad, la llamada *generación del 98* (Bueno, Costa, Azorín, Valle-Inclán, Baroja, Maeztu, etc.). Yo mismo incurrí, en mis artículos de *El Liberal*, en excesivos apasionamientos. Véanse mis artículos escritos con ocasión de la requisitoria abierta por este diario en 1898, acerca de las causas del desastre colonial.

(2) Hallándome en 1899 en la Biblioteca de Boston, el bibliotecario, que dominaba el español, me dijo señalando a varios periódicos españoles, especialmente a *El Imparcial*: "He aquí los principales responsables (con los métodos inhumanos de Weyler) de la guerra contra España." Véanse los *Recuerdos de mi vida*, 3.^a edición, 1923.

faltas y flaquezas de que fueron responsables gobiernos y partidos, y sobre todo la génesis del *separatismo disfrazado de regionalismo*. Cataluña sobre todo (¡quién lo dijera después de las nobles explosiones de españolismo de 1860 y 1873!), inició una ofensiva a fondo contra el Estado, inaugurada con los discursos fogosos reivindicatorios del doctor Robert, las propagandas separatistas de Prat de la Riba, la Asamblea de parlamentarios, la difamación reiterada del ejército que, lo mismo que en Cuba, juzgó patriótico tomarse la justicia por su mano, atropellando redacciones de periódicos antiespañoles (con que logró resultados contraproducentes, provocando el movimiento de la *Solidaridad catalana*, en la que se juntaron, con miras electorales y facciosas, todas las fuerzas vivas de Barcelona, desde el carlista duque de Solferino, hasta los separatistas o autonomistas más descarados como Prat de la Riba y Cambó). Mientras tanto, continuaron las campañas de la *Lliga*: propagandas exasperadas que impresionaron al Gobierno y culminaron y cristalizaron en la obtención de la *Mancomunidad*, concesión forzada que, lejos de purificar el ambiente antiespañol, sólo sirvió para acrecentar sus estragos. Las plumas catalanas se desataron contra el odioso centralismo español, el chivo bíblico portador de todas las culpas. Y Madrid compartió con España el desprestigio causado por la imprudencia de la vieja política de los partidos de turno y de la inexplicable impunidad de la propaganda secesionista.

El odio infundado a Castilla y a Madrid.

¡Pobre Madrid, la supuesta aborrecida sede del imperialismo castellano! ¡Y pobre Castilla, la eterna abandonada por reyes y gobiernos! ¡Qué sarcasmo! Ella, despojada primeramente de sus libertades, bajo el odioso despotismo de Carlos V, ayudado por los vascos, sufre ahora la amargura de ver cómo las provin-

cias más vivas, mimadas y privilegiadas por el Estado, le echan en cara su centralismo avasallador: Vedla prosternada y sumisa una vez más, a los pies de sus ambiciosos explotadores, para quienes representa simple colonia industrial. Por acordarse demasiado de los demás, se ha olvidado de sí mismo. Carece de carácter, personalidad y de elevadas aspiraciones. Y para fomentar las ajenas prosperidades ni siquiera se ha cuidado de crear una industria propia, o de fomentarla, al menos, en las provincias unitarias. En su evangélica resignación, no sólo ha prescindido de represalias y reivindicaciones, sino que ha proporcionado a las regiones rebeldes, con los votos de una mayoría castellana, los dos más resueltos y calificados campeones de los Estatutos (Azaña y Bello). En aras de la concordia, Madrid ha consentido reformas humillantes, por ejemplo: la de los *enlaces ferroviarios*, que, a cambio de parvas comodidades de tráfico general, convertirá la capital en una estación de tránsito, con daño irreparable de teatros, fondas, comercios y transportes interurbanos. Como nadie abogó por el aborrecido Madrid, su Universidad, sus hospitales, los palacios de la Diputación y del Municipio siguen siendo los más mezquinos y miserables de España.

Y para coronar la obra de decapitación de la corte, y del empobrecimiento de Castilla, la Asamblea revolucionaria decretó una Constitución que reconoce y proclama el derecho de las regiones a organizarse en régimen de amplia autonomía no sólo administrativa, a semejanza del de las provincias vascas, sino política, social, universitaria, de orden público, etc. Ello implica la cesión de casi todas las contribuciones más saneadas y remuneradoras (1). El nuevo régimen se ha

(1) Aunque sobre esta materia es prematuro trazar estadísticas, financieros notables fijan en unos 160 millones de pesetas la merma de los ingresos del Tesoro, como importe de los servicios y exenciones otorgados a la Generalidad catalana. Y cuando se concedan todas las autonomías no es necesario ser un lince para presagiar el desastre de

establecido ya en Cataluña y pronto se generalizará a Vasconia, Valencia, Galicia, etc., si causas imprevistas no lo estorban.

Inquietudes actuales ante las amenazas, veladas o explícitas, del separatismo.

En mi calidad de anciano, que sobrevive, no puedo menos de cotejar los luminosos tiempos de mi juventud, ennoblecidos con la visión de una patria común henchida de esperanzas, con los sombríos tiempos actuales, preñados de rencores e inquietudes. Convengamos, desde luego —y eso nos lo echan en cara diariamente los extranjeros—, en que moramos en una nación decaída, desfalleciente, agobiada de deudas, empujada a una pérdida territorial y moralmente, en espera angustiada de mutilaciones irreparables.

Yo bien sé que catalanes y vascos consideran ilusorio tamaño peligro y hacen fervientes manifestaciones de su adhesión y amor a España. Y no se me oculta que lo mejor del pueblo vasco, catalán y de otras regiones, comparten tan nobles sentimientos. Pero ¿los comparten las masas fanáticas de las mismas y los avispados caciques que las sugestionan? Yo desearía creer en dicho ingenuo optimismo, compartido por algunos catalanes prestigiosos, y sobre todo por don Marcelino Domingo; empero, por cada día aparecen síntomas menos tranquilizadores (1). Descuelgan entre

la Hacienda nacional. Porque cada autonomía representa una alarmante disminución del Erario español, con los consiguientes aumentos de las contribuciones de las regiones unitarias y de los intereses de la Deuda.

(1) A guisa de explicaciones del desvío actual de las regiones periféricas se han imaginado varias hipótesis, algunas con ínfulas filosóficas. No nos hagamos ilusiones. La causa real carece de idealidad y es puramente económica. El movimiento desintegrador surgió en 1900 y tuvo por causa principal, aunque no exclusiva, con relación a Cataluña, la pérdida irreparable del espléndido mercado colonial. En cuanto a los vascos, proceden por imitación gregaria. Resignémonos los idealistas impenitentes a soslayar raíces raciales o incompatibilidades ideológicas profundas (que no niego en absoluto) para contraernos a motivos prosaicos y circunstanciales.

ellos la catalanización de la Universidad; los ultrajes reiterados a la sagrada bandera española; las manifestaciones francamente antifascistas, pero en realidad francamente separatistas con los consabidos mueras a España, por nadie reprimidos; el cántico retador, aun en manifestaciones ajenas a la política, de *Els Segadors*; el hecho incuestionable de que son o fueron separatistas los gobernantes de la Generalidad (como lo son en el fondo los peticionarios del Estatuto vasco), y sobre todo la pérdida o progresiva tibieza de esa cordialidad de sentimientos fraternos, causa generadora de suspicacias y excesos pasionales con el menor pretexto. Y esto, aun después de otorgado el Estatuto, cuando parecía natural que los catalanes manifestaran su satisfacción y gratitud con ovaciones a la bandera y ejército españoles. Ni olvidemos que el alzamiento antimonárquico se produjo en Cataluña a los gritos de *¡Viva la república catalana!* Aun hoy se profieren con cualquier pretexto hasta en plena Generalidad.

A tan fundadas alarmas responden los catalanes con la frase estereotipada de *incomprensión*. Y nos prometen atenerse estrictamente a la letra y al espíritu de la Constitución y del Estatuto concedido por las Cortes. Fuerza es convenir que, leído el documento estatutario, parece poco alarmante, aun contrayéndonos al problema vitando de la Universidad, cuyas clases podrán darse indistintamente en los dos idiomas (1). Pero luego de implantada la autonomía universitaria, se ha comprobado una vez más que la vida y el sentimiento

(1) En la Facultad de Medicina de Barcelona todos los profesores, menos dos, son catalanes y nacionalistas; por donde se explica la emigración de catedráticos y de estudiantes que no llegan hoy, según mis informes particulares, al tercio de los matriculados en años anteriores. Casi todos los maestros dan la enseñanza en catalán, con acuerdo y consejo tácitos del consabido Patronato, empeñado en catalanizar a todo trance una Institución costeada por el Estado. A este respecto, nota don Pedro Pujol que el 80 por 100 de los estudiantes universitarios han trasladado su matrícula a otras universidades. Aboga por la creación de dos universidades: una catalana y otra castellana. Ello me parecería de perlas. Mas ¿lo consentiría la Generalidad?

desbordan siempre los artificiosos cauces legales. Sobre la letra siempre prevalece el espíritu, y más que el espíritu de una ley o reglamento, las pérfidas intenciones de las personas encargadas de aplicarlos.

Reconozcamos, además, que los gestores del Estatuto se olvidaron de crear un representante del Estado, apoyado directamente en el ejército, y con atribuciones para reprimir con prudencia y energía los vergonzosos desmanes de los *escamote*. Por sinceros que sean los sentimientos españolistas del *presidente* de la Generalidad, en cuyas manos ha puesto el Estado el orden público, dicha autoridad, que debe su elección a un partido donde abundan los nacionalistas, no se atreverá nunca a sancionar los ultrajes a la bandera del Estado español. Urge, pues, si se desea una convivencia cordial entre España y Cataluña, la reforma parcial del Estatuto, al objeto de evitar diarios conflictos y, sobre todo, el odio de las regiones unitarias.

Iguales recelos suscita la demanda autonómica de los vascos. Si casi todos los defensores de la autonomía catalana y vascongada han sido separatistas (1), según dejamos dicho, ¿cómo evitar que los Estatutos se vicien y desvirtúen, derivando en la práctica hacia la plena independencia?

No me explico este desafecto a España de Cataluña y Vasconia. Si recordaran la Historia y juzgaran imparcialmente a los castellanos, caerían en la cuenta de que su despego carece de fundamento moral, ni

(1) En una manifestación vascongada, celebrada en Vitoria con representación de las cuatro provincias (3 de abril de 1934), los oradores de las mismas dicen, en las conclusiones, que esperan les conceda el Estado la plena libertad e independencia. ¡Así, sin atenuantes ni tapujos! En cuanto al plebiscito organizado para pedir el Estatuto vasco, don F. Lequerica, testigo presencial de las elecciones, declara que hubo numerosos pucherazos; que él mismo no pudo votar por habérsele adelantado un vizcaitarra y, en fin, interpretando los sentimientos dominantes en Euzkadi, afirma que sólo desean los vascos el Estatuto como un avance formidable en el camino de la separación. Según ellos, se alcanzará la meta en cuanto dispongan de la enseñanza, de la justicia, del orden público, el Gobierno militar propio y las obras y asistencias sociales de todo linaje.

cabe explicarlo por móviles utilitarios (1). A este respecto la amnesia de los vizcaittarras es algo incomprensible. Los cacareados fueros, cuyo fundamento histórico es harto problemático, fueron ratificados por Carlos V, en pago de la ayuda que le habían prestado los vizcaínos en Villalar, ¡estrangulando las libertades castellanitas!... Y tampoco recuerdan estos flamantes nacionalistas enviados a las Cortes por Vizcaya, que, conquistada Euzkadi por los franceses, en el siglo XVIII, hubo que rescatarla, cediendo al invasor, a guisa de honorarios, la isla de Santo Domingo. Sobre que la citada región fue siempre un feudo de Castilla, otorgado a adelantados castellanos. ¡Cuánta ingratitud tendenciosa alberga el alma primitiva y sugestionable de los secuaces del vacuo y jactancioso Sabino Arana y del descomedido hermano que lo representa!...

Decíamos en otro libro que Vasconia y Cataluña (2), al revés de lo ocurrido con los amputados que sienten dolor en los miembros perdidos, se avienen prudentemente con la pérdida de una Vasconia y una Cataluña irredentas, situadas allende el Pirineo. ¿No entrarán por algo en ese olvido la consideración de que Francia no admite bromas autonomistas y la seguridad de que la abatida Castilla perdió hace tiempo las justicieras espadas de Sancho el Bravo y de Gonzalo de Córdoba? (3).

(1) Cambó, el más morigerado y prudente recordó en un discurso pronunciado en Cataluña, que de España ingresaban en el Principado 400 millones como pago de mercancías (hoy serán acaso 600 u 800, aunque sobre este punto nada digan las estadísticas).

(2) Cajal: *Recuerdos de mi vida*, 3.^a edición, 1912. Por cierto que en este libro se formula un juicio encomiástico y justo de las excelencias del pueblo catalán, allá por los años de 1873 y 74, antes de ser envenenado por las propagandas antiespañolas de los *lligueros*.

(3) Jamás he comprendido la antipatía de los navarros hacia el Rey católico que, con ocasión de la conquista, les otorgó y amplió generosamente los fueros y franquicias tradicionales. Si Fernando II de Aragón no interviene, tanto Navarra como Vasconia hubieran sido, tras un período de protección humillante, anexionadas a la Francia de Luis XII. Y entonces, huelga decirlo, adiós independencia, fueros, libertades y exenciones. Así y todo, el francés arrambió con la Navarra francesa. Y nada

También los catalanes necesitan para fundamentar sus juicios situarse a espaldas de la Historia. Castilla no expolió jamás al Principado. Ella fue víctima, como Cataluña, de los funestos déspotas austríacos y borbónicos. ¿Qué culpa tiene de que Felipe IV, el imbécil, atropellara los fueros del Principado y de que un rey francés intruso, Felipe V, arrebatara cuanto restaba de los antiguos privilegios?

La ingratitud incomprensible de los vascos, los niños mimados de Castilla.

Deprime y entristece el ánimo el considerar la ingratitud de los vascos, cuya gran mayoría desea separarse de la patria común. Hasta en la noble Navarra existe un partido separatista o *nacionalista*, robusto y bien organizado, junto con el *tradicionalista*, que enarbola todavía la vieja bandera de "*Dios, Patria y Rey*". En realidad Euzkadí y Navarra constituyen de hecho feudos vaticanistas, y son perdurable amenaza de guerra civil. Y esto a pesar de los halagos y generosidades del Estado, de los privilegios y exenciones otorgados, y de la exigua contribución con que acuden aquéllas a los gastos de la nación. Por el libro de Iribarne (1) me entero de que el aborrecido régimen republicano ha prestado diez millones de pesetas sin interés a la opulenta Diputación de Vizcaya, amén de los

decimos del portillo abierto en el Pirineo, con la perpetua amenaza de la invasión de España.

(1) Iribarne: *Las dos oligarquías capitalistas que devoran a España*, etcétera, 1934. La lista interminable de subvenciones generosamente otorgadas a las provincias vascas, constituye algo indignante (págs. 50 y siguientes). Las cifras globales son aterradoras. Y todo para congraciarse con una raza que corresponde a la magnanimidad castellana (los despreciables *maquetos*) con la más negra ingratitud. ¡Cuan pronto hemos olvidado aquellas sangrientas e ignominiosas guerras civiles cuya finalidad consistía en defender para sí un régimen de excepción e implantar piadosamente en España el execrable absolutismo. Exceptúo, naturalmente, esos grupos heroicos de demócratas liberales vasconavarros que luchan briosamente contra la superstición y la tiranía intolerables de los caciques y de que se hace lenguas el ilustre escritor Blanco Fombona.

treinta millones que, según Carner, se giran a Bilbao en concepto de primas a la navegación. En fin, actualmente se ha dispuesto conceder a San Sebastián, para la construcción de escuelas, dos millones seiscientos mil pesetas, en números redondos. Y eso que la capital de Guipúzcoa es una de las más prósperas de España, gracias a las franquicias del concierto económico y a la autonomía administrativa. Añadamos que sólo el veraneo de los pacientes castellanos, aragoneses y andaluces en Donostia reporta a esta región privilegiada cientos de millones. Y no digamos nada de los ingresos inherentes a los miles de hoteles y chalets que esmaltan y hermosean las cercanías de la urbe y de otras poblaciones litorales construidos por forasteros idólatras del clima del país vasco y de las costumbres patriarcales de sus moradores (1).

No soy adversario, en principio, de la concesión de privilegios regionales, pero a condición de que no rocen en lo más mínimo el sagrado principio de la unidad nacional. Sean autónomas las regiones, mas sin comprometer la Hacienda del Estado. Sufráguese el costo de los servicios cedidos, sin menoscabo de un excedente razonable para los inexcusables gastos de Soberanía.

La sinceridad me obliga a confesar que este movimiento centrífugo es peligroso, más que en sí mismo, en relación con la especial psicología de los pueblos hispanos. Preciso es recordar —así lo proclama toda nuestra historia— que somos incoherentes, indisciplinados, apasionadamente localistas, amén de tornadizos e imprevisores. El *todo o nada* es nuestra divisa. Nos falta el culto de patria grande. Si España estuviera

(1) En galeradas estas páginas, escritas antes del triunfo de las rechas, la concesión del Estatuto vasco no parece tan inminente como hace seis meses. Es dudoso que las Cortes acepten las excesivas aspiraciones de los vizcaitarras, resueltos a rechazar el régimen republicano. No retiramos, sin embargo, nuestros juicios, porque es obvio que tarde o temprano lograrán los nacionalistas sus propósitos secesionistas, dado que cuentan con imponente mayoría en los comicios y la borreguil paciencia de los españoles unitarios.

poblada de franceses e italianos, alemanes o britanos, mis alarmas por el porvenir de España se dispararían; porque estos pueblos sensatos saben sacrificar sus pequeñas querellas de campanario en aras de la concordia y del provecho común. Es menester imponer la unidad moral de la península, fundir las disonancias y estridores espirituales en una sinfonía grandiosa. Mas para ello hace falta el *cirujano de hierro* de que hablaba Costa.

Las ventajas del arancel generosamente otorgado por España.

Por todo lo antedicho, me asombra que la mayoría de los catalanes deseen emanciparse y *cutar las amarras*, según frase favorita de la Rambla. ¿Tan mal les ha ido a las oligarquías barcelonesas explotando el atraso y dejadez industrial castellanos? Ciertamente que en el Gobierno central hubo algún lamentable exceso de celo unitarista, sobre todo en los tiempos de la dictadura. Pero París bien vale una misa, y los efectos beneficiosos de un arancel casi prohibitivo para las industrias textiles y fabriles extranjeras merecen indulgencia y olvido de algún abuso del poder central, sobre todo teniendo en cuenta la inestabilidad y versatilidad de los gobiernos.

Sería injusto atribuir exclusivamente al arancel la prosperidad inaudita de Cataluña. En ella han intervenido también primordialmente las excelentes cualidades de los catalanes: laboriosidad infatigable, espíritu de ahorro, carácter emprendedor. A su bienestar ha contribuido hasta el régimen del *hereu*, que lanza a la emigración a muchos segundones instruidos de casas ricas, para crearse una fortuna. Altamente significativo es que Barcelona, que en 1852 (1) contaba 159.000 habitantes en números redondos, haya llegado en menos de un siglo a 1.100.000, y que su riqueza

(1) Véase Madoz: *Diccionario geográfico y estadístico*, etc., tomo III. 1852.

urbana industrial y agrícola se haya centuplicado. No tengo estadísticas a mano, pero me basta para fundamentar tal aserto la comparación del perímetro y exigua extensión de la capital del Principado en 1870 (1) durante mi primera visita a la gran urbe, con la dilatadísima y monumental urbanización actual, merced a la cual se ha cubierto de mansiones suntuosas toda la dilatada llanura mediante entre la plaza de Cataluña y las faldas del Tibidabo. En análoga proporción han aumentado la riqueza y densidad demográfica de los principales centros fabriles de la provincia, singularmente Tarrasa, Sabadell, Mataró, etc. La visión actual de Barcelona deslumhra y sorprende: el francés recibe la impresión de hallarse en Marsella o Lyon.

A pesar de todo lo dicho, esperamos que en las regiones favorecidas por los Estatutos prevalezca el buen sentido, sin llegar a situaciones de violencia y a desmembraciones fatales para todos. Estamos convencidos de la sensatez catalana, aunque no se nos oculta que en los pueblos envenenados sistemáticamente durante treinta y cuatro años por la pasión o fascinados por prejuicios seculares, son difíciles las actitudes ecuánimes y serenas.

Nuestra conducta ante la consumación del desmembramiento.

Pongámonos hipotéticamente en lo peor. ¿Qué debemos hacer si, desengañado nuestro optimismo, dos o más regiones estatutarias se declaran plenamente independientes?

Si yo pudiera retroceder a mis veinticinco años, henchidos de patriotismo exasperado, contestaría sin va-

(1) Mi padre, que cursó la carrera médica en Barcelona durante los años de 1846 a 1850, me contó muchas veces que su paseo habitual consistía en dar en menos de una hora la vuelta a Barcelona. Este perímetro reducido era sobrepasado hasta por ciudades tan modestas como Zaragoza. Verdad es que la urbe catalana se condensaba en calles angostas y casi sin plazas ni paseos hasta la orilla del puerto y la dársena.

cular: la reconquista *manu militari*, y cueste lo que cueste. Propondría la máxima de Gracián (*contra malicia, milicia*). Pero en los tiempos aciagos en que vivimos, dos guerras civiles equivaldrían a la bancarrota irremediable de España y a la consiguiente intervención extranjera. Además, una guerra suscita automáticamente nuevos conflictos bélicos. Fuerza es convenir en que la fuerza, aplicada a las pugnas intestinas de un país, no resuelve nada. Enconaría las antipatías y cerraría el paso a soluciones de cordial convivencia.

En trance de *balcanización inminente* —según frase de Marsillach—, yo, si me asistiera el talento político y fuera diputado a Cortes, propondría pura y simplemente la *separación de las regiones rebeldes*; separación amistosa y hasta acompañada de algunas compensaciones fiscales (1).

Nuestra política debería, pues, orientarse (y esto antes de consumarse la ruptura) en el sentido de industrializar a España, todo lo más rápidamente posible. Se impondría la intensificación de la producción agrícola, y la implantación de fábricas de maquinaria, rieles, vigas, cristal, producciones textiles, papel, automóviles, etc. Para ello sería necesario montar altos hornos en las minas del Rif, aprovechar los ya existentes en Santander, utilizar para toda suerte de fábricas el litoral de la Montaña, Asturias, Málaga, Murcia, Sevilla y Huelva, sin olvidar la hulla blanca que podrían proporcionarnos los ríos Ebro, Pisuerga, Tajo, Guadalquivir, Duero y Gadiana. Y para estimular las iniciativas individuales en las regiones unitarias, acaso fuera preciso dictar leyes de exención de contribuciones por un período de quince a veinte años (algo de esto se ha hecho con resultados brillantes en la construcción

(1) Sería necio olvidar que la segregación instantánea, con aduanas prohibitivas, nos obligaría a pagar en oro todas las inevitables importaciones extranjeras, desvalorizando rápidamente nuestros billetes por emigración del metal amarillo. Ni aun la negociación de tratados de comercio, con miras compensadores, sería de inmediato provecho, teniendo en cuenta el alza enorme de las mercancías extranjeras.

de la Gran Vía). La pauta y modelo de estos empeños industriales los encontraríamos en las muy prometedoras, aunque insuficientes, fábricas instaladas en Santander, Zaragoza, Béjar, Alcoy y Sevilla. No nombro a Valencia, porque supongo que, obtenida la emancipación catalana, defendería la suya.

Quedarían naturalmente excluidos de las citadas iniciativas industriales los naturales y representantes de las regiones segregadas. Y el Estado debería prevenirse contra la posible inmigración de fábricas catalanas y vascas.

Y no me detendría la consideración moral del achicamiento de la patria. De hecho, desde Rocroy, y mayormente desde las guerras de América y de África (1898 y 1921, etc.), hemos perdido rango de nación de segundo orden. Exiguas son en población Suecia (1), Dinamarca, Bélgica, Suiza y Holanda y gozan del respeto y consideración de todo el mundo. Algunas de ellas, dotadas de la inestimable virtud de la previsión, han conservado importantes colonias (Holanda y Portugal). Además, como dijo Séneca, nadie ama a su nación por ser grande, sino por suya. ¿Por qué España, con más recursos naturales que Suiza, no habría de emular sus triunfos industriales, científicos y políticos? (2).

Huelga consignar que durante el planeamiento y ejecución del régimen industrial susodicho, atravesaría-

(1) Hallándome en Suecia, osé preguntar al conde de Mörner, a la sazón rector de la Universidad, cómo se había separado la nación tan amigablemente de Noruega. Su contestación fue: "Hubiera sido insensato provocar una guerra civil, onerosísima contra una región que nos detesta. Además, hubiéramos desnivelado el presupuesto que salda con superávit y suspendido nuestras campañas contra el alcoholismo y la* reformas de la enseñanza."

(2) Con ciertas restricciones acepto la *teoría racista* defendida ingeniosamente por el ilustre don José Ortega y Gasset para explicar, en parte, las causas de que España haya quedado estacionaria. Sin embargo, árabes y judíos, que no eran arios, iniciaron una civilización brillante que se frustró a causa de la rudeza e intolerancia de los cristianos de la Reconquista. Además, arios o no, siempre ha brillado en España una pléyade de talentos superiores. No veo por qué estos intelectos excepcio-

mos una fase inevitable de confusión y de trastornos económicos. Pero, en cambio, terminados tanteos y rectificaciones, podríamos alcanzar, en lo posible, el ideal de toda nación moderna: bastarse a sí misma.

No hay, pues, que amilanarse demasiado, si se cumple el vaticinio, harto improbable, del abandono de la meseta por las dos fértiles y prósperas regiones nor-teñas fronterizas de Francia, de donde importan casi todo su *utillaje industrial*. Y voy a cerrar este fastidioso e interminable capítulo.

Cuando se tiene la desdicha de vivir demasiado, se confirma la teoría de los ciclos históricos. Mi existencia se ha encuadrado entre dos revoluciones similares, aunque algo dispares: entre las ignominias del cantonismo de 1873 y la revolución con miras autonomistas de 1931. ¡Quiera Dios que en el intervalo de estos sesenta y un años haya surgido en nuestro cerebro, antaño prepotente y señero, el lóbulo del sentido político y de la prudente tolerancia! ¡Y quiera Dios también concedernos perspicacia bastante para no facilitar con nuestras locuras el cumplimiento del aciago vaticinio tan temido por Cánovas y estampado con letras de fuego en el resumen final de su libro sobre los Austrias (1): la separación definitiva de la España supra-ibérica ensoñada por Napoleón, y en siglos remotos por Carlomagno, el de la *Marca hispánica*.

nales, orientados debidamente, no han de rendir una labor científica e industrial originales.

Hasta qué punto el *substratum* antropológico motivó el atraso español es problema intrincado que merecería un análisis penetrante de la Edad Media peninsular. Véase el sugestivo libro del ilustre pensador antes citado: *La España invertebrada*, y los comentarios de Giménez Caballero en *El genio de España*, ya citado.

(1) Cánovas del Castillo: *Historia de la decadencia de España*, etcétera. 1910, pág. 743.

CAPÍTULO XIII

LA DEGENERACIÓN DE LAS ARTES

Pintura y demás artes gráficas. — Las españoladas de Zuloaga. — Los ultramodernistas. — Las fantasías anatómicas del Greco. — Retorno del buen sentido. — La caricatura y la fotografía. — Sus abusos

Las modas de la pintura actual.

Durante mi fase de madurez —hace veinticinco o treinta años—, los buenos pintores, fieles al concepto clásico de la exacta representación objetiva no incompatibles con un sano idealismo, copiaban fielmente la Naturaleza. Acataban sumisos los cánones inmutables legados por la Antigüedad, ampliados y enriquecidos con mágicos efectos de color, dibujo y expresión por el Renacimiento y las posteriores centurias. Luchaban por adquirir maestría en la composición y el diseño, imitar el modelado, dominar la luz, fijar, según normas geométricas, la perspectiva e infundir espíritu y belleza en la figura humana. Ni desdeñaban (y esto fue adquisición privativa, si no exclusiva del siglo XIX) el trasunto fiel del paisaje, los celajes, la indumentaria y cuantos elementos de ambiente y de interior completan y realzan el tema pictórico. En mi devoción fervorosa de la anatomía humana, estaba yo encantado al advertir cómo el artista creaba hombres

de carne y hueso, sin traicionar las sabias leyes de la perspectiva y el ritmo del movimiento y del esfuerzo.

Pero, ¡oh desilusión! Durante estos últimos veinticinco años nos han invadido los bárbaros, nacidos casi todos en Francia, Alemania, Holanda y Escandinavia. Menospreciando las enseñanzas acumuladas por dos mil años de tanteos y progresos, han tratado de envilecer nuestros museos y exposiciones con los engendros más disparatados e insinceros. El afán de novedad, el ansia de lucro fácil y la complicidad de marchantes sin conciencia les han llevado a profanar, con sus manos rudas de artesanos, la excelsa hermosura del arte perenne. Y muchos de ellos han conseguido imponer a los *beocios*, horros de buen gusto y de memoria visual, una manera nueva, superficial, esquemática y pueril, hecha de incompetencia, comodidad y pereza. Aquellos eximios artistas que tardaban meses en domar la realidad, quedarían absortos si resucitaran y vieran que un modernista puede improvisar un cuadro —vamos al decir— en dos o tres días.

¡Quién lo dijera! Estos esperpentos han hallado eco y aplauso en los críticos contemporáneos a quienes, cuando se trata de juzgar a los grandes artistas del pasado (1) no se les cae de la boca, con intención peyorativa, las palabras de *academismo* (tal creen ellos), *clasicismo*, *pintura fiambre de museo*, *objetivismo fotográfico*, etc. Así creen enterrar o arrinconar en los desvanes de la Historia las gloriosas creaciones de antaño, dándonos como la quintaesencia del arte un amasijo multiforme y contradictorio de escuelas que han bautizado con los pomposos nombres de *arte moderno*, *pintura de vanguardia*, *cubismo*, *prerrafaelismo*, *expresionismo*, *fauvisme*, *arte viviente*, *postimpresionismo*, etc. Y hasta existen críticos tan candorosos y com-

(1) Véanse, entre otros críticos entusiastas, a Cocteau (*Essais de critique indirecte*, Grasset, editor, 1903), encomiador hasta la hipérbola de los desvarios de Picasso y de Chirico.

placientes, como Roh, que emplean su talento en forjar teorías para explicar y legitimar tales vesanias (1).

Los críticos menos perturbados por tan grosera falsificación nos dicen que la pintura de vanguardia rechaza la copia servil del natural, al alcance de cualquiera (en mi sentir no lo han logrado plenamente sino un centenar de genios auténticos), sino en simbolizar la realidad, traducir pensamientos abstractos, sugerir emociones nuevas, etc. ¡Como si la copia estricta de la Naturaleza, más o menos poetizada, fuera incapaz de alegorizar y de comunicar sentimiento e ideas!...-

Otorgando a estos críticos, hartos ingenuos e indulgentes, las virtudes de la sinceridad del juicio y de la honestidad crematística, yo les diría: ¿No advertís que falseáis el concepto característico y tradicional del arte, que fue siempre, por definición, imitar fielmente la Naturaleza? ¿Es que no basta para acentuar y diferenciar una personalidad artística ese amplio margen representado por el estilo, el tema, la luz, la historia y el paisaje? ¿No echáis de ver que invadís el terreno de la literatura, cuya misión primordial consiste en sugerir emociones, pensamientos y actos?

Muchos escritores serios y clarividentes han fustigado reiteradamente el arte vanguardista. De él se han ocupado, y no sin acierto, hasta los freniatras (entre nosotros el doctor Lafora), comparando los deformes pintarrajeos de *cubistas* y *expresionistas* con los diseños de los orates y de los niños. Pero acaso estos reivindicadores del arte perenne se han pasado de incautos. Porque las más de las veces la *pintura moderna*, antes que degradación del gusto y regresión del cerebro, denuncia impaciencia frenética por llamar a ultranza la atención, sin rehusar, al afecto, como recursos complementarios, el agio (2) y la especulación.

(1) Franz Roh: *Realismo mágico postimpresionismo*. Publicación de *Revista de Occidente*.

De la mayoría de los críticos españoles más vale no hablar.

(2) Véase entre otros tratadistas sagaces del arte novísimo y anti-

Sabido es que en dicha farsa insulsa hállanse complicados taimados mercachifles y chamarileros, codiciosos de saquear a los nuevos ricos, tan faltos de sindéresis como sobrados de pecunia. ¿Cómo podrían si no colocar sus bazofias?

Pero el tema es inagotable y nosotros no disponemos de espacio para entrar en diversificaciones de *escuelas* ni de *maestros*. Ni hace falta tampoco. Acerca del asunto se han vertido, en los últimos veinte años, mares de tinta. Huelga declarar que yo no oficio de crítico patentado. Falto de preparación técnica, mis opiniones traducen el juicio de un espectador desilusionado, algo así del hombre medio, que echa de menos aquellos tiempos de su juventud en que asisir a una exposición de arte constituía fiesta incomparable del espíritu. Por donde me limitaré a dar solamente una impresión personal, relativa a España, valga lo que valiere.

Apresurémonos a declarar (y esta verdad ha sido ya notada por Mauclair) que España es una de las naciones menos infestadas por la lepra del arte moderno. Sin embargo, al visitar las exposiciones recientemente adviértense, aunque con rareza, salpicaduras y resabios del morbo pictórico de la postguerra. Para calificar tales extravíos, ha inventado el maestro don José Ortega y Gasset una designación feliz y expresiva, *deshumanización del arte*. Lo malo es que los aficionados a lo feo y a lo deforme, no sólo *desnaturalizan* al hombre, sino que lo desnaturalizan todo: paisaje, indumentaria, cielos, edificio, mueblaje, naturalezas muertas. ¡Grata comodidad! Necio fuera quebrarse la cabeza —una cabeza sin cerebro, naturalmente— en copiar concienzudamente la realidad. Tarea ruda, laboriosa, que pide aptitud nativa, tiempo y paciencia.

No hemos caído aún, repetimos, por fortuna en España en las idioteces deliberadas de Picasso en su pri-

artístico, el libro vibrante de C. Mauclair: *La farsa del arte viviente (Mundo Latino, sin año)*. Consúltese también: Idem: *L'âpre et splendide Espagne*, 1931.

mera manera (pueriles simbolizaciones geométricas), de Delaunay, Matisse, Carv, Chirico (caballos de tiovivo), Kandinski (manchas caóticas indescifrables, inferiores a los dibujos del hombre cuaternario), Citroen (ciudades de terremoto), Metzinger (caballos de jugetes y mujeres de cartón), Ernest (fantasías delirantes donde se funden monstruosamente mujeres descabezadas y palomas), Cézanne y otros muchos idólatras de lo feo o arbitrario, embadurnadores de lienzos al acecho de fáciles e incautos clientes.

Entre nosotros sólo contamos hoy —y lo digo con reservas, pues presumo que atraviesan una fase de contricción y arrepentimiento (1)— con algunos artistas talentados, sugestionados por dichas modas ultrapiresnaicas. Cuento entre ellas a Anglada Camarasa, Miró, Cossío, Vázquez Díaz, Gutiérrez Solana, para no mentar sino casos que considero todavía curables. Ni aun el ilustre impresionista Zuloaga (y en parte los Zubiaurre) se ha librado enteramente de la moda modernista que, en fin de cuentas, no es ninguna novedad por ser la manera de los *primitivos*.

Zuloaga, el célebre pintor vasco, tan conocido fuera de España, no está exento, repito, de resabios de modernismo. Y es lástima. Recelo, sin embargo, que sus pequeños extravíos (la *aijofilia*, perdón por el neologismo), esto es, inclinación hacia lo feo, y ciertas parvas incorrecciones anatómicas son consecuencia de su idolatría por el Greco, el artista cretense que, a cambio de sus grandes aciertos en la expresión mística y ascética, adoleció de una lacra de pura cepa bizantina. Yo la designaría *melanofilia* (tendencia a lo negro y gris oscuro). Disgusta, en efecto, en los dibujos del

(1) Picasso y otros jefes de escuela, impulsados por el desdén creciente del público, han virado ya. Uno de sus cuadros, el *Arlequín*, copiado en el libro de Roh y considerado como *postexpresionista*, ofrece un dibujo absolutamente correcto. Por donde se colige que muchos expresionistas y postexpresionistas saben dibujar, pero no quieren hacerlo para no desclasificarse.

cretense, cierta propensión (¿defecto visual, como ase-gura Benedí?) al estiramiento de rostros, dedos y ex-tremidades. Por ejemplo: el cuadro de *San Mauricio*, el de *San José* (Toledo), el de la *Asunción* (Toledo), el de la *Resurrección* (Museo del Prado), los dos *San Juanes* (Toledo), etc., en los cuales las figuras princi-pales, además de ostentar testas de muñecas microce-fálicas, nos ofrecen cuerpos que miden 13 y más ca-bezas. En cambio, cuando el Greco pintaba con el mo-delo delante acertaba a darnos retratos admirables, exentos de toda distorsión, lo que excluye la hipótesis del astigmatismo. Los santos y ascetas son prodigios de expresión, con sus semblantes descarnados y como quemados por el ideal místico (1).

Zuloaga no ha caído, por fortuna, en las aberracio-nes de su ídolo. Entre los cuadros, no muchos, que yo conozco del artista eibarrés, sólo uno, el retrato del argentino Larreta, insinúa anómalo estiramiento. Pues-to de pie el modelo, es indudable que rebasaría con mucho las ocho cabezas prescritas por los cánones. Desgraciadamente Zuloaga no se ha librado enteramente de la *aijofilia*, patente en su dibujo de *El Segoviano* (2) y de los torerillos (maletillas) (3).

(1) No es éste lugar oportuno para enjuiciar a fondo la pintura del Greco, cuyas excelencias y defectos fueron los de la escuela bizantina. El admirable estilista y original pensador don José Ortega y Gasset nos dice acertadamente "que el Greco nos pone en contacto con un estilo y una voluntad estética distinta de la que hasta entonces conocíamos..., que en él no deben buscarse realidades, sino arquitectura de movimientos y ritmo de convulsiones"... "Un día en otro estado de espíritu... el vacío del cuadro se puebla de sugerencias, se rellena de sentido y potencialidad." Se ve, pues, que el ilustre crítico, más que juzgar trata de compren-der, actitud noblemente filosófica. Pero, mal de nuestro grado, al mirar toda obra de arte propendemos a juzgar y todo juicio postula una com-paración. Y no podemos evitar nuestra extrañeza al advertir en el genial cretense la repetición de defectos ya superados por las escuelas italianas precontemporáneas, la del Tiziano, por ejemplo, que fue, al decir de muchos, maestro del Greco. (Véase *El espectador*, tomo I, págs. 45 y 46, 1916.)

(2) Véase *El Segoviano*, del Museo de Arte Moderno. Algunos cuadros representan verdaderas españoladas.

(3) Aludo a la exposición de sus cuadros celebrada hace pocos años en el Círculo de Bellas Artes.

pero lo más singular del ermitaño de Zumaya es su tendencia a caricaturizar el paisaje de la meseta cen-tral. Añorando quizá el verde tierno monorrítmico de las montañas vascas, complácese cuando pinta en Cas-tilla con los paisajes lunares, rocosos y sin vegetación de ninguna especie; monótonos peñascales grises y de-solados sin oasis. Ante tamañas representaciones, evo-cadoras de ciertos dibujos de Gustavo Doré, los ex-tranjeros pensarán que la meseta castellana es un desierto por donde discurren beduinos y camellos. Actitud muy antiespañola de acuerdo con el acre y rudo vizcainismo. Pero Castilla, vista en primavera, po-see también vergeles floridos, y campos ubérrimos, y viñedos frondosos. A despecho de estas exageraciones, es fuerza reconocer, empero, que el artista vasco po-see temperamento pictórico, fuerte y original, capaz de grandes empresas.

Algo más nos desazonan otros artistas de talento, como Gutiérrez Solana (1), tan encomiado por dos brillantes críticos de arte, Vegue y Goldoni y Gil Fil-lol. Celebran éstos sobre todo su cuadro de género *La reunión en la botica* (más leve y propio fuera lla-marlo *La rebotica*). Aun excusando en tan cultos es-critores cierta dosis discreta de vanguardismo, nos sorprenden sus juicios. Disto bastante de su optimis-mo generoso. Me desplacen en dicho lienzo los sem-blantes duros y vulgares de los contertulios, la actitud erecta y en fila de éstos, el colorido desapacible, algo fuliginoso, lo esquinado y áspero del modelado, etc. Peor tratadas aún me parecen, todavía, las señoritas toreras, donde toda gracia y belleza brillan por su ausencia, hasta el punto de no asomar un rostro ge-nuinamente femenino (2).

(1) Véase la exposición del Retiro de este año de 1954 y los juicios estampados en *Blanco y Negro*, 4 de mayo de 1934.

(2) Son de encomiar, por belleza y fidelidad a la honrada pintura tradicional, los cuadros de Marcelino Santamaría, del inglés Aperley (*La maja del Generalife*), los paisajes de Fernández Gómez y Pérez He-rrero, los desnudos de Pellicer y otros muchísimos.

Pero sin descender a un análisis, impropio de este libro, me contraeré a declarar que, juzgada en conjunto, la exposición actual de pintura y escultura, sin ser algo excepcional, contiene obras artísticas estimables o de mérito positivo. ¡Lástima que algunos pintores y aun escultores, arrastrados por una tendencia ultrarrealista, hayan escogido para modelos de los desnudos matronas polisárcicas de treinta y cinco a cuarenta años, puestas en actitudes extrañas! ¡Mal año para los gentiles modelos de quince a diecisiete años, tan gratos a los grandes artistas del cincel o de la paleta!

Notables son muchos paisajes, y algunas esculturas y dibujos, en cuya enumeración no podemos entrar. Fuera injusto conceder excesiva importancia a estas exposiciones bienales. Traducen por lo común experiencias pictóricas de noveles todavía indecisos, que buscan entre tanteos su camino. Muchos llegarán, alcanzando merecida nombradla.

Gran ligereza sería apreciar el estado del arte español contemporáneo por los referidos ensayos heteróclitos. Para enjuiciarlo debidamente habría que visitar los estudios de los maestros consagrados, que no han concurrido. Brillan por su ausencia todas las medallas de honor y muchas primeras medallas ganadas en antiguos certámenes (Garnelo, Bilbao, Nieto, Benedito, Chicharro, Hermoso, Mir, Marín, Sotomayor, M. Cubells, con las excepciones de Benlliure, Meifrén, Cecilio Plá, etc.).

Respecto al sarampión *expresionista, cubista, anárquico, cavernario y exótico*, queda en España muy poco. Hagamos votos para que desaparezca por completo, en bien del arte noble y perdurable. Por no desazonar a jóvenes principiantes perplejos, no cito nombres.

Caricaturistas y dibujantes.

Como era de presumir, en estos últimos veinte años el contagio modernista se ha extendido a dibujantes y caricaturistas. Los llamados diseños de fantasía de tendencia ornamental, a menudo caprichosos e indescifrables, han invadido las carteleras de los anuncios y las portadas de libros y revistas. También aquí hemos importado las deplorables extravagancias ultrapiñenais. ¡Qué de orgías de formas y colorines nos brindan las carteleras de toros y los programas de fiestas de toda laya! ¡Manes sagrados de Unceta, el insuperable dibujante de toros y caballos, cómo os estremeceréis de indignación!

Pero, viniendo a los caricaturistas, ¡qué cambio más lamentable se ha operado en estos últimos treinta años! Para notar todo el alcance de la decadencia hay que tener a la vista los tomos del *Madrid cómico* y los periódicos satíricos de antaño, ilustrados con caricaturas. Aquellos Ortego, Mecachis, y otros muchos artistas del lápiz, no habían, por fortuna, olvidado el diseño; cifraban su orgullo en caracterizar atinadamente los personajes. Sorprendían y acentuaban la expresión y el gesto; deformaban ligeramente cuerpos, rostros e indumentaria, usando discretamente de ese margen de libertad generosa otorgada tácitamente por el público a los rebuscadores de lo ridículo, lo pedante o lo enfático. Los políticos hablaban, no con solemnidad y pompa tribunicias, sino según sus recatados sentimientos y ambiciones; los ricachones y caciques lucían sus panzas vehementes y dejaban caer impávidos lugares comunes; algún general codicioso revelaba inconfesables designios cuando, para salvar la honra nacional, solicitaba mandos ultramarinos...; pero todos estos artistas dibujaban aún sin rebasar las fronteras del sentido común. En gracia de la gracia, se les dispensaba todo; bajo su lápiz zumbón, las bimbos parecían acor-

deones, sin dejar de ajustarse a las cabezas; los gabanes y pantalones de los cesantes y maestros mostrábase derrotados; empero, detrás de ellos -se adivinaban cuerpos humanos auténticos...

Pero hoy... ¡cuán deplorable contraste! Ya casi nadie dibuja correctamente (acaso el último caricaturista dibujante fue Xaudaró, el artista malogrado de *ABC*). El noble diseño se sacrifica ahora a la leyenda chusca, donairosa o trivial. Huelga decir que la gracia no es don cotidiano.

En suma: el caricaturista se ha convertido en escritor. Muchos de ellos ponen su lápiz al servicio de una taifa política o de un figurón ambicioso y vacuo.

Así y todo, gustan los muñecos políticos, más que por su valor intrínseco, por la leyenda que los acompaña. Si es alegre, sandunguera e intencionada se aplaude. Insulsa o inoportuna, nos deja indiferentes.

¡Y qué diseños, Dios santo! Cabezas convertidas en hocicos porcinos, narices de elefantes, testas como huevos puestas horizontalmente en imposible equilibrio sobre cuellos filiformes o cervices inexistentes; ojos sobre añadidos sin pupilas o saltones como los del cangrejo; cuerpos casi sin piernas, o con las extremidades inferiores mutiladas, fracturadas o monstruosamente ensanchadas, a semejanza de patas de ungalado; sombreros microscópicos flotando encima de macrocéfalos pelados; nalgas caídas hasta la corva... ¡A qué seguir!... Imaginemos un museo de piezas teratológicas o de deformaciones anatómicas reñidas con toda ley embriológica. Al lado de ciertos caricaturistas cómodos, los dibujantes de la cueva de Altamira eran genios extraordinarios.

Mas lo deplorable de todas estas pueriles fantasías es que ni siquiera son originales. Remedan las extravagancias de los periódicos satíricos franceses, alemanes o escandinavos. Sólo los ingleses, siempre formales —no todos—, siguen dibujando. Descansa el ánimo fatigado de tanta fruslería, el contemplar las ingenio-

sas caricaturas del *Passing Show* o del *The Humorist*. Porque los anglosajones, en su mayoría, no han perdido todavía la devoción al objetivismo, ni han caído en el horror del trabajo. Y saben cultivar un humor ingenioso, a veces ingenuo, nunca insolente. Hermanan la figura y decoro del chiste con el estudio de tipos humanos cómicos, pero vivos. En esto, como en todo, brilla la exquisita corrección del espíritu británico.

Para ser justos e imparciales, declaremos que en España contamos también con algunos caricaturistas que no han olvidado enteramente el arte del diseño: Sileno, Tovar, K-Hito, Echea, Sama, Galindo y otros varios. Adivínase que si se lo propusieran, dibujarían como los mejores artistas ingleses. Pero adolecen de la superstición de la personalidad; ansian, como los literatos, crearse una manera específica, un estilo. Además, no hay que olvidarlo, entre nosotros, los cultivadores del lápiz necesitan despachar, para varios periódicos, dos o tres muñecos diarios. Cuando apremia la labor, el más cómodo expediente consiste en acudir a ciertos tipos convencionales, estereotipados, vertidos automáticamente en la cartulina. En todo caso, se aplican con acierto y donaire a la caricatura política, que no deja de tener inconvenientes y contratiempos.

La fotografía.

Salgamos al paso de un prejuicio. Practico el arte de Daguerre desde los dieciocho años y conozco todas las tretas, trampantojos y abusos que con ella pueden cometerse. Y me son familiares las artimañas del *cine*. Afirmo, pues, basado en dilatada experiencia, que cuando cae en manos inhábiles o sospechosas, no existe método de reproducción más feliz que la fotografía.

Importa distinguir en ésta dos categorías: la fotografía documental y la de galería o artística.

La primera, alma del moderno reportaje, no admite ni debe admitir retoques, ni intencionadas simulado-

nes. Cuando el ingenuo fotógrafo informador, callejero o al magnesio, nos entrega pruebas *pasadas, oscuras o durísimas*, merece perdón; ha sido víctima inocente de la luz, de las distancias invariables y del objetivo. Y gracias si operando al aire libre, el cielo clemente se digna iluminar la escena con un rayo de sol o con dilatada nube blanquecina.

Cosa diferente es el fotógrafo de gabinete. Antaño, o no existía el retoque o se limitaba a suavizar cutis ásperos o manchados, atenuando piadosamente las arrugas, de otoñales o de los viejos verdes, sin menoscabo esencial de la anatomía. Pero el fotógrafo de hoy retoca furiosamente; resta muchos años de la edad a los modelos y procede, en fin, como los cirujanos llamados profesores de belleza. A ello obliga la mujer con sus audaces maquillajes, sus pintarrajes de párpados, cejas y labios, y su manía de enrubiarse el cabello hasta el *amarillo pajizo* o *rubio platinado*.

Se me objetará que tales artificios representan casos de fuerza mayor para el fotógrafo, que tiene que obedecer a la clientela presumida y pretenciosa. Conformes. Pero, ¿están ustedes bien seguros de haber apurado, a fin de embellecer sin deformar, todos los recursos brindados por el arte? ¿Han estudiado ustedes previamente su modelo y advertido cuáles son la actitud y luz más adecuada para disimular defectos?

¿Conocen ustedes teóricamente las enormes diferencias que, respecto a la corrección de la imagen, ofrecen la apertura y distancia focal del objetivo o la separación entre la cámara y el sujeto? ¿Emplean ustedes para hacer desaparecer manchas las *placas pancromáticas* y los cristales ligeramente amarillos compensadores del brutal exceso de acción química del blanco y del azul? ¿No les alarman a ustedes esas bocas horridamente negras con que la placa fotográfica común traduce los labios carminados?

Barrunto que han olvidado ustedes también —si lo han sabido— el método inalterable al carbón, única

garantía de la conservación indeleble de la copia fotográfica. Todo se ha sacrificado a la comodidad y baratura del trabajo. Inspirados en este móvil comercial egoísta, apenas lavan ustedes las pruebas; conque, al cabo de los años, se quedarán los viejos sin retratos de familia. En realidad, los ochentones hemos perdido ya las amadas imágenes de la florida juventud. De mi mocedad sólo conservo copias amarillentas y desvaídas por defecto del lavado. Salváronse no más algunas pocas, ulteriormente ejecutadas por mí, bien expurgadas del peligroso *hiposulfito* y convenientemente charoladas al colodión y gelatina.

Por fortuna, el fotograbado y la fototipia han evitado, en parte, el estrago. Muchos de nuestros políticos, artistas y toreros serán conocidos de la posteridad merced al negro de humo con que se confecciona la tinta de estos métodos modernos de fotocopia (proceder de Meisenbach y similares).

Pero entramos en consideraciones demasiado técnicas y aburridas para el lector profano. Además, nadie debe hablar demasiado de lo que sabe; porque ello produce tanto placer al que escribe como disgusto al que lee (1). Máxima parecida estampa en su famoso libro *La Rochefoucauld* (*Les maximes et réflexions diverses*, Flammarion, editor, París).

Quedan advertidos los aspirantes a eternizar sus gloriosas efigies. Recurran al fotograbador, poniendo en las manos de éste la prueba menos deformada posible o, si lo prefieren, la más aduladora.

(1) Véase mi *Fotografía da los colores*, y todos los tratados modernos del sublime arte de Niepre y Dasruerre.

PARTE TERCERA

LAS TEORÍAS DE LA SENECTUD Y DE LA MUERTE

LAS TEORÍAS DE LA SENILIDAD Y DE LA MUERTE CON LOS HIPOTÉTICOS REMEDIOS O PALIATIVOS PROPUESTOS POR ALGUNOS OPTIMISTAS

Hora es ya de que volvamos a nuestro principal asunto. El relato de los cambios advertidos por los viejos, en la vida individual y social, por la invasión creciente de las máquinas y productos extranjeros, nos ha desviado de nuestra trayectoria.

Tócanos ahora abordar un tema tristemente humano: señalar, en lo posible, las causas segundas de la miseria y degradación senil y del eclipse total de la conciencia en el inevitable naufragio de la muerte.

Vaya por delante una declaración inexcusable. Para conocer las condiciones primeras de decadencia y del final aniquilamiento, fuera necesario dominar a fondo el origen y el mecanismo de la vida. Y como nuestra ignorancia, a este respecto, es casi completa, debemos contentarnos modestamente con conjeturas y teorías acerca de las causas inmediatas, que no son sino consecuencias de una causa profunda e ignota del proceso de la caducidad.

En torno a dichos conceptos primordiales, origen de la vida y naufragio de la misma, giran religiones y filosofías. Ni la ciencia escapa, no obstante su serena objetividad, a la dolorosa inquietud del no ser. Cuando astrónomos, matemáticos, físicos, químicos y biólogos,

etcétera, calculan, observan o experimentan creen enfrentarse sin intención trascendental con un problema real y concreto; mas a poco que mediten caerán en la cuenta de que, allá en inaccesible lontananza, fulgura un ideal incitador de su acción: la resolución del triple enigma de la senilidad, la enfermedad y la muerte (1). Porque todo en el mundo está íntimamente trabado por lazos causales. En nuestra vida repercuten las causas profundas y lejanas de la evolución, desde las órbitas vertiginosas de los electrones hasta el giro majestuoso de los astros. Ni hay que olvidar que nuestro cuerpo es un agregado de energía cósmica transformada y de enjambres electrónicos complicadísimos, semejantes a sistemas planetarios.

Dejando este linaje de consideraciones, expongamos algunas teorías:

(1) Todas las filosofías y las religiones —se ha dicho— son meditaciones sobre la muerte. Ejemplo elocuente nos ofrece el budismo, para no hablar de otras creencias. Marco Polo sorprendió en la India el culto de Gautama y aportó una leyenda tan bella como aleccionadora. Cuando el príncipe Cakya-Muni, abandonando el palacio real donde estuvo recluido, topó con un viejo decrepito y desdentado, y contempló después con asombro un hombre muerto, dijéronle sus servidores que se trataba del destino general de la Humanidad. Otras leyendas completan la descripción de Marco Polo, añadiendo el episodio del encuentro de un enfermo, cosa desconocida para el príncipe. Entonces, conturbado por el triple desconizador espectáculo de la decrepitud, la enfermedad y la muerte resolvió no vivir más entre los hombres. Huyó de su palacio, renunció al trono a los veintinueve años y abandonó su familia, a fin de meditar en la soledad sobre los medios de librar a las miserables criaturas humanas del dolor, la enfermedad y la muerte. (Véase, entre otros muchos libros sobre el budismo, Le Blois: *Les Bibles et les initiateurs religieux de l'humanité*, tomo I, pág. 161.) Así nació una religión, cuyos fieles suman el tercio de todos los habitantes del planeta.

Si, por una parte, el torturante espectáculo de la senilidad y de la muerte ha suscitado la creencia en la vida de ultratumba, es fuerza reconocer también que ha facilitado argumentos a las doctrinas materialistas y agnósticas. Recuérdese, para no citar autores modernos hartos conocidos, la elocuente descripción de las desdichas de la vejez y de la necesidad ineludible de la muerte en el poema de Lucrecio, y en las páginas melancólicas de Marco Aurelio. De sus juicios, que tiran a consolarnos, trataremos quizá más adelante. De todas maneras, Marco Aurelio y algunos estoicos concilian su concepción pesimista de la vida con una visión harto borrosa de la vida de ultratumba.

CAPÍTULO XIV

CONCEPCIONES PESIMISTAS DE LA DECADENCIA SENIL

I.--- Teoría de la arteriosclerosis crónica. (CAZALIS DEMANGE) (1).

La atrofia y decadencia de las células nobles del organismo (cerebro y corazón sobre todo) avejentadas, es mera consecuencia de la *arteriosclerosis* de los vasos y corazón, es decir, del espesor y rigidez de la pared arterial, determinantes del angostamiento de calibre, cretificaciones y hasta obstrucciones completas. A consecuencia de ello, los órganos nobles se nutren defectuosamente y al final se atrofian y degeneran. El alcoholismo y la sífilis coadyuvan y en todo caso aceleran" este proceso, por lo menos en una quinta parte de los casos de dicha lesión.

Según Minot, la arteriosclerosis representa, antes que causa, mero efecto de la senilidad. En todo caso, la teoría vascular claudica: 1.º, porque no cabe aplicarla a la totalidad de los seres vivos; 2.º, porque aun en los jóvenes, sin lesión vascular apreciable, se producen atrofas y degeneraciones (timo, mamas, testículos, ovarios, músculo acomodador del ojo, etc.). Además, no todos los caducos, incluso los alcohólicos, son

(1) Cazalis afirmaba, según es notorio, "que cada hombre tiene la edad de sus arterias".

atacados necesariamente por dicho trastorno. Pudiéramos citar varios ejemplos de esta indemnidad en hombres y mujeres llegados a los noventa y siete y noventa y ocho años y muertos por accidente. (Véase nuestro libro *Charlas de café*, 4.^a edic, pág. 82.)

II.—Teoría de Weissmann.

"No es la muerte fenómeno inevitable e inherente a la esencia misma de toda la vida, antes bien representa adaptación necesaria acaecida cuando los organismos adquirieron un cierto desenvolvimiento estructural."

Los *animales monocelulares* carecen de muerte natural (protozoarios, microbios, etc.), puesto que la división de los mismos, que es su método reproductivo, genera dos elementos iguales, que siguen proliferando. En cada división no resulta, pues, un cadáver, sino expansión numérica de vida, cuyos individuos son tan viejos como la especie misma.

La muerte natural apareció en los *metazoarios* (animales pluricelulares), a causa de la diferenciación de dos categorías de elementos: las *células de propagación o germinales* (óvulos *zoospermos*) virtualmente inmortales, destinadas a la perpetuación de la especie; y las *células del soma* o cuerpo, esencialmente perecederas, no sólo accidentalmente, sino en virtud de leyes inmutables. Esta mortalidad inevitable trae su origen de la división del trabajo, provocadora de diferenciaciones celulares adaptadas a una profesión orgánica (células nerviosas, elementos musculares, glandulares, etc.), e implica la pérdida del *plasma germinal o hereditario*, exclusivamente localizado, conforme dejamos dicho, en el óvulo y zoospermo.

La muerte total y definitiva que miramos con aversión y terror representa, pues, un *progreso fundamental*. Merced a ella los elementos del *soma*, gastados o inutilizados por su actividad profesional específica, son reemplazados en el nuevo ser por células jóvenes, fres-

cas y vigorosas, sin las funestas taras del trabajo. A semejanza de lo ocurrido con los artefactos de la industria que, deteriorados y desgastados por el uso son reemplazados por otros nuevos, los organismos superiores han renunciado al recurso precario de la regeneración parcial (1), prefiriendo sustituir, de una vez, el soma caduco, mediante la creación de un embrión construido por células jóvenes e impolutas, capaces de evolucionar hasta cristalizar en la forma complejísima del animal adulto.

La citada y harto sabia distinción en elementos *germinales o inmortales* y *somáticos o mortales*, falta en' los protozoarios, en cuya célula única se confunden el soma y la sustancia germinal, como si dijéramos el árbol y la semilla. En cuanto a la vejez, la explica Weissmann imaginando que los organismos son criaturas limitadas en el tiempo y el espacio, cuyas células somáticas, obedeciendo a una ley fatal, merman sucesivamente su capacidad regenerativa hasta arribar a un mínimo incompatible con el cabal funcionamiento de los órganos nobles (cerebro, corazón, pulmón, etc.) (2).

Esta teoría ha sido aceptada, en principio, por bastantes naturalistas y biólogos, sobre todo en lo tocante al postulado fundamental, esto es, la distinción del *plasma germinal*, imperecedero, y del *soma* o cuerpo celular condenado a ruina inevitable.

Con todo, Götte (3) y otros rechazan la inmortalidad esencial de los protozoarios, los cuales, alcanzada

(1) Esta regeneración parcial alcanza hasta la reproducción de órganos enteros amputados en los crustáceos, batracios, reptiles, etc. En el hombre queda limitada la reproducción a la restauración de los epitelios, vasos, glóbulos de la sangre, y la continuidad de la piel interrumpida o necrosada por traumatismos. Las cicatrices no representan otra cosa que el resultado de la proliferación local del tejido conectivo, la epidermis y los vasos. En ningún caso son reparadas las glándulas, los músculos y los pelos, y menos aún órganos enteros complicados cual acaece en los vertebrados inferiores y muchos invertebrados superiores.

(2) Weissmann: *Essai sur l'hérédité et la selection naturelle*. Traducción francesa de 1892. (Las ideas de ese sabio se remontan a 1881, y fueron expuestas en sus conferencias de Salzburgo.)

(3) Götte: *Ueber den Ursprung des Todes*, 1883.

cierta fase de su evolución, se enquistarían, enquistamiento equivalente a la muerte.

Maupas (1) defiende la tesis de que los infusorios mismos, después de una serie de divisiones, acaban por agotarse y sucumbir, si la conjugación con otro infusorio no consanguíneo no viene a rejuvenecerlos. Y generalizando su pensamiento, sostiene que la causa de la senectud y muerte de los animales pluricelulares estriba en la imposibilidad de la conjugación entre los elementos histológicos. Parecidos dictámenes han sido defendidos, *mutatis mutandis*, por Calkius (2), Woodruff, Hertwig, Popoff, como conclusión de sus estudios sobre la degeneración senil de los infusorios.

A este modo de ver se oponen otros sabios como Enriquez, Woodruff (últimos trabajos), Metalnikoff, etcétera, para quienes esa decadencia de los animales monocelulares sería accidental y motivada, unas veces por variaciones letales del medio del cultivo, otras por autointoxicaciones. El trasplante frecuente de los protozoarios a un medio renovado y limpio de productos de desasimilación permitiría mantener íntegra la capacidad divisoria (sin conjugación) de aquéllos durante muchos años (siete y hasta cuarenta). De donde deducen que el infusorio es potencialmente inmortal.

No faltan, empero, biólogos que rechazan esta aseveración, haciendo notar que el hecho mismo de la división del protoplasma y núcleo constituye una modalidad de muerte; con ella cesa una individualidad para crearse dos diferentes. En mi sentir, la consideración de Weissmann, de que no hay muerte sin cadáver, carece de valor general. Por el hecho sólo de la desasimilación en toda célula, muere algo en cada instante, y con más motivo si se secciona el núcleo y nucléolo que simbolizan la personalidad de los elementos histológicos.

(1) Maupas: *Archives de Zool. experim.*, tomos VI y VII, años 1888 y 1889.

(2) Calkius: *Journal of experimental Zool.* vol. I.

Por lo demás, la hipótesis de Weissmann exhala un tufillo a predestinación y prerregularización del organismo poco grato a los transformistas (1), que se inspiran, como es notorio, en el concepto fisicoquímico de la vida, y reverencian, cual dogma intangible, la variación de las especies o su génesis por saltos o mutaciones (Hugo de Vries, etc.), fijada por selección natural. Tampoco es aceptada la aserción de que las células del soma disminuyan y aun suspendan su capacidad proliferativa, toda vez que se conocen muchos elementos (epidermis, ciertas glándulas, endotelios, capilares, medula del hueso, neuroglia, etc.), cuya división se continúa hasta la extrema decrepitud.

III.—Teoría de Dastre.

Dastre sostiene, contra Götte y Maupas, el dogma de la inmortalidad de los protozoarios, y responde a las reservas de estos sabios, recordando los experimentos de Loeb y Calkius, que han asegurado la perennidad de dichos infusorios, con tal de sanear el medio nutritivo mediante cambios químicos. El equilibrio se restablece cuando se procura al animal monocelular fatigado un rejuvenecimiento completo. (Esta posibilidad de rejuvenecimiento se discute todavía.)

La senectud, añade Dastre (2), aludiendo a los *metazoarios*, sería la expresión de una enfermedad. Rechaza, pues, el carácter inexorable e irremisible de la decrepitud y de la muerte, como sostuvieron hace tiem-

(1) No repudia Weissmann la variación de las especies, pero la vincula exclusivamente al germen, o plasmó genitál (gametos, etc.), identificados hoy con los *caracteres adquiridos*, esencialmente somáticos. La evolución de las especies sobrevendría a causa de que las condiciones del ambiente inducirían modificaciones en el *plasma germinal* (o inmortal), las cuales, por esto mismo, alcanzarían valor hereditario. La selección darwiniana operaría, pues, sobre estas variaciones germinales (*neodarwinismo*), pero jamás directamente sobre el soma, cuyos cambios no repercuten en los gametos (células germinales).

(2) Dastre: *La vie et la mort*, 1906. En estos resúmenes interpreto más que traduzco el texto de los autores, a fin de abreviar.

po Cohnheim y J. Mueller y modernamente muchos biólogos, entre ellos Weissmann y Minot. Este optimismo relativo rima bien con las conjeturas de Metchnikoff, Voronoff, de que luego hablaremos. Lo esencial para Dastre es admitir, por lo menos provisionalmente, que la decadencia y la muerte no son fenómenos absolutamente inexorables y que obedecen a cambios físico-químicos. De donde se infiere que la senilidad es una enfermedad. ¡Quién sabe si los incesantes progresos de la medicina nos librarán algún día de las miserias de la degradación senil y de la tragedia de la muerte!...

IV.—Teorías de Harrison, Burrows, Lewis, etc., acerca de la inmortalidad de los cultivos de los elementos histológicos embrionarios.

Los cultivos histológicos parecen confirmar la hipótesis de la inmortalidad potencial de las células embrionarias. Ya Harrison, en 1906, cultivó trozos de medula espinal de larva de batracio, conservados en cámara húmeda y en plasma sanguíneo o linfático del mismo animal. Y observó que los elementos nerviosos sobreviven muchos días, y que los más embrionarios (*células germinales*) proyectan expansiones o axones que surcan el plasma y se ramifican activamente. Confirmó que toda la fibra nerviosa en fase de crecimiento acaba, como nosotros habíamos demostrado, en el embrión, mediante un cono o maza, erizada de espinas. Pero no llegó a sorprender la multiplicación de las neuronas rudimentarias.

Si en vez de tejido nervioso se emplean como semilla para estos cultivos *in vitro* células conectivas embrionarias o corpúsculos epiteliales (Burrow, Lewis, Lambert, Loeb), lógranse en plasma y líquidos meramente salinos, no sólo colonias de tejidos conectivos sanos, sino la multiplicación de tejidos patológicos (sarcoma, carcinoma), logradas trasplantando en serie gér-

menes de las colonias sucesivamente obtenidas (Cariie, Lambert, Ebbeling, Loeb, etc.). Últimamente, perfeccionando el método y tomando como semilla los tejidos de embriones de pollo y como terreno el plasma de este mismo animal adicionado de jugo de embriones, se han conseguido series de cultivos renovables de modo indefinido. Algún autor como Levi, 1933 (1), llega a afirmar que por este proceder se logra sorprender la mitosis o división de las células nerviosas embrionarias (verosímilmente después de su desdiferenciación). En todo caso no se han llegado a crear órganos completos y menos las admirables coordinaciones anatómicas y fisiológicas características de los organismos. Lejos de ello, es corriente sorprender la desdiferenciación de los elementos cultivados retrogradados a fases embrionarias.

De estos sorprendentes experimentos se deduce, pues, que los tejidos embrionarios *explantados* pueden vivir de un modo indefinido, como los protozoarios, con sólo la precaución de emplear la estufa, y renovar el medio nutritivo a fin de eliminar las sustancias de desasimilación.

Cabe aquí formular la misma pregunta apuntada con motivo de la multiplicación indefinida de los protozoarios. El acto divisorio, ¿no implicaría la muerte, o sea, la cesación de una individualidad, en vez de representar, conforme al criterio de Weissmann, prueba palmaria de la inmortalidad de las células indiferenciadas? Entre las dos interpretaciones juzgo más defendible la primera.

V.—Teoría de Minot.

Asimilándose algunos postulados de Weissmann (inmortalidad de los protozoarios y de ciertas plantas elementales) corrobora con propias observaciones la fatalidad de la decadencia y de la muerte. Fundándose

(1) Levi y Meyert: *Divisione mitotica di cellule nervose incoltura in vitro. Rendicosti della R. Accad. dei lincei*, vol. XVIII. noviembre 1933.

en cuidadosas medidas del crecimiento del cobayo en sus diversas fases vitales, sostiene que la decrepitud se inicia ya en plena juventud y es consecuencia indeclinable de la exquisita diferenciación sobrevenida en el protoplasma de las células somáticas, asociada al aumento creciente del protoplasma. Ciertamente es que la célula es potencialmente inmortal, mas la citada diferenciación protoplásmica (*citomorfofosis*) y, sobre todo, la estrecha correlación establecida entre todos los tejidos hace que, cuando un grupo importante se deteriora o muere, sucumban todos los demás. "El mantenimiento del todo se funda, pues, en la integridad estructural de cada una de sus partes." Como la diferenciación protoplasmática se acrecienta con la edad, llega siempre un momento en que resulta incompatible con la persistencia de la colonia celular.

Adolece esta teoría de algunas inexactitudes. Se supone en ella que con la edad aumenta el protoplasma diferenciado, y es lo cierto que disminuye (células nerviosas, glandulares, musculares, etc.). De ahí la marcadísima atrofia del cerebro y de muchos órganos. Minot parece desdeñar el hecho de que, desde muy temprano (la niñez y seguramente durante la vida fetal) se diferenciaron las células nerviosas y musculares, que pierden en absoluto su capacidad divisoria; crecerán en tamaño, pero no en número. Cada hombre posee, pues, un equipo invariable de neuronas de las cuales debe sacar el mejor partido, acreciendo su diferenciación adaptativa y multiplicando o robusteciendo sus expansiones con el ejercicio, pero sin posibilidad de aumentar el contingente adquirido en la vida fetal.

A semejanza de Weissmann, Minot considera la muerte como beneficiosa a la especie. "Si el animal viviese indefinidamente, sería de cada vez más lastimado, por efectos de las contingencias del medio y traumatismos..." "A la muerte debemos nuestra organización y nuestra condición de hombres; por ella gozamos del conocimiento de nosotros mismos, del mundo y de nues-

tros semejantes... y debemos por fin a la misma la posibilidad de aquellas relaciones humanas que son lo más sorprendente de nuestra existencia." Éstos y otros beneficios los pagamos al precio de morir. "El precio no es exagerado. Ninguno de nosotros quisiera retroceder al estado animal inferior, que perpetúa constantemente la especie, sin estar sujeto a la contingencia de la muerte" (1).

(1) C. S. Minot: *Problemas modernos de biología*. Seis conferencias desarrolladas en la Universidad de Jena. (Véase su libro *Age, growth and death*.)

CAPÍTULO XV

CONTINÚAN LAS TEORÍAS DE LA SENILIDAD Y DE LA MUERTE.—CONCEPCIONES OPTIMISTAS

VI.—Teoría de Metchnikoff.

Este ilustre bacteriólogo defendió la opinión de que la senectud dimana de las desarmonías en la constitución del organismo, o sea, de la imperfecta adaptación de algún órgano a las imperiosas necesidades de la vida. Y a guisa de ejemplos, cita el intestino grueso, órgano de utilidad dudosa, y peligroso además, por ser vivero de microbios sépticos productores de toxinas, que obran debilitando y degenerando las células nobles del organismo (cerebro, músculos, glándulas, etc.). En cambio, los elementos mesodérmicos (*leucocitos*, *tejido conectivo*, etc.) se mostrarían casi indemnes a estas toxinas bacterianas, los cuales, en vez de sufrir menoscabo funcional o reproductor, entrarían en proliferación. La progenie de estas células, poco diferenciadas, designadas *fagocitos* (*macrófagos* y *micrófagos*), lejos de resignarse a la general decadencia, se tornarían agresiva, devorando los elementos nobles (*fagocitosis*). Semejante agresión falta en la edad juvenil y viril, es decir, durante el auge fisiológico de las células musculares, nerviosas y glandulares, a causa de que éstas elaboran y dejan en libertad alguna sustancia defensiva repelente de micrófagos y macrófagos. Se-

mejante secreción protectora cesaría o disminuiría mucho durante la vejez; por donde los fagocitos y el tejido conectivo, sin freno moderador, asaltan y destruyen los citados elementos aristocráticos y altamente diferenciados.

Pero Metchnikoff no es pesimista. Dado que la senilidad y la muerte dimana de una lucha fagocitaria, al par que de un envenenamiento por toxinas microbianas intestinales, es posible, en principio, atenuar la primera y retardar la segunda, aunque no suprimirla. Y anuncia la posibilidad de remediar el daño, bien inventando sueros u otras sustancias específicas, capaces de exaltar en las células nobles la producción de defensas contra los fagocitos, bien modificando la flora intestinal a favor de una alimentación adecuada. A este propósito propone la *leche agria* y el *kéfir*, usual entre los búlgaros y tártaros. En este y otros productos antideletéreos, entraría como factor activo el bacilo láctico (1). Sabido es que entre los búlgaros y armenios, grandes consumidores de leche agria, abundan los centenarios.

El tratamiento antisenil hizo furor durante algunos años. Se consumían grandes cantidades de *kéfir* y de *yoghurt* (leches fermentadas por razas especiales de bacilos lácticos); mas el entusiasmo se enfrió y hoy apenas se emplean tales recursos más que a título de tratamiento de ciertas dolencias digestivas.

La teoría de Metchnikoff carece de valor general conforme reconoce Minot. Y en lo relativo al citado tratamiento preventivo cunde el escepticismo. Por ejemplo: Herter (2) ha probado que la leche agria carece de influencia decisiva sobre la flora letal del intestino grueso. Y hasta duda de que, aun lograda la preponderancia de bacilo láctico, se consiguieran resultados favorables. Semejante crítica es demasiado severa, pues-

(1) Metchnikoff: *Études sur la nature humaine, Essai de philosophie optimiste*, 2.^a edición, 1904.

(2) C. A. Herter: *Popular aciertas*, Monthly, LXXIV, 1909.

to que, dejando a un lado el problema de la senescencia, es evidente que algunos enfermos obtienen mejoras en sus trastornos intestinales.

Aparte estas consideraciones de índole práctica, la teoría de Metchnikoff flaquea por su base. Hace muchos años se sabe que la fagocitosis no ataca a los corpúsculos nerviosos ni musculares. Los estudios de muchos autores sobre la senilidad, singularmente los de Marinesco (1) y los nuestros (2), los persuaden con evidencia. Las células nerviosas cerebrales de los decrepitos no son devoradas por leucocitos ni por corpúsculos neuróglícos.

De ordinario, la degradación funcional se traduce objetivamente por el empequeñecimiento y fruncimiento del cuerpo neuronal, y por el creciente depósito dentro del protoplasma de materias extrañas (*sustancias lipoides* de varias especies, infiltración calcárea, etcétera). Estas materias, depositadas en grandes cantidades, estorban la actividad específica del protoplasma, desorganizando las neurofibrillas y alterando o anulando los *husos* de Nissl. Y aun estos procesos degenerativos a los que debemos añadir en ciertos casos extremos de *demencia* senil, el fenómeno de Alzheimer, más que causas son efectos de condiciones generales más profundas y enigmáticas. No decaen sólo los tejidos nobles: se degradan y atrofian hasta los tejidos conectivos, empezando por los huesos, que se tornan frágiles, siguiendo por los cartílagos, que tienden a calcificarse, y terminando por la dermis, tejido adiposo y hasta los ganglios linfáticos y bazo, criadero de leucocitos y fagocitos. ¿Dónde están los fagocitos en la catarata y en la sordera seniles, en la caída de los dientes, en la degeneración del músculo cardíaco y en

(1) Marinesco: *Mecanisme de la senilité et la mort des cellules nerveuses*, 1900.

(2) Cajal: *Manual de Anatomía patológica* (artículo *Atrofia*, 5.ª edición). Y nuestro libro sobre *La degeneración y regeneración del sistema nervioso*, 2 vol., 1914.

tantos otros procesos característicos de los avejentados y decrepitos? ¿Cómo explicar la *infiltración* calcárea de los cartílagos costales, discos intervertebrales, células nerviosas decadentes o mortificadas? Como hemos probado experimentalmente, casi todas las neuronas atacadas de conmoción traumática atraen las sales calcáreas. ¿Cómo comprender que el penículo adiposo subcutáneo se reabsorba y que la dermis de la piel se adelgace hasta el punto de permitir vislumbrar en manos, pies y rostros emaciados, los huesos, los tendones, las venas y hasta, en algunos casos, las arterias? Desengañémonos; el tejido conectivo y en general la trama mesodérmica sufren también los letales efectos de una atrofia y degeneración que nada tiene que ver con la agresión de *micrófagos* y *macrófagos*, los cuales, cuando rodean las células nobles y jóvenes o viejas, anuncian la necrobiosis de éstas, aniquiladas de antemano en virtud de causas desconocidas.

En cuanto a la *neuronofagia*, de Sand y otros autores, es decir, el fenómeno de penetración de células satélites y aun de leucocitos en los corpúsculos nerviosos, así como la corrosión superficial de los mismos, descrita por Marinesco y otros sabios, estimo, con el neurólogo de Bucarest, que no pueden considerarse como actos de destrucción de células nerviosas previamente mortificadas. En los raros casos en que actúan los fagocitos ofician, no de asesinos, sino de enterradores.

En suma: la neuroma viva no es atacada por *macrófagos* ni *micrófagos* (1). Aun las numerosas células

(1) Cajal: *Sobre las relaciones de las células nerviosas con las neuróglícas*, en *Rev. trim. microg.*, número 1, 1897. En semejante estudio se demuestra la existencia normal en el cerebro y cerebelo de células satélites, mal llamadas fagocitos, algunas de las cuales pertenecen a tipos de neuroglia común; otras representan quizá la microglia de Río Horta. Con el empleo de los métodos neurofibrilares demostraron la no penetración de elementos satélites (supuestos fagocitos normales) en los corpúsculos sensitivos del hombre y de diversos mamíferos (1904 y 1905). Metchnikoff confundió con leucocitos (*macrófagos* y *micrófagos*) nuestros corpúsculos satélites, disposición constante de todos los mamíferos jóvenes o decrepitos.

satélites, que se sorprenden en torno de las neuromas en ciertos procesos (rabia, por ejemplo), no proceden de los vasos; antes bien, preexisten formando pléyade en los órganos nerviosos normales del hombre y animales jóvenes. Con lo cual no excluimos la posibilidad de que se multipliquen, durante la vejez o en virtud de condiciones patológicas.

VII.—Teoría sexual de la decadencia senil y de la muerte.

Pertenece a Brown-Sequard el mérito de haber adivinado la correlación entre la atrofia de las *glándulas vasculares sanguíneas*, y singularmente de las sexuales, y el fenómeno nefasto de la senilidad. Y hasta propuso para retardar ésta la inyección de extractos de glándulas genésicas. También Hansenmann hizo hincapié sobre el concepto de que la decrepitud y muerte están vinculadas a la atrofia de las glándulas sexuales, cuyas *secreciones internas* no sólo presidirían la aparición de los signos externos del sexo, sino que influirían sobre la actividad de los órganos más nobles. En este orden de ideas, aportaron datos interesantes los experimentos ingeniosos de Steinach (1) referentes a los injertos de ovarios y testículos en los animales castrados, cuyo sexo cambia, según las glándulas genitales trasplantadas.

Pero Steinach no se limitó solamente a realizar estos curiosos experimentos en las aves, cuyo atuendo sexual cambia según el órgano genésico implantado. Efectuó también en las ratas caducas interesantes experiencias de rejuvenecimiento. A estos animales aventados les injertó bajo la piel del abdomen o en otros parajes, testículos de ratas jóvenes, y advirtió con sorpresa que, prendido el injerto, estos mamíferos

(1) Véase Steinach: *Centralbl. f. Physiol.* Bd. 24, 1910, y diversas comunicaciones publicadas en tomos diferentes de los *Archiv. f. Entwickel.* Sobre todo el tomo correspondiente al año 1920.

se vigorizan y animan, sobre todo en la época del celo, y viven un año más, sobre los cuarenta meses de su vida normal. Con éxito, al parecer lisonjero, aplicó también en animales del sexo masculino la ligadura del conducto deferente.

Arrastrado por audacia plausible, repitió Lickenstein en el hombre enfermo de los órganos genitales, los experimentos de *injertación* de Steinach, empleando las glándulas de hombres jóvenes.

Más esperanzado todavía y concluyente se muestra Metalnikoff, quien, después de comprobar los experimentos de Woodruff sobre la inmortalidad de los protozoarios, expone breve y luminosamente el estado actual del problema del rejuvenecimiento en el hombre, dando cuenta de todas las investigaciones recientes de Steinach, Lichtenberg, Voronoff y otros (1).

Pero el apóstol más activo y entusiasta de esta doctrina es Sergio Voronoff (2). A ella ha consagrado muchos años de experimentos en los animales y en el hombre.

El punto de partida de la concepción de este sabio fue la observación atenta de los eunucos de El Cairo y de los bóvidos castrados con fines industriales. En su sentir, los eunucos propenden a la adiposis, alcanzan desmedida estatura, ofrecen semblantes ralos, como de viejas, inteligencia precaria, y lo que es más grave, mueren relativamente jóvenes.

Desfallecimientos similares, *mutatis mutandis*, se observan en los carneros, aves, bueyes y capones castrados con el fin de aumentar su adiposidad y dulcificar la fiereza agresiva.

Empero, hay una decadencia natural, a veces prematura, en los animales *enteros*, por ejemplo, en toros,

(1) Metalnikoff: *Immortalité et rajeunissement*, París, 1924. Consúltese también Gundernach: *Arch. f. Entwicklungsgedichte*, 1912, en *Immortalité et rajeunissement*, etc., 1924.

(2) Serge Voronoff: *Quarante-trois greffes du signe à l'homme*, 1924. Ibídem: Serge Voronoff: *A la conquista de la vida* (traducción del doctor Canellas), 1934.

machos cabríos y moruecos adultos incapaces de cumplir debidamente sus funciones genésicas. Tamaños signos de degradación precoz o natural remédianse con el injerto aplicado, según técnica especial del citado sabio, de glándulas homónimas frescas, extraídas de animales jóvenes y lozanos. Los experimentos de Voronoff en las ganaderías de reses de diversas especies parecen favorables. La decadencia senil se suspende; la lana o el pelaje del animal gana en abundancia y finura; las fuerzas se vigorizan y el instinto genésico amortiguado se despereza. El peso aumenta también, por lo menos un sexto, y la vida se alarga. *Verbi gratia*: el carnero injertado, cuya vejez normal no suele rebasar los nueve o catorce años, puede prolongarse hasta los veinte. En suma, las razas de animales injertados, mejoran notablemente.

Según era de presumir, el doctor Voronoff ha procurado, desafiando impertérrito todos los prejuicios científicos y sociales, y hasta las fáciles zumbas y pullas de caricaturistas y humoristas, extender al anciano, agotado por el trabajo o postrado por la miseria fisiológica, los citados beneficios. Les brinda, piadoso, una fuente de Juvencia. No pretende, empero, resucitar órganos desaparecidos ni rejuvenecer proyectos, llegados al ocaso de la decrepitud. ¡Nada de milagros! Como garantía del éxito exige que el testículo del sujeto injertado (el portainjerto) conserve sus células glandulares vivaces, debilitadas y decaídas pero no necrosadas. Siendo imposible, por razones fácilmente adivinables, escoger hombres robustos y jóvenes para extraerles las glándulas seminales, sírvese de monos y, sobre todo, de chimpancés. Al parecer, y no obstante la objeción inevitable de que las mejoras observadas constituyen fenómenos de autosugestión, el número de clientes aliviados y entusiasmados por el injerto simiesco crece de día en día. Afirman los operados sentirse más ágiles, briosos y robustos; notan su retentiva aumentada, así como su capacidad de tra-

bajo mental y físico. Y, en fin, parece que el alivio alcanza razonable duración para hacer inútiles nuevas operaciones similares.

El porvenir dirá hasta qué punto el método del doctor Voronoff representa su progreso positivo, si no para evitar el naufragio final, para prolongar por algunos años una senectud activa y socialmente útil.

Tocante a las doctrinas histológicas de la decadencia, comparte el sabio ruso las ideas de Metchnikoff. En los caducos, las células nobles (células nerviosas, musculares, etc.) serían víctimas de la voracidad de los corpúsculos conectivos indiferenciados. Cuando muere una neuroma cerebral o glandular queda reemplazada por elementos conectivos (*macrófagos*, que diría Metchnikoff) (1). En el anciano, como ya dejamos dicho, todos los elementos altamente diferenciados (células nerviosas, musculares, etc.) sólo mantienen su vitalidad y eficacia mientras funcionan las glándulas genésicas. Suspendeda la actividad de éstas, el hombre queda relegado a la miserable condición de eunuco. Fuerza es, por tanto, socorrer oportunamente a los elementos nobles, faltos de tan precioso excitante, con el recurso mirífico de la injertación vitalizadora y tonificadora de las neuronas cerebrales postradas. Los estudios histológicos de Retterer parecen haber sorprendido en el injerto supervivencia de las células epiteliales de los tubos seminíferos, aunque sin restauración de la evolución de las mismas hasta convertirse en auténticos filamentos seminales (2).

Voronoff no se ha limitado a injertar en ancianos o animales caducos; ha ensayado también, con loable audacia, el procedimiento en mamíferos jóvenes y ha advertido que la trasplatación en ellos de un tercer testículo suscita la exaltación de sus capacidades es-

(1) Véase lo dicho más atrás, sobre la indemnidad de las neuronas vivas ante el supuesto ataque de las células satélites.

(2) En el testículo existen también células específicas llamadas *intersticiales*, afectas, según algunos, a la creación y emisión de secreciones internas. ¿Qué papel desempeñan?

pecíficas (se han logrado así *supercarneros*). ¿Deberemos esperar la producción artificial de los superhombres ensoñados por Nietzsche, es decir, el logro de una supervirilidad moral e intelectual de nuestras futuras generaciones? *A priori* parece quimérica esperanza. Esperemos, alerta el sentido crítico, que debe mantenerse, más que despierto, receloso.

Una observación antes de terminar con estas curiosas iniciativas. Puesto que todo el toque y el busilis de la decadencia senil está en la degradación y destrucción espontánea de las glándulas vasculares sanguíneas, ¿por qué no idear con sueros anticuerpos estimulantes o citoxinas de *Bordet* que, en plena virilidad, rozagante, impidan la decadencia de aquellas? (1). Logrado esto, sobraría la operación, siempre azarosa, de la injertación.

Crítica general. — De todas las teorías expuestas —y no menciono otras muchas para no incurrir en prolijidades— las de Metchnikoff, Brown-Sequard y Voronoff brindan a los ancianos (no a los decrepitos) algún remedio. Nos anuncian algo así como lo expresado en términos populares; un *veranillo de San Martín*. Excusado es decir que los mencionados sabios no han encontrado todavía, ni se lo han propuesto, el secreto de la inmortalidad.

Antes de terminar con este largo capítulo permítansenos resumir los hechos establecidos y señalar algunos reparos de orden general. Estos reparos alusivos a los fenómenos histológicos de la decadencia han sido demasiado desestimados, o tocados muy a la ligera.

1.º Todos los desórdenes histológicos (infiltraciones, degeneraciones, necrobiosis, etc., de células de función

(1) Se citan casos excepcionales de conservación del ímpetu genésico en algunos genios, tales como Goethe, Herschel, Virchow, Ibsen, Víctor Hugo, etc. Véase cómo el remoquete de *viejos verdea* adjudicado por uno de nuestros mejores novelistas a Galdós y a Anatole France, pudiera sonar a elogio. Por desgracia, la Historia cita también grandes mentalidades que sucumbieron en edad relativamente temprana (Lucrecio, Pascal, Montaigne, Hertz y otros muchísimos).

elevada, etc.) no son la causa de la decadencia, sino el efecto de la misma. Inherente a la vida, la degradación y destrucción de la máquina viviente obedece a condiciones profundas, fatales y, por desdicha, completamente inaccesibles.

2.º La diferenciación y aumento de protoplasmas y división específica del trabajo (Minot, Weissmann) tampoco son otra cosa que causas seguidas, ya que la muerte se da, dígnase lo que se quiera, hasta en los protozoarios; todo acto de división implica, según dejamos dicho, con la cesación de vida individual, el nacimiento de un nuevo ser (1).

3.º La longevidad suele ser hereditaria. Casi todos los mayores de noventa años que he conocido tuvieron padres que llegaron a esta edad y aun la rebasaron, entrando en el gremio de los centenarios, y algunos vivieron en un ambiente de pobreza y estrechez lamentables. Todo lo cual, si no contradice, armoniza poco con los consejos de la microbiótica y las iniciativas de los inventores de *esperminas*, y demás recursos imaginados por los secuaces del tratamiento sexual. Añadamos que la mayoría de los centenarios fueron analfabetos. ¡Triste privilegio de la ignorancia que no envidiaría ningún espíritu selecto!

4.º En punto a condiciones histológicas de la senilidad, dejamos apuntado que los elementos de estructura más completa y de actividad profesional más elevada son incapaces de proliferación; se gastan como las máquinas, sin posibilidad de reparar los daños sufridos (2), al revés de los tejidos epiteliales, la sangre,

(1) Roeser afirma que a cada división comienza una vida nueva. Véase: *Vieillesse et longévité*. Tal es nuestro parecer también, según consignamos más atrás.

(2) Las neuronas degeneradas o destruidas dejan huecos que son rellenados por células neuróglícas que, a su vez, se transforman de *protoplásmicas* o activas en *fibrosas* o pasivas. Cuando se analiza el cerebro de un provento o de un *demente senil*, se advierte que los *gliosomas* o materias segregadas por la glía protoplásmica disminuyen o desaparecen, diferenciándose dentro del protoplasma un sistema de fibrillas inertes. Además, en torno de las neuronas muertas aumenta la pléyade normal

conectivos, etc., que sin ser invulnerables gozan del privilegio de regenerarse, retardando así su decadencia inevitable.

5.º Puede admitirse también como causa secundaria de la senilidad la cesación o disminución de las *secreciones internas* estimulantes del sistema nervioso, singularmente las emanadas de las glándulas genésicas. Pero no olvidemos que estas glándulas decaen también, y que esta decadencia obedece a las mismas condiciones genéticas de la degranación atrófica de la totalidad de los órganos. Trátase, pues, de un fenómeno secundario.

6.º No rechazamos en absoluto la eficacia temporal de los injertos testiculares u ováricos para prolongar la duración de la vida; pero el asunto está *sub judice*: 1º, porque es preciso descartar toda posibilidad de *hetero* y *autosugestión*; 2º, porque, siendo recientes todavía estas operaciones de implantación glandular, fuera temerario afirmar, desde luego, la efectividad del rejuvenecimiento y, por tanto, su influencia sobre la longevidad y retraso de la decrepitud. Desde este aspecto, el material experimental formado por animales de vida breve se presta mejor a una valoración definitiva del método.

Consideraciones complementarias.

Aun descartando las condiciones profundas y todavía enigmáticas de la senilidad, se podría preguntar: ¿cómo en un sistema tan sabiamente coordinado como el cuerpo del hombre y de los animales, en donde impera la ley de correlación de Cuvier, ciertos órganos

de corpúsculos satélites, entre los que domina la *microglia*, de Río Hortega, cargada de sustancias de derribo (Achúcarro, Hortega, etc.).

La teoría de Grasset (atinadamente discutida por el doctor Gimeno), según la cual los órganos envejecen por el orden en que han nacido y tanto más pronto cuanto más precoz fue su perfeccionamiento, no resiste al examen de los hechos. Baste recordar que el corazón, el aparato digestivo y el sistema nervioso, diferenciados en los primeros días de la vida embrionaria conservan su actividad hasta la extrema vejez.

y tejidos periclitán o se marchitan antes que otros, turbando la armonía del conjunto y provocando la enfermedad y la muerte? ¿Por qué ciertas glándulas de secreción interna se atrofian hasta en plena madurez?

A esta inquietante interrogación cabe contestar con las siguientes proposiciones, basadas en hechos demostrados:

a) En primer término, constituye grave ilusión creer que todas las partes del organismo componen un sistema homogéneo, perfecto y bien logrado. La *ontogenia* y los fenómenos del crecimiento y diferenciación postfetal nos enseñan que, no sólo los órganos de la vida vegetativa y locomotriz, sino la constitución misma del cerebro, ofrecen variaciones individuales enormes. Un estudio anatómico e histológico nos convencería de que no existen dos cerebros iguales, ni dos cerebelos, ganglios sensitivos, retinas y medulas espinales rigurosamente equivalentes. Ello se debe a que, durante el desarrollo, han surgido causas perturbadoras, se han perdido neuronas y fibras nerviosas a millares, y sin que se sepa por qué, ciertas circunvoluciones han adquirido desarrollo preponderante, etc. Y el mismo fenómeno se observa en los órganos de la vida vegetativa (corazón, intestinos, pulmones, etc.). La tesis de las desarmonías de Metchnikoff es, desgraciadamente, cierta, aunque no esté fundada en investigaciones embriogénicas (1) y peque de manolateralidad.

(1) En nuestros trabajos y en los de nuestros discípulos sobre la ontogenia del sistema nervioso se consignan numerosos errores de este género, referentes a los ganglios, cerebelo, vías nerviosas, etc. A virtud de tales accidentes, contra los cuales el organismo no ha podido triunfar plenamente, el caudal de elementos activos de un órgano rigese por normas estadísticas. En la concurrencia de las neuronas, sólo ha alcanzado pleno desarrollo y conexiones normales y eficaces (al par de comodidades alimenticias, oxigenantes y depuradoras de leucotoxinas), un contingente selecto, más o menos numeroso, pero nunca el inicialmente asignado a la construcción del órgano nervioso. Ni las escasas divisiones acaecidas en la época postembrionaria son poderosas a restablecer en absoluto la dotación originaria. Aplicado este principio a la construcción del cerebro y órganos sensoriales, podríamos obtener un criterio histopsicológico de la personalidad. Huelga decir que en otros casos se dan, en virtud de

b) A causa de la diferente actividad profesional, así como de la diversidad de facilidades nutritivas, género de vida, etc., ciertos órganos o tejidos han adquirido excesivo predominio, acaparando en buena parte las fuentes alimenticias, a expensas de otros que se mantienen desmedrados por desuso o empleo insuficiente. Créanse de tal suerte *subrazas humanas*, desarmónicas e imperfectamente adaptadas a la lucha por la existencia. Harto probable parece que la falta o preterición de células mal situadas frente a los vasos podría causar predisposiciones patológicas y hasta la muerte prematura.

En conclusión: El hombre y los animales superiores complejamente organizados deben arrostrar, durante su existencia, una lucha incesante contra sustancias alimenticias nocivas, alternativas de temperatura, contrariedades morales y emociones deprimentes, que son otras tantas condiciones de debilidad y desarmonías orgánicas. Pero, además, desde los primeros meses de la vida, el organismo se ve forzado a defenderse contra agresiones insidiosas, y no siempre evitables, de las bacterias patógenas visibles e invisibles (ultramicroscópicas). Y aunque triunfe en la contienda, esas luchas empenadísimas contra las toxinas bacterianas, suelen dejar (no siempre) huellas en la fina estructura de los órganos y tejidos nobles (cerebro, corazón, etc.), cuya resistencia y capacidad de reacción quedan notablemente abatidas. Con razón decía Montaigne, aludiendo a este linaje de causas, que el llegar a viejo constituye un privilegio extraordinario. Las estadísticas, no obstante ser más optimistas en nuestro tiempo que en el siglo XVI, corroboran ampliamente el pesimismo del autor de los *Ensayos*. Estas penosas consideraciones,

condiciones desconocidas, superabundancia de neuronas con conexiones bien logradas. De aquí las aptitudes específicas y como monstruosas que para ciertas disciplinas (matemáticas, filosofía, elocuencia, etc.) aparecen de cuando en cuando. Pensamos desarrollar este pensamiento en otro trabajo (para el cual hemos recogido muchos datos) con las correspondientes ilustraciones.

junto con el triste balance de la mortalidad humana (singularmente de la española), han impresionado, con razón, al doctor A. Gimeno, que escribe contristado: "De 1.000 españoles salidos al mismo tiempo del vientre de su madre, 233 caen antes de terminar el primer año de su vida con la tierna boca pegada al pezón materno; 196 más, no llegan a cumplir los cinco; a los veinte, la edad de la fresca lozanía, ha quedado ya en el camino la mitad del millar; únicamente pasan los sesenta años 267 de los 1.000 nacidos; y sólo un español, no de cada millar, sino de cada 50 millares, tiene la rara fortuna de llegar a cien años o de traspasar la edad... El patrón por que se corta nuestra existencia no es igual para todos..."

CAPÍTULO XVI

EVOCACIÓN DE PONCE DE LEÓN. — EL ANSIA
IRREMEDIABLE DE INMORTALIDAD
FISIOLÓGICA

¡Bello y seductor ensueño que en todo tiempo acarició la imaginación humana! ¡Ahí es nada, retrogradar en la trayectoria vital y recomenzarla en la fase pre-fáustica de la juventud y de la fuerza!... Esta instintiva aspiración a remontar el curso del tiempo representa quizá una manifestación irreprimible del instinto de la vida. Caso histórico, representativo de tan seductora ilusión, es el de Ponce de León. Viejo y lastimado por antiguas heridas, oyó decir en las Antillas que en región poco alejada existía una isla maravillosa, donde brotaban inexhaustas las linfas del rejuvenecimiento, restauradoras de energías perdidas y de dolencias añejas. Y exploró afanosamente la isla misteriosa en busca del mágico manantial. Y ¡oh decepción! A pesar de haber bebido en muchas fuentes tuvo que renunciar desilusionado a sus quiméricos anhelos. En cambio, descubrió algo que vale más: el continente de la América del Norte, blasón de su gloria y cuna después de espléndida civilización.

A esta universal codicia de rejuvenecimiento respondería también el *elixir de vida* de los alquimistas medievales. Fracasaron en su ambicioso empeño, mas, a semejanza del citado explorador español, descubrieron algo más importante que la prolongación de la

vida: las bases, rudimentarias aún, de la química, ciencia henchida de miríficas promesas. Y es que la sugestibilidad exquisita del hombre se ha satisfecho siempre con mitos y ficciones, vanos y engañosos, considerados en sí mismos, pero a menudo punto de partida de prodigiosos descubrimientos, y siempre confortadores de nuestro ingénito optimismo.

Y aunque los sabios se estrellen contra la muralla de lo imposible, renunciando a su ambicioso programa, el hombre, que fue siempre un místico, ¿no habría granjeado un consuelo y una esperanza alentadoras? Todo el toque está en seducir nuestra ingenuidad, adormeciendo el sentido crítico, tan débil en la mayoría de los humanos, para que creamos a pie juntillas en los portentos prometidos. Después de todo, ¿han significado otra cosa sino sugerencias habilísimas, desde las célebres curaciones de Asclepios en Epidauro (1), hasta los modernísimos inventores de específicos? Injusticia fuera censurarlos; cuando no son farsantes codiciosos, les excusa la piedad y compasión encendida hacia el dolor ajeno. ¡Llor a los que saben renovar el viejo repertorio milagrero, engañándonos con inesperadas y sorprendentes prácticas sugestivas!

BIBLIOGRAFÍA

La índole popular de este libro nos veda de reseñar todos los pareceres difundidos sobre el interesante tema de la senilidad y la muerte, considerados desde el punto de vista biológico.

El lector que desee informarse mejor debe consultar, además de los tratados de histología y biología general, otras obras,

(1) En el santuario de Epidauro no había sacerdotes ni médicos. El enfermo se dormía y esperaba confiado durante el sueño el milagro de Dios. Los curados debieron ser numerosos, como lo persuaden los exvotos de los enfermos salvados. ¿No curan lo mismo hoy los homeópatas, la *Christian science* de Baker-Eddy y el psicoanálisis de Freud? El hombre dispone de reservas inagotables de fe en lo sobrenatural o simplemente en el absurdo, al cual se aviene, reverente y sumiso, con tal que lo defiendan elocuentemente personas prestigiosas, radiantes de voluntad dominadora y nada negligentes de la escenografía. Recuérdense los casos representativos de Mesmer y de la señora Baker, la de la *Ciencia cristiana*.

entre las cuales, aparte las citadas más atrás, merecen ser conocidas las siguientes:

Bichat: *Recherches sur la vie et la mort*, 1880.

Bourdeau: *Le problème de la vie*, 1901; *Le problème de la mort*, 1902.

Cajal: Véanse los trabajos citados en el texto y los consagrados a la parálisis general progresiva, *Travaux de Lab. de Hech. biol.*, tomo XXIV, 1925. Consúltense también mi librito, un tanto humorístico, titulado *Charlas de café* (capítulos III y IV, donde se habla de la vejez y se trata de la muerte, la inmortalidad y la gloria, 4.^a edición, 1932).

Véase el precioso libro de Jardé (el mejor conocedor, según Clemenceau, de la antigüedad helena), intitulado *La evolución del pueblo griego*, 1924. También las obras de Historia de la Medicina nos brindan numerosos portentos acaecidos, o creídos ingenuamente, en la antigüedad clásica. ¿Y qué son, bien miradas, las asombrosas curas de Bonner, en Francia, y de Asuero, en España (excitación escenográfica del *trigémico nasal*), sino retornos a los milagros de Esculapio o de sus dioses subalternos? En esta magia moderna la prensa obra cual excepcional sugestionador. Pero de este fenómeno pienso tratar *in extenso*, en mi folleto *La omnipotencia de la sugestión*.

Calkins: *Arch. f. Entwick. Mechan.*, B. XV.

Child: *Senescence and rejuvenescence*, Chicago, 1915. (En este libro, muy importante, defiende el autor la fatalidad de la senescencia y la muerte.)

Dustin: *Contribution à l'étude de l'influence de l'âge et de l'activité fonctionnelle sur le neurone*, Bruxelles, 1906.

Finot: *La philosophie de la longevité*, 1903.

Gimeno, A.: *La lucha contra la vejez*. Elocuente y bien documentada exposición de la senilidad y de la muerte. Madrid, 1910.

Grasset (citado por Gimeno): Prólogo a la obra de Bancier, *Traité des maladies des vieillards*, 1907.

Legrand: *La longevité à travers les âges*, París, 1891.

Levi: *Le cerveau senille*, 1906.

Marinesco: *La cellule nerveuse*, 2 vol., 1909; *Études histologiques sur le mécanisme de la senilité*, en *Rev. génér. des sciences*, 15 annés, déc. 1904.

Muehlmann: *Über die Ursache des Alters*, Wiesbaden, 1900; *Beiträge zur Frage nach des Ursache des Todes*, en *Arch. f. Pathol.*, Bd. CCXV, 1914.

Pearl: *The biology of death*, Philadelphia, 1922. (Contiene excelentes estadísticas de las causas de la muerte y de la participación de cada órgano en las defunciones.)

Roberston: *On the normal rate of growth the biol. significance*, en *Arch. f. Entwicklungs.*, Bd. 25.

Roessle, R.: *Wachstum y Altern.*, München, 1923.

Roeser: *Viellese et longevité*, 1910.

Sand: *La neuronofagie*, Bruxelles, 1906.

Schiesinger: *Die Krankheiten des höheren Lebensalters*, Wien, año 1914.

Sohopenhauer: *Die Welt als Wille und Vorstellung*, Leipzig; *Parerga und Paralipomena*. Hay una traducción española: *El amor, las mujeres y la muerte*.

Weber: *Longevity and means for prolongation of life*, 1819.

Yervantian, A.: *La clef de la longevité*, 1934. Este autor, un poco arbitrario, confirma los beneficios del yoghurt, preconizados por Metchnikoff. Añade que para exaltar sus propiedades vitalizantes es preciso mezclarlo, como se hace en Armenia, país clásico de los centenarios, con arroz y trigo machacados, cardo y ajos. Abomina de la carne que no sea fresca y sangrienta, y aconseja la vida rural y la aspiración de los gases desprendidos del *humus* de la tierra...

Una bibliografía completa exigiría una lista de más de quinientos libros y monografías. ¡Tan cautivador es el tema de la decadencia y de la muerte!

PARTE CUARTA

LOS PALIATIVOS Y CONSUELOS DE LA SENECTUD

CAPÍTULO XVII

La templanza o vida morigerada. — Régimen dietético y moral. — Consejos de Descartes y Condorcet. — El prurito de escribir. — Lectura de cartas emocionantes. — Abstención de la política

La sobriedad y moderación.

He aquí un consejo legado por la más remota antigüedad y que ha sido infinitas veces ratificado por médicos, higienistas y filósofos. ¿Quién no ha oído el adagio de Buffon: "El hombre no muere, sino que se mata"?, frase que parece el eco de la máxima de Quintiliano: "Por culpa nuestra es breve nuestra vida." Y la no menos popular: "Quien desee vivir sano, sea viejo temprano" (1).

El pensamiento de Flourens, según el cual debiéramos alcanzar normalmente la centena, no ha sido olvidado. Constituye el ideal de los longevos. Fúndase, según es sabido, en el hecho de que en muchos animales la duración de la existencia es el quíntuplo

(1) Éste es un adagio ya conocido de los antiguos. Cicerón le pone en labios de Catón, quien le repudia, diciendo poco más o menos: que prefiriere una vida corta, pero activa y útil, a una vida larga totalmente infecunda.

de la duración del desarrollo. Fijado éste para el hombre en los veinte años, la vida debe lógicamente prolongarse un siglo. Desgraciadamente, este razonamiento no puede aplicarse a toda la serie animal, singularmente a los insectos, las aves y los reptiles. Y mil circunstancias, casi todas imprevistas, dan al traste con esta regla que hoy por hoy resulta para la mayoría de los hombres ideal inaccesible. Por lo demás, otros autores nos ofrecen otras claves para computar la probable longevidad.

No insistiremos sobre el tema de la sobriedad alimenticia y moderación pasional, ya que reviste el carácter de tópico manido. No sobrarán, empero, algunos consejos, tomados de algunos sabios, singularmente de los apasionados de la Macrobiótica. Hufeland (1), maestro en la materia, además de encomiar los beneficios de la sobriedad y del orden y reposo sentimentales, nos recuerda la regla seguida instintivamente por muchos ancianos de mermar la dosis de alimentos animales de laboriosa digestión, prefiriendo los vegetales. Parecidas normas higiénicas expone Ebstein (1821), insistiendo sobre la toxicidad del alcohol y los beneficios de la vida sencilla y sosegada; moderación preconizada también por Bütschli y Weissmann (1892). En fin, los filósofos modernos no se han quedado atrás en estas prédicas tocantes a la moderación del régimen y la prudencia pasional.

Descartes, que nació enfermizo y no gozó jamás de salud robusta, nos brinda para prolongar la vida este discreto precepto: "Tómense las cosas por su lado bueno." "Habiendo nacido —añade— de una madre que murió algunos días después de mi nacimiento, de una enfermedad pulmonar, yo he heredado de ella una tos

(1) Hufeland: *La Macrobiotica, l'art de prolonger la vie humaine*, Lausanne, 1808 (traducción francesa de su obra alemana).

El naturalista Fabre, que vivió noventa y dos años, casi no se alimentaba durante sus últimos tiempos, sino de frutas. (Véase su biografía por Legres: *La vie de J. H. Fabre, naturalista*, París, Delagrave, 1924.)

seca y un color pálido...; todos los médicos que me vieron entonces me condenaron a morir prematuramente. Creo, sin embargo, que la inclinación que he tenido siempre a considerar las cosas desde el ángulo más agradable... me han curado de esta indisposición como natural" (1).

En otras cartas resaltan estos dos excelentes consejos: a) "Cifremos la felicidad exclusivamente en las cosas que dependan de nosotros mismos" (compárese esta regla con la máxima de Epicteto); b) "Mi máxima favorita de conducta fue siempre seguir el gran camino (como si dijéramos la vía amplia y directa) y creer que la principal sutileza consiste en carecer de sutileza." Vaticinio suyo es también el siguiente: "Con precauciones y el buen uso de la medicina mejor conocida, no podríamos retardar la vejez y prolongar mucho la existencia." Cierto; pero desgraciadamente para el filósofo francés, olvidándose de su constitución endeble, tuvo la imprudencia de acudir al llamamiento de la reina de Suecia. El riguroso clima escandinavo le fue fatal, muriendo de pulmonía.

También Condorcet (2) muéstrase juicioso y optimista al asegurar "que podría prolongarse mucho la vida recurriendo a la medicina conservadora, al uso de alimentos y alojamientos más sanos y a maneras de vivir capaces de desarrollar las fuerzas por el ejercicio". Consideraba como condiciones activas de degradación la miseria y la opulencia. Ambas deberían evitarse. Arrastrado por su optimismo alentador, Condorcet osa presagiar que, "gracias al progreso indefinido, llegarán días en que la muerte será mero efecto de accidentes extraordinarios, por donde el intervalo entre el nacimiento y la muerte se acercará sin cesar,

(1) Carta de Descartes a madame Elisabeth, princesa palatina, 15 de marzo de 1645.

Véase Cochín: *Choix de lettres*, en *Anuales politiques et littéraires*, 7 de noviembre de 1920.

(2) Condorcet: *Tableau historique du progrès de l'esprit humaine*, tomo II.

aunque no se alcance el supremo ideal de la inmortalidad" (traducimos extractando).

Esta profecía optimista, que parece precursora de las ideas de Metchnikoff y Voronoff, peca de hiperbólica. Antes de alcanzar esa extrema longevidad, si llega a conseguirse, la medicina necesita resolver, según dejamos insinuado, cuatro magnos problemas: origen de la vida, causas de la senectud, aniquilamiento de los microbios patógenos y eliminación de las causas fisicoquímicas nocivas. ¡Ahí es nada!... El programa de dos o tres mil años de estudios biológicos. Ni es lícito olvidar que la decrepitud, sin la lozanía mental, representa, antes que ventaja, tormento intolerable. Tratemos de obtener una longevidad útil individual y socialmente. De lo contrario, vale más no rebasar los setenta u ochenta años. Ideas parejas a las de Condorcet expone J. Finot (1).

Las precedentes máximas confortadoras de la vejez (con otras muchas similares que llamamos en obsequio a la brevedad), si convienen a los ancianos, apremian a los decrepitos, en cuya retaguardia camino desde hace algunos años.

He aquí el fruto de mi propia experiencia en orden al régimen dietético y método de vida mental, que juzgo aprovechable. No disimulo que mi caso es singularmente difícil. Lo es, no sólo por padecer *arteriosclerosis* y frisar en los ochenta y dos años, sino también por no haber podido descartar los vicios, harto peligrosos: la continua lectura, generadora implacable de insomnios y cefalalgias, y la manía de continuar a ultranza mis trabajos de laboratorio y de publicista científico. De vez en cuando logro burlar tales antojos, cayendo en otro harto lamentable: alguna escapada furtiva hacia la literatura frívola o pseudofilosófica, en la cual, huelga decirlo, no espero cosechar aplausos ni ventajas materiales. Es una pena que nadie

(1) *Revue mondiale*, conférence du 15 Janvier, 1917.

pueda evadirse de sí mismo, de sus hábitos y carácter, impresos en nuestro cerebro por medio siglo de vida mental uniforme y diferenciada.

Algunos amigos misericordiosos me han aconsejado, a guisa de sedantes y derivativos, el cultivo de los recreos inocuos de tertulias y casinos. Esto me recuerda una frase de Talleyrand (1). Preguntaba el desaprensivo ministro de Napoleón a un amigo suyo si sabía jugar a las cartas. "No, por desgracia", respondió el interrogado. "Amigo mío —replicó el sagaz diplomático—, se prepara usted una vejez desastrosa." Tal me ocurre a mí: ignoro el billar, el tresillo, el dominó y todos esos juegos sedentarios con que los españoles de más de sesenta años queman el fósforo cerebral disponible y distraen sus preocupaciones y decepciones. Pero no nos desviemos.

Mi caso (y el de otros muchos similares) exige dos clases de preservativos: materiales unos, morales otros.

Régimen dietético.—Se funda en la ausencia, casi completa, de carne; en el empleo, sin exceso, de los huevos (uno solo por día); en el uso preferente de la leche, sin excluir, a veces, el *kéfir*, como manantial de ácido láctico, y en la preponderancia de sopas, lacticiños, purés, legumbres y frutas. No meriendo. Y la cena es tan sobria, que se reduce a un parvo plato de sopa de ajos, un pequeño postre de leche y un plátano. No abuso del pan. En cuanto al vino, bebo medio vaso pequeño de un vinillo blanco, imitación del Sauternes y casi exento de alcohol. A semejanza de Montaigne, odio la cerveza, el excitante de los fríos cerebros hiperbóreos, cuyo uso, incomprensible en España, patria de los mejores caldos, constituye una de las más ridículas y perjudiciales (2) tiranías de la

(1) Talleyrand-Perigord: *Mémoires recueillies par Mad. la Comtesse O... du C...*, Dans, 1869.

(2) La cerveza en España está fuertemente encabezada con alcohol industrial, a fin de que se conserve durante los tórridos meses estivales. No es, pues, tan inofensiva como la bebida en Inglaterra o Alemania.

moda. Rechazo el tabaco y me abstengo del café y del té (salvo cuando los tomo como medicina). ¡Pobre de mí si con un cerebro en congestión permanente, como si dijéramos en pie de guerra, abusara de los estimulantes!

En suma: mi *menú*, para hablar como los galicistas, no alcanza siquiera a la mitad de la ración normal de un hombre de edad madura. ¿Los licores? *Vade retro!*... No se me oculta que muchos escritores emplean el café, la cerveza y el ron a guisa de estimulantes de la actividad mental. Y algunos caen en el funestísimo vicio de la morfina. Los compadezco. En mí, el trabajo mental jamás exigió el uso de excitantes. Espontáneamente me disparo. Me basta y me sobra con el estímulo espontáneo de las ideas que ansian aflorar en el campo de la conciencia e imponerse a la atención errabunda. A semejanza de muchos viejos grafómanos, en mí lo difícil no es pensar, sino cesar de pensar. Lo que no obsta para que lo pensado carezca de valor cotizabile en el mercado literario, filosófico o científico.

Olvidaba un consejo útil: una hora u hora y media antes de las comidas conviene al anciano suspender toda tarea intelectual, incluso la conversación reflexiva. Hay que ahogar las protestas de la impaciencia, deseosa de apurar de una vez la tarea. (Cuántos insomnios y malas digestiones son motivadas por las acaloradas e irrestañables discusiones nocturnas o ciertas lecturas atrayentes y emocionantes! Tengamos presente que cerebro y estómago son dos competidores egoístas: cada cual solicita para sí el máximo de irrigación sanguínea, sin miramientos hacia el derecho de los demás. Con todo, en esta pugna nutritiva, el más soberbio déspota suele ser el cerebro, verdadero autócrata de la colmena viviente.

Profilaxis moral.—Acerca de esto dejo ya apuntados en otros capítulos algunos consejos provechosos a todo viejo, pero indispensables a los arterioscleróticos. Obedeciendo a este caso de fuerza mayor, hay que de-

sertar deliberadamente de academias, tertulias y cafés. De las tabarras, aun de las de tipo hilarante, debe huirse como de peste; no interesan, pero fatigan y des-polarizan; son, además, contagiosas. Difícil es evitar el propio desborde de tópicos y desatinos cuando se oye una necesidad o una impertinencia. De la voluptuosidad no hay que hablar siquiera. La vida sólo se da cuando sobra.

El prurito de escribir.

El trabajo máximo del espíritu sáciase en la turquesa de las cuartillas. De ordinario, el viejo rehuye esta labor de galeote. Fuera, pues, lo mejor para él sumirse en la vida pobre y reposada de la tortuga que alcanza los cien o más años. Así discurren algunos panageristas, bien intencionados, de la pereza. Pero aun aceptando el modelo zoológico citado, quedamos perplejos al advertir que el cuervo y el águila, animales activísimos, rebasan la centena. Por donde juzgamos impropio buscar normas de vida en la Historia natural. Somos hombres y, como tales, ávidos de saber y de manifestarnos. Y cuando el cerebro ha sido conmovido durante medio siglo por el afán de hablar y escribir, entonces, mal de nuestro grado, reincidimos en las cuartillas y en la manía de las pláticas y polémicas. Abdicaríamos, además, de nuestra dignidad biológica si los decrepitos, por escrúpulos higiénicos, acaso excesivos, redujéramos las actividades mentales a escoger y regir cuidadosamente los regodeos y satisfacciones de la mesa. Para tan míseros menesteres bastan los ganglios del gran simpático con sus reflejos y coordinaciones automáticas.

Quede sentado, pues, que hay muchos ancianos ansiosos de pensar y exteriorizar sus pensamientos, condensándolos en la letra de molde, sin detenerse a juzgar si son vulgares o interesantes, ni si están condenados al naufragio y olvido irreparables. Admitido,

pues, el hecho de que tales proyectos no puedan condenarse al ineditismo absoluto, ¿cuánto y cómo deben escribir?

Señala la ocasión de exteriorizarse la superabundancia de ideas sobre un tema cualquiera, máxime si somos acuciados por recientes e interesantes lecturas. Y en cuanto a la hora destinada al parto ideal, mi lema es el de Anatole France: *Aurora musis amica*, aunque, a causa de mis tenaces insomnios, mi *aurora* suele comenzar a las nueve y media o diez de la mañana. Y mi tarea termina, si no me asaltan latosos o pedigüeños, a la una y media de la tarde. Arrastrado por el fuego sagrado de la inspiración —vamos al decir—, que en mí es harto cansina y variable, infrinjo, a veces, la regla, escribiendo hasta las dos. Con tales transgresiones sólo consigo perder el apetito, sufrir una cefalalgia y tachar al día siguiente lo premiosamente escrito, cuando no lo rompo todo. Porque soy torpe, vacilante y minucioso. Afortunadamente, otros muchos ancianos gozan de agilidad y disponen de excelente memoria. Mi caso no es general, por consiguiente.

Desconfiando de mi retentiva, harto fatigada por cincuenta años de labor ahincada, escribo rodeado de una muralla de libros, entre los cuales abundan los diccionarios. Es consejo, ya expresado en otro capítulo, beneficioso a todo anciano no emancipado de la obsesión de la pluma. El heroico esfuerzo de los veteranos periodistas que redactan sus crónicas de noche y apresuradamente, me inspira envidia y admiración.

¿Sobre qué debe escribirse? Fuera lo mejor continuar la labor emprendida en los luminosos tiempos juveniles o en la fase de la madurez reflexiva. Procediendo así, el camino se presenta fácil y llano: adaptado el intelecto a los trillados temas de antaño, asimila y juzga fácilmente cuanto en el extranjero ve la luz sobre nuestras favoritas aficiones. Sin duda, durante el combate ideal se han recibido muchas heridas. Pero

esto no debe desalentarnos. Aun terminada nuestra obra, debemos vigilarla y cuidarla mimosamente, defendiéndola de los ataques apasionados de los émulos y arribistas, que no perdonan casi nunca que otros más diligentes se les hayan adelantado en la pesquisa y descubrimiento de la verdad.

¿Prohibiremos al caduco, próximo al término de su carrera, las excursiones por el campo de la literatura, de la historia, del arte o de la erudición enciclopédica? Seríamos crueles. Quien ha consagrado buena parte de su vida a un orden de actividad intelectual siente en su cerebro el callado palpar de regiones postergadas. Una *catarsis* ideal o emocional puede ser provechosa para restablecer el equilibrio. Presa de esta comezón compensadora, muchos intelectuales avejentados gustan de explayar su imaginación por territorios limítrofes y aun distantes de sus inveterados fervores. Con ser grandes los defectos, tales lucubraciones encierran a veces alguna enseñanza. Existe además una razón más profunda de la citada extravasación de la actividad senil. Como la psicología moderna ha demostrado, en cada *yo* hay varios *egos* en íntima convivencia. A causa de la actividad profesional, sólo uno de ellos ha prevalecto; los demás vibran silenciosos y postergados. A despecho de su amodorramiento, pugnan, como dejamos dicho, por la fe de vida. Para ello aprovechan la fase de agotamiento del *yo senil*, eje de la personalidad profesional y cotidiana. Y anhelan suplantarle, exteriorizando a plena luz, valgan lo que valieren, las reflexiones en aquéllos acumuladas, durante lustros, de lectura y meditación. La personalidad plena y sintética del hombre es la suma del *yo* principal, despótico y acaparador, y de todos estos *egos* apagados, pero susceptibles de reviviscencia eventual. Notemos que estas personalidades secundarias no son inconscientes, como acaso pensaría algún psicoanalista, sino subconscientes y susceptibles de fácil evoca-

ción. Forman como la retaguardia del sujeto actual, mas están apercebidas a reemplazarlo en cuanto éste desmaya o se distrae (1).

Las cartas.

Comencemos consignando un detalle: El viejo es, aunque otra cosa parezca, extraordinariamente emotivo y caviloso. Hará bien, pues, en atenerse a este consejo vulgar: toda carta recibida por la tarde o por la noche, como no sea de la familia, debe reservarse para el siguiente día. Porque la era de las buenas noticias pasó con la edad florida y la madurez sensata. A los viejos médicos conocidos se les escribe siempre para suplicar un tratamiento, demandar socorro, solicitar recomendaciones, y sobre todo, y esto es desgraciadamente lo más común, para exigirles trabajo. Esperemos, pues, para leer dichas epístolas el sol del próximo día; él nos traerá, con el reflejo de su fulgor, un poco de ecuanimidad y paciencia. Por de contado, a cartas importantes que piden reflexión y cautela no debe contestar el viejo por la noche. Queden tales improvisaciones para los jóvenes, cuyo cerebro virgen y lozano desafía la emoción y desdeña todas las normas higiénicas.

Entre las cartas abrumadoras merece recordarse el caudaloso y aterrador epistolario de los *chiflados*, inventores despechados, genios perseguidos, etc. Todos

(1) Las investigaciones de los psicólogos consagrados al hipnotismo y al estudio científico de la psicopatía espiritista han probado superabundantemente esta multiplicidad eventual de sujetos. Yo mismo consagré dos años de mi juventud al estudio de tan sorprendentes fenómenos. No es extraño que ciertos pensadores, como Bourdeau, afirmen que no deberíamos emplear nunca el *yo*, sino el *nos*, al hablar en primera persona. Por lo demás, mis conjeturas acerca de este asunto fueron expuestas hace muchos años. (Véase el prólogo al libro de *Poesías*, de M. Zapata, 1902. y mi librito *Charlas de café*, 4.^a edición, 1934, página 231). Tengo también escrito, mas no sé si lograré publicarlo, un libro sobre el *hipnotismo*, *espiritismo* y *metapsíquica*, que debió haber visto la luz hace veinte años. Hoy carecerá de interés.

imploran algo peor que dinero: garantía y apoyo moral para sus quimeras. No debemos contestarles. Invariablemente, tales documentos comprometedores deben enviarse a un amigo psiquiatra.

La política.

Sin ser indiferentes a la organización política de su país y a los problemas cotidianos y urgentes planteados por la realidad, opino que el proyectado debe abstenerse de ella. A los ochenta y dos años deja el hombre de ser "animal político", como decía Aristóteles. Pase que concurra a los comicios, pero debe renunciar al foro y a las acres polémicas periodísticas. ¡Allá los caciques con sus mesnadas frente al arduo empeño de gobernar un país difícilmente gobernable!... Bien haremos los viejos, por tanto, en no complicar nuestra vida precaria, inútil ya para el pro común, descendiendo a las luchas enconadas del foro, a cuyo desenlace no podremos asistir (1).

Por igual motivo debe abandonar el viejo cargos enojosos y de responsabilidad. Por decoro y por higiene mental hay que eludir los *enchufismos*, según dejamos apuntado más atrás.

(1) En general, la gestión política de los ancianos caducos y aun de los simples viejos, no habituados a la esgrima polémica del Parlamento, ha dado, en casi todas las naciones, menguados o deplorables resultados. Mayormente cuando de hombres de ciencia o de literatos se trata. Recuérdense los fracasos de Berthelot, de Laplace, en Francia, y de otros muchos sabios desplazados en diversas naciones.

En cuanto a mí, simple aficionado a los estudios científicos, hace tiempo que me inhibí de toda servidumbre política. Semejante apartamiento responde además —aparte la ausencia de dotes personales— a una convicción tan sincera como dolorosa. Nos falta a los españoles el sentido de la medida, el sano instinto nórdico de la disciplina social y del bienestar colectivo; carecemos también, acaso por egolátrico engreimiento, del sacrosanto temor al juicio de los extraños. De ahí que hasta nuestros mejores estadistas, después de una fase de brillante culminación, se hundan en el fracaso. Y si esto les ocurre a los maestros de la tribuna, cegados por un optimismo excesivo, ¿qué le sucedería al anciano sin energías físicas y ayuno de los innumerables lazos y zancadillas características de la técnica parlamentaria?

Mas abandonemos un tema harto inoportuno.

CAPÍTULO XVIII

LAS EXCURSIONES PINTORESCAS Y ARTÍSTICAS.—COLECCIONES FOTOGRÁFICAS DE PAÍSES EXTRAÑOS

Fotografía, excursiones artísticas, contemplación de paisajes.

Si el anciano no ha doblado aún la cima de los sesenta o sesenta y cinco años o conserva los setenta suficientemente ágiles y robustos para caminar por vericuetos, escalar montañas y dormir en fondas no siempre cómodas, yo le aconsejaría la *distracción de la fotografía pintoresca*, con sus inefables deleites anejos: la visión de tipos humanos nuevos, paisajes inéditos y cautivadores y monumentos históricos.

"La fotografía común, y singularmente la fotografía cromática —escribíamos hace más de veinte años (1)— constituyen distracción incomparable para el trabajador intelectual.

"En los prosaísmos y miserias de la lucha profesional o en las tareas oficinescas, pone un poco de poesía y algo de emoción imprevista. Sus placeres, eminentemente higiénicos y educadores, carecen de la tediosa

monotonía del billar y de la ruda y peligrosa fatiga de la caza.

"Suponemos, naturalmente, que el órgano visual, sagrado don de los dioses, no se enturbia, ni nos ronda, siniestra, la terrible catarata senil. Triste cosa debe ser, en efecto, vivir condenado a enfocarse a sí mismo, a reemplazar la hermosura de la realidad directamente aprehendida, con la cabalgata de juveniles recuerdos. Mirar hacia sí equivale a tornarse egoísta, desinteresarse de un mundo invisible y enigmático; al contrario, mirar hacia afuera vale tanto como regalarle con un espectáculo vistoso e imprevisto; es renovar nuestro haber ideal y moral, solidarizándonos entrañablemente con el mundo y sus criaturas.

"Dígame lo que se quiera por los fervientes del libro talonario o por los inconscientes cultivadores de la velocidad (seres dichosos que, a semejanza de ciertos mosquitos, vuelan por volar, desenfocándolo todo), la fotografía constituye ejercicio científico y artístico de primer orden. Por ella vivimos más, porque miramos más y mejor. Gracias a ella el registro fugitivo de nuestros recuerdos conviértese en copioso álbum de imágenes, donde cada hoja representa una página de nuestra existencia íntima y un placer estético redivivo.

"Y algo más. Constituye también medicina eficazísima para las decadencias del cuerpo y los desalientos del ánimo; seguro refugio contra los golpes de la adversidad y el egoísmo de los hombres.

"Privilegio de la fotografía, como del arte, es inmortalizar las fugitivas concreciones vitales de la Naturaleza. Merced a aquélla, parecen resucitar generaciones extinguidas, seres sin historia que no dejaron la menor huella de su existencia. La Vida pasa, pero la imagen queda.

"...¡Lástima grande que hayamos nacido demasiado temprano! La ciencia nos lleva de sorpresa en sorpresa en sus incesantes avances. Cada invención es un

(1) Cajal: *La fotografía de los colores*, Madrid. 1912.

placer arrebatado a nuestros abuelos. Los que hemos traspasado la frontera de la madurez, ¡cuánto daríamos ahora por poseer fotografías de nuestros progenitores en plena florescencia de energía y juventud! ¡Qué dicha sería poder contemplar, sin los afeites y convencionalismos de la pintura, siempre aduladora y esquemática, las juveniles facciones de nuestras madres, de quienes casi todos los proyectos conozcamos no más la efigie, desfigurada y marchita por el sublime sacrificio de la maternidad! Sólo nuestros hijos han alcanzado tan excelsa y espiritual satisfacción."

Así escribíamos cuando frisábamos en los sesenta años; persistía nuestro vigor físico, y cultivábamos, como aficionados a la literatura, un lirismo hoy traspasado y *démodé*.

Pero a los setenta y siete u ochenta años el orgánico se derrumba, las piernas se entorpecen y empuerzan; el corazón se fatiga al menor esfuerzo; el calor nos sofoca y enerva y debemos renunciar al encanto de la fotografía cromática y al deporte viril del montañismo.

Excursiones artísticas en automóvil.

Quédanos a los caducos, nostálgicos de la visión directa de los espectáculos cautivadores y de los monumentos históricos o artísticos, la menguada compensación del automóvil con sus limitaciones y peligros. Y decimos *menguada* por cuanto no pocas joyas arquitectónicas y panoramas grandiosos o sublimes alcanzan a gran distancia de las rutas principales. Y nuestro cuerpo, encorvado y torpe, se resiste a soportar la dura y molesta cabalgadura en pacientes asnos y mulos. Jinetear como a los cincuenta años es empresa reservada a duros caballistas. Por donde, aun los fanáticos del turismo, debemos resignarnos a no conocer sino por representaciones reflejas muchas bellezas na-

turales o monumentales de nuestra patria. Sean el álbum fotográfico y las exploraciones fotográficas de viajeros intrépidos nuestro alivio y consuelo (1).

(1) No obstante mi manía fotográficoturística, he debido renunciar con pena a la visita al grandioso Valle de Ordesa y al de otros muchos lugares de incomparable atracción del Pirineo aragonés y de la Sierra Nevada. Me son, en cambio, familiares los puertos accesibles del Pirineo (Roncesvalles, Canfranc, Sallent, Benasque, con el vecino ingente macizo de la Maladeta), los sitios pintorescos de Cantabria, Asturias y Galicia, etcétera. Sólo he logrado escalar, iniciada la vejez, los Picos de Europa aprovechando la carretera construida por una compañía minera. Las demás provincias españolas no tienen secretos para mí, salvo algún rincón arisco o inaccesible. Otra renuncia dolorosa: no he conseguido satisfacer el sueño de toda mi vida: la visita a Grecia y Egipto, países exclusivamente conocidos por fotografías estereoscópicas.

A pesar de todo, mis colecciones de vistas de Europa, América, Asia y África son copiosas e instructivas. Cuando el monótono gotear de la lluvia invernal nos arrincona en el hogar solitario de donde huyeron los hijos, esas colecciones nos desentumecen, evocando los días placenteros de la juventud y madurez. ¡Qué pena se siente al pensar en la muchedumbre de seres ignotos, descendidos a la tumba, y que viven y palpitan, sin embargo, en nuestras viejas fotocopias!. Saludemos de pasada a estos muertos transeúntes, ignorantes de que, gracias a nuestro objetivo fotográfico, alcanzaron una sombra de vida y un momento de actualidad.

CAPÍTULO XIX

EL RETORNO A LA NATURALEZA
COMO PALIATIVO DE LAS MISERIAS
DE LA VEJEZ

El encanto de la vida campestre
y retirada.

Durante muchos años he sufrido esta seducción tan pregonada por sabios, poetas y filósofos. Y de hecho saboreé durante un bienio, en cierto huertecito de los Cuatro Caminos, el encanto vivificante de la existencia rústica. Aún recuerdo con regusto agradable mis observaciones de la vida de las hormigas, particularmente de la temible *amazona* (*Polyergus rufescens*), inventora de la explotación de los esclavos; mis exploraciones de los periplos y costumbres de avispa, abejas, abejorros y mariposas; mis experimentos sobre el sentido cromático de múscidos y lepidópteros. Tales estudios, realizados durante las vacaciones, me persuadieron que, de vez en cuando, no hay nada tan renovador de la aptitud espiritual como la inmersión en plena Naturaleza. Hagamos lo que hagamos, el ancestral cazador de bisontes y de ciervos tira de nosotros.

Pero llegó la edad nefasta en que el jinete es impotente para espolear al caballo. El espíritu se rindió a la materia. La observación al aire libre es, por desgracia, incompatible con el andar torpe y perezoso y los rigores de nuestro sol implacable. Y tuve que retirar-

me, humillado, a la ciudad, continuando, en mi entonces mezquino laboratorio oficial, la tarea de mis estudios histológicos (1).

Si mis anodinas admoniciones fueran leídas exclusivamente por decrepitos postrados, sobraría este capítulo. Pero hay senectudes lozanas, fértiles. Mayormente, la vejez laboriosa de los sesenta y cinco a los setenta y cinco años. Hacia ella, que puede todavía pensar, leer, jardinear y moverse, se encaminan estos consejos.

Aun sin ser naturalista, la estada en el campo y aun el cultivo moderado de las faenas agrícolas, han sido aconsejados desde la más remota antigüedad. Los romanos, tan duchos en las artes de la guerra y de la jurisprudencia, aconsejan la agricultura como solaz y consuelo a la senectud. De ella salieron para salvar a Roma, Camilo, Cincinato y otros dictadores ilustres.

Cicerón (2), en su diálogo sobre la vejez (*De senectute*), tantas veces citado, pone en boca de Catón *El Censor*, persuasivas alabanzas de la vida campesina como refugio de la senectud.

"¿Qué diré del valor de los prelados, los órdenes de árboles, especies de vides u olivos?... Y no solamente no impide a la vejez gozar el campo bien cultivado, sino que le llama y convida a estos deliciosos menesteres." "Pues ¿en dónde pueden los de esta edad ni con más conveniencia, o calentarse al sol o a la lumbre, o también refrescarse más saludablemente a la sombra o con las aguas?", etc.

Recuerda también el orador romano al viejo Laertes, divirtiéndose, según Homero, la tristeza causada por la falta de su hijo con el cultivo y abono de la tierra..., y celebra la alegría que traen consigo "las mieses, prados, viñas y huertos, la cría de animales, los en-

(1) Fruto inmaturo de estas expansiones campestres fue un pequeño trabajo sobre las *sensaciones de las hormigas*, 1921. Desgraciadamente, mi arteriosclerosis me impidió la continuación. Me queda todavía grueso cartapacio de observaciones inéditas.

(2) Cicerón: Capítulos XV y XVI, traducción de Valbuena.

jambres de abejas y la variedad de todas las flores". Ni se olvida de los injertos. Lo que prueba —dicho sea de pasada— que bastantes siglos antes de Columela se conocían en Grecia casi todos los primores de la agricultura moderna, sin excluir los abonos. Las *Geórgicas* de Virgilio son, según es sabido, el poema de la agricultura. En él se diserta, con bello estilo, de la plantación de árboles, el cultivo de la vida y la cría y explotación de las abejas. Seductor es el libro II, donde resalta un elogio elocuente de la vida rural.

Con menos estro poético que el poeta romano, hallamos en el griego Hesíodo (cuyo poema *Las labores y los días* fue el modelo donde se inspiró Virgilio) una descripción de las faenas agrícolas, aunque sin proponerlas como solaz confortador de la senectud.

No se quedan atrás nuestros poetas clásicos en el encomio del regreso a la Naturaleza. Entre las estancias del marqués de Santillana, don Iñigo de Mendoza, hay una singularmente sugestiva y placentera:

Benditos aquellos, que con el azada
Sustentan su vida e viven contentos
E de cuando en cuando conocen morada
E sufren pacientes las lluvias e vientos
Ca éstos no temen de sus movimientos
Nin saben las cosas del tiempo pasado.
Nin de las presentes se facen cuidado
Nin las venideras do han nacimientos.

Oigamos estas dos estrofas del incomparable lírico Fray Luis, que acaso se inspiró en Virgilio:

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que siempre es seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Menos elocuente y persuasivo hallo a Fray Antonio de Guevara en su conocida obra *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. A tiro de ballesta se ve que el secretario de Carlos V y acérrimo enemigo de los comuneros, debió de gozar poco de la vida campestre. Amó, sin duda, la aldea por las tentaciones que evita y el recogimiento propicio a la virtud. Y quizá por la quietud tan cómoda para el trabajo intelectual. A esto debe referirse acaso su frase: "En la aldea los días son más largos y claros." Y esta otra: "En la corte todos dicen haremos y ninguno hagamos." Y el siguiente pensamiento digno de Pirrón: "No hay cosa más cierta que ser todas las cosas inciertas." Tengo para mí que el buen Guevara adoraba también el campo por las facilidades y libertades que proporciona para regalarse en la mesa; porque de las noticias de sus biógrafos se colige que el obispo de Mondoñedo fue un buen *gourmet*, con que se explican los ataques de gota que le llevaron al sepulcro.

Aunque no con referencia expresa al sosiego y bienestar de la vejez, hallamos encomios de la vida rústica en Fray Alonso de Cabrera y Bartolomé Leonardo de Argensola y otros muchos autores nacionales y extranjeros. Fuera ocioso mencionarlos. Sobre este asunto se han escrito cientos de composiciones literarias y aun de libros.

Desgraciadamente, el ejercicio de la agricultura, a que se entregaban con su cohorte de esclavos los opulentos senadores romanos, es inabordable para un proyecto achacoso. Ni nuestro crudo clima castellano lo consentiría como régimen permanente. Fuera ilusión creer que con una altitud media de seiscientos metros, un invierno interminable y un verano tórrido, el anciano que palideció ante los libros pueda hallar en nuestros campos sin árboles el agrado y la blandura que brindan Francia con sus tierras bajas y ubérrimas, e Italia con la fertilidad incomparable de su suelo; países

en los cuales el invierno es dulce y húmedo y el verano soportable. A este propósito, decíame el doctor Carvallo (quien después de algunos años de permanencia en Francia se naturalizó francés, reiterándose al regio castillo de Villandry, rodeado de altos parrales, frondosos parques y praderas) que el clima de España, a causa de su dureza, brusquedad de alternativas térmicas, resulta sencillamente inhabitable para un europeo. Sin embargo, nuestra costa gallega y la cantábrica, pródigas en lluvias, bosques y praderíos, con atmósfera tibia de litoral marítimo, podría proporcionar en todo tiempo a un anciano, no reumático, retiro apacible y confortador (1). Ni son despreciables a este propósito las tierras bajas y fértiles del litoral mediterráneo.

Dejamos dicho que algunos de los autores citados no pensaron, al escribir el elogio del campo, en la vejez enemiga. Me doy a pensar que los amantes de la vida campesina no fueron jóvenes. La *crisis de la ciudad*, y el ansia de Naturaleza, ataca a los intelectuales entre los sesenta y sesenta y cinco años. Claro es que ha habido excepciones: Virgilio, por ejemplo, que escribió sus deliciosas *Geórgicas* a los treinta y cuatro años y acaso en plena vida campestre. Tampoco faltaron nunca —jóvenes o viejos— idólatras de la urbe y aborrecedores sistemáticos del ruralismo (2).

(1) No me explico bien cómo un Bartolomé Gallardo pudo reposar y escribir, en pleno invierno, en el *cigarral* de la Alberquilla, ni el susto por el campo de los prelados toledanos. Tengo por seguro que debieron frecuentar exclusivamente sus quintas durante la primavera y el otoño, y que, llegada la senectud, se reintegraron definitivamente al grato ambiente de la capital. Tales precauciones huelgan en el campesino; enduécido al aire libre y hecho a hielos y vendavales, tolera bien el rigor invernal, regalándose a su regreso del pejugar con el calor vivificante del hogar, donde arden romeros, sarmientos, alíagas y troncos de olivo. Ni le importa el humo; sus ojos están habituados a él, así como sus pulmones.

(2) Entre los escritores clásicos españoles hemos tenido pocos aficionados al agro y menos a la seducción del paisaje pintoresco. Casi todo se redujo a algunas pinceladas justas y firmes de Cervantes y de nues-

En conclusión: el campo, con las necesarias comodidades inherentes a la vida civilizada, constituye, a pesar de todo, refugio incomparable para el escritor, el filósofo, el político y el científico, abrumados por la edad o deprimidos por la neurastenia. Esta inmersión en plena Naturaleza apaga dolorosas vibraciones cerebrales, concilia el sueño, abre el apetito y hace olvidar contrariedades y desengaños. Asociado a un régimen dietético apropiado, retarda la decrepitud y la involución cerebral. Pero apresurémonos a repetir un consejo: al campo no debe recurrirse demasiado tarde, iniciada la caducidad, sino cuando todavía podemos movernos con desembarazo, curiosear las bellezas del jardín o del huerto, sin olvidar la contemplación del cielo estrellado, fuente inextinguible de sugerencias filosóficas y científicas.

Llegado el octogenario, o iniciadas dolorosas afecciones crónicas inquietantes, no es apetecible' la vida solitaria de la quinta o del cortijo. Antes que el hechizo de las flores, importan los servicios, a veces urgentísimos, del médico especialista y de bien surtida botica. Sin olvidar una variada y copiosa biblioteca —esa botica moral inestimable—, el teléfono y la *radio*.

Las prédicas de Cicerón, enderezadas a viejos bien conservados, no deben ofuscarnos. De raza dura y fuerte, el romano, mayormente el patricio, conservaba hasta los límites de la caducidad la integridad de sus órganos nobles, sobre todo si acertaba a esquivar los peligros del ocio y de las orgías sardanapalescas, ci-

tros poetas líricos y bucólicos. El gran Quevedo, como hacía notar el malogrado Enrique de Mesa, y hemos acentuado nosotros (*Charlas de café*, 4.^a edición, 1932), sólo se interesaba por sus protagonistas, a quienes pintaba de mano maestra, con rasgos que aun hoy pasarían por sobradamente audaces y desgarrados. En cambio, se complacía en describir detalladamente fisonomías y trajes. Reconozcamos que la sensibilidad hacia el paisaje sublime, grandioso y pintoresco, fue una invención de J. J. Rousseau (véase la *Nueva Eloísa*), imitada después por Bernardino de Saint-Pierre, Chateaubriand (véase *Atala*, *René*, etc.), Goethe, Heine, y todos los literatos de la escuela romántica.

nicamente descritas por Petronio. Por algo se pasó Roma seiscientos años sin médicos, aunque no sin medicina, esto es, sin la terapéutica casera y curanderial (1).

(1) Plinio: *Historia natural*, traducción de Littré, libro 29. En tiempos de Plinio se abusaba ya de la multiplicidad de médicos de cabecera, como lo prueba este epitafio: *Turba se medicorum perise*. La enseñanza desprendida de este consejo no debe olvidarla el decrépito: escojamos un buen médico y dejémonos de charlatanes, titulados o no. Y rechacemos esos cacareados específicos, filón de la prensa, poderoso instrumento de sugestión, y cuyas virtudes consisten en convertir en millonarios, sin gastar un átomo de fósforo cerebral, a sus audaces inventores o divulgadores. ¡Si uno pudiera citar nombres nacionales o extranjeros!...

CAPÍTULO XX

LA DISTRACCIÓN DE LA LECTURA

Obras recomendables para los ancianos. — No todo buen libro debe leerse por éstos. — Eliminación sistemática de los relatos emocionantes o melancólicos. — Periódicos y libros aconsejables. — La inmersión en los clásicos. — El suave deleite y el profundo interés humano de las obras de viajes, etc.

El atractivo de los libros
y periódicos.

El panegírico de los libros, con miras a combatir el tedio, ha sido hecho por centenares de escritores propios y ajenos. De las ventajas y fruiciones de la lectura hablaron ya elocuentemente Petrarca, Barrows, el poeta Southey, Goethe, Lessing, Schiller, sir John Herschel, Collier, etc. Este último notaba "que los libros son guía para la juventud y distracción para la vejez". También en la atrasada España han existido formidables lectores que conservaban el fervor libresco hasta la extrema senectud. Razones y encomios pueden resumirse en estas palabras: "que los libros son nuestros mejores amigos; portavoces de la sabiduría y de la tradición, nos brindan el remedio de nuestros desconuelos e infortunios; nos permiten a toda hora conversar con los grandes genios de la Humanidad; evo-

can y renuevan emociones y pensamientos de tiempos pretéritos venturosos, nos ofrecen el fruto de la sensatez y experiencia seculares, para guiarnos en los trances difíciles o dolorosos, o distraernos en los instantes de tedio o de postración mental", etc... Sólo añadiré por mi cuenta, que nos brindan sus consejos sin pedantismo ni altivez, y que de todos nuestros amigos, son los únicos que se callan, después de hablar. Si al lado de los libros excelentes los hay aburridos, especiosos, embaucadores o tiránicos, en nuestra mano está desoír sus cánticos de sirena. Se ha deplorado el enorme poder sugestivo de la letra de molde durante la infancia y juventud. Cierto. Con frecuencia —y aludo a las llamadas ciencias del espíritu— nos deforma y despersonaliza. Mas, arribados a la fase viril y razonadora, ¿quién puede privarnos del recobro de nuestra mentalidad adulterada y de llegar a ser lo que la Naturaleza decretó que fuéramos? "Mandan los muertos", según frase estereotipada. Mas sólo señorean el espíritu aquellos cuya melodía hace vibrar por resonancia las cuerdas simpáticas de nuestra mente. Por donde, el principal papel del educador estriba en pulir o desgastar las aristas antisociales de nuestra personalidad heredada o viciada, conservando y cultivando amorosamente lo mejor y más fecundo de nuestro yo.

Pero nos distraemos de nuestro tema, cayendo en tópicos manidos. Redundante resulta encomiar la utilidad de los libros y el alto valor de los maestros del pasado. Precisa señalar más bien qué lecturas convienen a la senectud doliente y atribulada.

Lecturas de periódicos y revistas.

Comencemos por declarar que el anciano no debe sustraerse a las inquietudes y zozobras del presente. Si el sentido visual se mantiene incólume, lea diariamente, pero por la mañana, las revistas y periódicos contemporáneos, seleccionándolos de acuerdo con sus

inclinaciones intelectuales y afectivas. Mas cuando, por desgracia, la terrible *catarata* senil enturbia los ojos, procúrese a ultranza un lector. Todo es preferible a la terrible incomunicación con el ambiente social, científico y político contemporáneos. Sin estas distracciones, la vida senil carecería de sabor; vendría a ser triste anticipo del fallo ineluctable de la *Diosa silenciosa*, la eterna separatriz de espíritus y corazones. Gracias a la Prensa oímos la voz de nuestros conciudadanos. Y en el concierto de opiniones discordantes, es dable al anciano lanzar a veces una nota personal conciliadora, eco de un patriotismo desinteresado, puesto que está limpio de ambiciones y concupiscencias.

Elección de libros adecuados.

No basta al amante de la lectura el paladeo cotidiano de periódicos y semanarios. Le son indispensables los libros. ¿Cuáles? No todos. Al revés del joven, capaz de devorar impunemente cualquier esperpento literario, por pesimista y truculento que sea, el anciano necesita escoger sus lecturas con cuidadosa cautela. Aquél se desintoxica y despreocupa rápidamente de la emoción recibida; el segundo, atacado más o menos de insomnio y sujeto a cavilaciones enfadosas, necesita alimento espiritual suave y poco estimulante; que distraiga e informe objetivamente, pero sin impresionar sobremanera el ánimo con la evocación inoportuna de emociones melancólicas pretéritas. En resumen: hay obras propias de la juventud y las hay privativas de la vejez. De estas últimas debemos surtir la biblioteca y aun la mesa de noche.

No voy a trazar aquí una lista de los cien libros mejores, a semejanza de Lubbock (1) y de otros escritores modernos. (Entre nosotros han emprendido esta

(1) Sir John Lubbock: *La dicha de la vida*, Sempere y Compañía, editores. Valencia.

tarea con bastante acierto Gómez Carrillo y Luis de Oteyza, etc.). Me limitaré a señalar qué obras deben ser prescritas y cuáles recomendadas. Pero entiéndase bien: no pretendo anatematizar ninguna creación literaria consagrada y de indiscutible mérito, sino aquellas que, por encerrar los venenos de la desesperanza, pesimismo, emoción dolorosa, juzgo nocivas para el viejo, sobre todo si cual ocurre a menudo son leídas durante la velada o en el lecho, en espera del reacio sueño reparador.

Y para no incurrir en olvidos o herir susceptibilidades, evitaré en lo posible citar libros de contemporáneos. Fuera de que al anciano le placen, de ordinario, las obras antiguas. Coincidiendo con el rey Alonso de Aragón, que sólo deseaba en su senectud: "Leña vieja para quemar, vino viejo que beber, viejos libros que leer y viejos amigos para hablar", casi todos los decrepitos prefieren lo pretérito a lo presente. No se entienda por esto que yo repudie deliberadamente toda la espléndida y riquísima literatura actual, donde descuellan obras memorables y de altísimo valor educativo; aconsejo solamente que tales creaciones literarias, singularmente las novelas de intrigas o los estudios filosóficos o científicos, sean leídos a pequeñas dosis por la mañana, con la cabeza fría, cuando quepa esperar que las impresiones ulteriores apaguen la vibración del cerebro sobreexcitado y las conmociones deprimentes de las emociones intensas.

Clásicos griegos y romanos,

Los libros de la Antigüedad constituyen a mi entender el más sano y delicado manjar de los provectos. La irradiación del pasado nos da cierta ilusión de juventud y optimismo. Con algunas excepciones, la voz de la Antigüedad exhala la fragancia cautivadora del inicio del saber occidental, con sus tanteos y errores, mas también con una frescura e ingenuidad de forma

y un ímpetu de pensamiento original subyugadores. Añadamos que tales obras son preciosas lecciones de Historia, algo así como la embriología de la razón y el relato de sus reacciones espontáneas frente a las vanidades, miserias y desilusiones de la Humanidad.

Señalo, en primer lugar, aunque algún lector de novelas eróticas o espeluznantes, a lo Dostoyewsky, se sonría, al ingenuo y encantador Homero (*Riada y Odissea*); las *Tragedias* de Esquilo, Sófocles y Eurípides; las *Comedias* de Aristófanes; los *Libros* de Herodoto, el *Padre de la Historia*; los de Luciano y del eruditísimo Diógenes Laercio. Ni soslayo la *Geografía*, de Strabón, quien hace notar ya el exagerado individualismo español, ni los libros de Diodoro de Sicilia, ni la descripción de Grecia por Pausanias, de que poseo una buena traducción inglesa. El noticioso y puntual Diógenes (1) sigue siendo, desde hace veinte años, mi autor favorito, como si dijéramos, mi libro de cabecera. Recorro a él cuando se ciernen las pesadillas, y el espíritu se exalta. Ciertamente, no es este compilador un estilista exquisito como Plutarco, ni un crítico clarividente; empero, tiene el incentivo de la amenidad y candor literarios. Relata todo lo que sabe de la vida de los filósofos (cita incluso los testamentos) y procede con admirable objetivismo.

Plutarco es peligroso para leído por la noche. Escribeme demasiado bien. En sus *Vidas paralelas* relata empeñadas batallas, proezas heroicas y memorables harto interesantes para no desvelarnos. El anciano, deseoso de entretener inocuamente sus veladas, debe preferir las obras *morales* (2) del citado polígrafo griego. Es una enciclopedia donde el autor ha vertido casi todas las opiniones de los antiguos sobre Cosmografía,

(1) Diógenes Laercio: *Vida de los filósofos más ilustres* (Biblioteca clásica), 2 volúmenes,

(2) Como es sabido, las *Vidas paralelas*, como otros muchos libros griegos y romanos, están incluidas en la *Biblioteca clásica*. Para las *Obras morales* has que recurrir a ediciones francesas, inglesas o alemanas.

Astronomía y Moral. Allí aprendemos que Aristarco de Samos fue quien por primera vez tuvo la idea del sistema de Copérnico (1).

Siento tener que descartar al ilustre Tucídides como alimento intelectual del viejo; porque su relato de la enconadísima y agotadora *guerra del Peloponeso*, despobladora de las ciudades griegas y preparadora de la invasión macedónica, resulta, ¡ay!, el espejo fidelísimo de nuestras funestas guerras civiles, sobre todo la de Sucesión y las carlistas. Estas últimas retrasaron, según opinión harto fundada de Sagasta, en más de un siglo el progreso y la prosperidad de España.

En cambio, preconizo sin vacilar el ecuánime y sincero Jenofonte. Su libro sobre Sócrates, la *Ciropedia*, la *Retirada de los diez mil*, etc., instruyen y deleitan, sin invadir el campo de la emoción deprimente.

Platón es admirable, sobre todo en sus *Diálogos* filósofos y en su *República*. Sólo prohibiría al anciano el *Fedón* y la *Apología*, donde se narran, con detalles asaz melancólicos, tanto que ya hacían llorar a Cicerón, los últimos discursos, henchidos de serena resignación, del admirable educador ateniense (2).

(1) Bata concepción se atribuye a Pitágoras o a algún pitagórico; pero las razones aducidas por los historiadores de la Astronomía no son persuasivas. Del libro del pitagórico Filolao no quedan sino vagas referencias.

(2) A propósito de las concepciones socráticas sobre el alma hallo en Messer (*Historia de la filosofía*, tomo 1) una aserción que me deja perplejo: supone que Sócrates dudaba de la inmortalidad del espíritu. Sin embargo, en el *Fedón* de los *Diálogos* de Platón y en la *Apología*, el autor lo presenta como un convencido de la vida de ultratumba. En cambio Jenofonte muéstrase harto reservado acerca del particular. Notemos que ambos filósofos, Platón y Jenofonte, fueron discípulos de Sócrates. ¿Quién tiene razón? Frente al silencio de Jenofonte, ¿no sería cuerdo admitir la afirmación explícita de Platón, reiterada en la *Apología*?

Véanse las obras de Platón, traducidas al parecer correctamente del griego por Patricio de Azcárate. Es bochornoso para España carecer de una versión auténticamente directa, poseyendo, como poseemos, gran número de buenos helenistas. Mazorriaga, excelente profesor de griego, ha iniciado esta patriótica tarea; mas no habiendo, en diez años o más, visto la luz sino el primer volumen, ¿cuándo podrá darse cima a la empresa?

El resto de los *Diálogos* (a pesar del intencionado silencio hacia el gran Demócrito y a Jenofonte), constituyen un pasto literario y filosófico inestimable. Y no cansan ni emocionan, que es lo que a los caducos y arterioscleróticos importa.

¿Necesitaré decir que gusto sobremanera de las *Comedias* de Aristófanes? Ni rechazo los *dramas* de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Ciertamente pintan sucesos trágicos; pero en las páginas de los poetas lo dramático parece haber perdido sus toxinas. La visión histórica atenúa la emoción patética, y la lejanía cronológica la borra casi del todo. Además, entre un hecho histórico y una lucubración literaria hay la diferencia de una fotografía desvaída y un original de carne y hueso.

Recomiendo también los severos moralistas griegos Epicteto, Teofrasto y Cebes, cuya *Tabla* parece haber servido de modelo para algunas alegorías de *El Criticón*, de Gracián.

CAPÍTULO XXI

CONTINUACIÓN DE LOS SOLACES DE LA LECTURA. — CLASICOS ROMANOS Y ESPAÑOLES. — ALGUNAS OBRAS EXTRANJERAS

Clásicos romanos.

Pongo en primer lugar a Cicerón (*Diálogos sobre la vejez, Los oficios, El hado, La naturaleza de los dioses, etcétera*). Sus discursos forenses me interesan poco. Cicerón cautiva instruyendo y de vez en cuando nos brinda noticias preciosas sobre autores griegos, cuyas obras se perdieron. Sus mismas vacilaciones doctrinales me agradan; denuncian un carácter ecléctico, sincero y poco sistemático. Para nuestro propósito posee la virtud de no disgustarnos jamás y entretenernos siempre. Manjar predilecto de los avejentados son las comedias de Plauto y Terencio. La vena cómica, un poco ingenua, fluye inexhausta sin caer nunca en las truculencias de Eurípides y Sófocles. Pero ante todo son un archivo de las costumbres y gustos romanos. Nos dan una visión íntima de la vida de aquella raza que aparece hartamente cruel, dura y avasalladora en los libros de historia.

En mi calidad de caduco no me agradan ya las sabias y fúnebres prédicas del cordobés Séneca, antaño leídas con morosa delectación. Es preciso que el decrepito no recuerde demasiado que le espera impaciente la barca de Aqueronte. Por igual motivo, no gusto hoy de Epicuro y de Lucrecio, su elocuente profeta. Defienden concepciones hartamente desconsoladoras; deben leerse

en plena madurez. En la vejez suscitan resonancias hartamente melancólicas. En general, los epicúreos y sus secuaces romanos nos brindan, a guisa de único remedio, la gélida *ataraxia* y la desoladora resignación ante el destino (1).

A causa de su bello estilo y placidez sentimental, aconsejo las obras de Virgilio, singularmente las *Geórgicas*. Con provecho serán leídos Lucano, Estacio y otros excelentes poetas. Ni son desdeñables los satíricos Juvenal y Persio, severos fustigadores de los vicios de la corrompida Roma. Ovidio parece hartamente aburrido, salvo algunos chispazos de luz de sus *Metamorfosis*.

Por cima de cabeza pongo a Horacio, a pesar de sus veleidades epicúreas; sus libros son un tesoro de buen sentido y de depurado gusto literario. Jamás cae en la extravagancia ni en el dramatismo desvelador. Para el caduco es camarada agradable, que conviene tener a mano en nuestra mesa de noche. Ni debemos olvidar a Marcial, el chocarrero y licencioso adulator de Domiciano; entre sus monótonas liviandades resaltan algunos epigramas picantes y divertidos. Gusto menos de Cátulo y Propertio. Quien se preocupe de salvar sus noches o confortar su optimismo, destierre de su velada a Tácito, Suetonio y Julio César. Las atrocidades narradas por los primeros y las guerras enconadas y crueles descritas en los *Comentarios* (algunas revelan la extraña docilidad con que los españoles militaban como mercenarios en los campos de Pompeyo y César, destrozándose mutuamente a beneficio de los

(1) Sin embargo, la mayoría de los estoicos fueron deístas y partidarios de la inmortalidad del alma. No temían a la muerte, porque al seguir los preceptos de la Naturaleza creían obedecer a un Dios clemente. "Vete, pues —dice Marco Aurelio en sus *Soliloquios*, aludiendo al fenecer— con ánimo alegre, supuesto que quien te despide es benigno y te será propicio." (Traducción de Diego de Miranda.) Ideas semejantes hallamos en el sentencioso Epicteto. Desde este aspecto es más alentadora la escuela de Zenón que la de Epicuro y Lucrecio, para la vejez atribulada y doliente, aunque ninguna se arriesga a precisar la suerte que espera al alma en su vida de ultratumba.

codiciosos aspirantes al imperio), deben relegarse a las mañanas serenas y a los tiempos venturosos. En cambio, recomiendo la novelita *El asno de oro*, de Apuleyo, imitada de un diálogo de Luciano. Ambos escritores son amenos e inocuos, sobre todo el último, cuyas ironías acerca de los dioses paganos, los filósofos ridículos, etc., constituyen preciosa panacea contra el mal humor.

Tito Livio es más recomendable que César, a pesar de su propensión declamatoria. En todo caso, aporta datos interesantes acerca de las campañas romanas y detalles precisos sobre la vida y muerte de los grandes guerreros (por ejemplo, Escipión y Aníbal).

Clásicos españoles.

Interminable e inoportuna fuera trazar aquí la lista de la riquísima literatura española. En ella, huelga decirlo, abundan los libros excelentes, disertos, humorísticos o simplemente amenos y propicios a la ancianidad. Basten para no perdernos en la tupida selva de nuestra literatura clásica, algunas pocas indicaciones. Rompan marca los primitivos, por ejemplo: *El Conde Lucanor*, de Juan Manuel; el *Romancero*; el *Poema de Mio Cid*; *La Celestina*; el *Libro de buen amor*, de Juan Ruiz, el Arcipreste; las *Poesías del marqués de Santillana* y, sobre todo, las incomparables novelas picarescas *Lazarillo de Tormes*, *Estebanillo González*, *Marcos de Obregón*, *La pícara Justina* y otras muchas. Casi todas figuran en la edición de conjunto de Rivadeneyra, harto conocida (1), y algunas han sido publi-

(1) Supongo al lector enterado de lo más esencial de nuestra bibliografía. Al principiante aconsejo las obras del prodigioso Menéndez y Pelayo, repertorio caudaloso de noticias histórico-bibliográficas. Singularmente provechosas, a este respecto, son: *Historia de las ideas estéticas*, la *Ciencia española*, alarde de impetuoso y no siempre oportuno entusiasmo patriótico y de vastísima erudición, y, sobre todo, la *Historia de los heterodoxos*, etc. Quien desee saborear excelentes resúmenes de nuestra literatura, consultará la obra entusiasta de Navarro Ledesma (*Resúmenes de Historia literaria*, 1917) y el libro magistral de Fita Maurice Kelly; *Historia de la literatura española*, 4.^a edición, 1926.

cadas aparte. Estando nuestros clásicos en todas las bibliotecas de personas de buen gusto, fuera pesadez enumerar los mejores.

En mi sentir, y cedo a inveterada y profunda convicción, las obras de Quevedo, príncipe de nuestros satíricos, constituyen la Biblia del anciano achacoso. Pasto de reiteradas y nunca desveladoras lecturas, serán: *El Buscón* o *Gran tacaño*, *Los sueños*, *La visita de los chistes*, *El alguacil alguacilado* y las ingeniosísimas *Cartas del Caballero de la Tenaza*, alarde insuperable de gracejo y muestra inestimable de los recursos inagotables, brindados por el castellano, a quien sabe manejarlo con ingenio y amor. Ni rechazará el caduco los libros serios del señor de la Torre de Juan Abad; por cuanto Quevedo, aun tratando temas graves e incluso encarándose con la muerte y el infierno, jamás incurre en el sadismo de los escritores melodramáticos y espeluznantes. Todo se lo toleramos porque cuanto brota de su pluma prócer aparece ennoblecido con los arreos del arte y el fervor optimista del creyente y del patriota.

Venero inagotable de sabrosas enseñanzas y gratos solaces son las obras de Cervantes, singularmente el *Don Quijote* y las *Novelas ejemplares*. Estimo como joyas inestimables *Rinconete* y *Cortadillo*, *El celoso extremeño* y *El casamiento engañoso*.

Tocante al *Quijote* y a su valor trascendente, se han vertido mares de tinta en España y el extranjero. Signo inequívoco de su excelso mérito es la circunstancia de que, a semejanza de *Werther*, de Goethe, ha producido cosecha caudalosa de fanáticos, de chiflados y exégetas. No ha provocado por sugestión suicidios como la obra del poeta de Francfort, pero ha causado estu- pendos desbarros. Supongo al anciano admirador, desde la mocedad, de la inimitable obra. Con todo, debe releerla en las noches de insomnio, escogiendo cuidadosamente los capítulos. Todos son excelentes; pero hay algunos impregnados de gran amargura. Éstos de-

ben ser repasados muy a la ligera (1), a menos que, por sobradamente saboreados, hayan perdido su prístina acritud. Pero esto demanda una aclaración. Para dar relieve y fuerza persuasiva a la tesis sustentada, Cervantes, igual que Quevedo y la mayoría de los autores de novelas picarescas, acumulan sobre sus sendos héroes tribulaciones sin cuento. Sabido es que al buen *Pablos* el buscón se le malogran casi todos sus idilios y aspiraciones financieras. E igualmente al *Caballero de la Triste Figura*, le abruma Cervantes con un chaparrón de infortunios, entreverados con tal cual aventura afortunada. Lea el caduco de preferencia estas últimas y pase como sobre ascuas los sucesos desgraciados (2).

Fuera injusto olvidar a la brillante pléyade de poetas del siglo de oro: Lope de Vega, Calderón, Ruiz de Alarcón, Góngora, Tirso de Molina; ni a los grandes prosistas, algunos posteriores: Saavedra Fajardo, Simón Abril, Huarte de San Juan, el padre Mariana, el agudo adoctrinador, al par que exquisito estilista, Baltasar Gracián, ni a los correctos y espirituales Argensolas, etc. Tampoco soslayo, antes lo celebro como

(1) Para mí uso particular tengo acotados los capítulos más ricos en vis *cómica*, y los que traducen más fielmente las costumbres y el espíritu de la época.

(2) Por ejemplo, en la segunda salida de Don Quijote apuran, y hasta ponen en riesgo de muerte, al cuitado Don Quijote, los siguientes graves desaguados: a) tremenda paliza de los yangüeses (capítulo XV), furibundo puñetazo en la cara y subsiguiente pateadura propinada por el arriero; b) candilazo brutal en la cabeza asestado por el cuadrillero; c) bascas y vomitonas provocadas por el bálsamo de Fierabrás; d) al día siguiente, en la aventura de los carneros, los pastores le hunden dos costillas y le dejan con las mandíbulas mondas de dientes y muelas; e) caído en tierra, pierde el sentido, etc. Y todo esto, que exigiría hoy dos meses de hospital, se encuentra en sólo dos días, sin que el protagonista pueda apenas yantar ni dormir.

Por lo demás, semejante despego y hasta ensañamiento, encaminado a prestar energía a la tesis sustentada, es bastante general en la literatura clásica europea. Shakespeare impone el suicidio (y no con lógica) a la inocente Ofelia y la muerte trágica a muchos de sus protagonistas; Goethe sacrifica impasible la vida del pobre Valentín, y Dickens, en su *Pickwick* y otras novelas, abruma a sus personajes con tal cúmulo de miserias, que hay momentos en que el lector apesadumbrado, cierra el libro para calmar sus nervios.

uno de los escritores castellanos más amenos, a Cristóbal de Villalón, con su interesantísimo *Viaje de Turquía*, manantial inagotable de datos preciosos e ingenosamente observados relativos a las costumbres de los países de Oriente, en el siglo XVII.

Entre los literatos del siglo XVIII y XIX, son muy de recomendar, como sedantes de los arterioscleróticos, el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas*, de Feijoo; los discursos regeneradores de Campomanes y Jovellanos, precursores de Malladas y Costa; las *Comedias y traducciones*, de Moratín; las *Memorias de un setentón*, escritas por Mesonero Romanos; las de Alcalá Galiano y de Fernández de Córdoba; las interesantes autobiografías de Zorrilla y Estébanez; las poesías de Lista, Zorrilla, Campoamor y Galán, y, en fin, las novelas de Alarcón, Pereda y Pérez Galdós. Sólo prohibiría, como lectura nocturna, las melancólicas composiciones de Bécquer y *El Diablo Mundo* (1), de Espronceda; las *Noches lúgubres*, de Cadalso, y otras composiciones, capaces de turbar el sosiego y la tranquilidad del ánimo del avejentado. Cada cosa a su tiempo y sazón.

No oficio de crítico ni panegirista. Mas sería imperdonable olvidar entre los grandes literatos al sabrosísimo, olvidado novelista y crítico Valera, maestro incomparable de la lengua castellana, y al prodigioso erudito y fogoso patriota Menéndez y Pelayo, ya citado. Lástima grande que su catolicismo intransigente y sus alabanzas tácitas o expresas del Tribunal de la Fe empañen a menudo la ecuanimidad de su juicio; lunares éstos que deslucen la asombrosa labor de la *Historia de los heterodoxos*. Por donde, su lectura, siempre provechosa por la claridad y elegancia del es-

(1) A Espronceda debemos los más briosos y elegantes versos castellanos publicados en el siglo XIX. Lo considero comparable, si no superior, a Zorrilla. No hay en Byron, al cual ha sido comparado, y no siempre piadosamente, nada tan bello como las canciones del *Pirata* y del *Cosaco*. Por desgracia, en *El Diablo Mundo* y otras composiciones, la insuperable belleza del verso no basta a paliar un descorazonador sentimiento de hastío y desesperanza.

tilo y las copiosas noticias allegadas acerca de los disidentes de la fe, resulta un tanto perturbadora para la senectud, ansiosa de tranquilidad y ávida de sano y generoso patriotismo (1).

Libros extranjeros.

Al llegar a este punto, parece natural abordar, con el criterio profiláctico y antiemocional seguido hasta ahora, la magna empresa de reseñar los libros extranjeros más convenientes para la vejez. Desisto del empeño. Convertiría este escrito en formidable catálogo de librería internacional. Ni mi cultura, harto deficiente, ni la paciencia del lector, lo consentirían.

Me contraeré a algunas recomendaciones de orden general y sin alusión a ninguna nacionalidad o escuela literaria.

Singularmente distraídas y atrayentes para el anciano son tres clases de producciones: los libros de viajes antiguos y modernos, mayormente los periplos de los arraigados argonautas del mar y del aire (avión o dirigible); las narraciones cautivadoras, con ilustra-

(1) Perdóneme los admiradores fervorosos de don Marcelino esta apreciación acaso apasionada. Habla aquí mi sensibilidad de español, que tantas veces sufrió frente a los juicios despectivos extranjeros el dolor de la *leyenda negra* (Juderías). Las consideraciones con que se excusa al Tribunal de la Inquisición, cuya severidad tanto daño causó al crédito español, me han obligado a menudo a suspender la lectura —literariamente seductora— de los *Heterodoxos*. Olvidamos demasiado que católicos, racionalistas y protestantes fueron también compatriotas, y hasta superpatriotas, mereciendo todos ser tratados con estricta justicia y sin prejuicios confesionales. Tan glorioso me parece un católico de talento y henchido de fe robusta, como un patricio emérito y convencido racionalista. Después de todo, en ciertas materias nuestra razón está demasiado condicionada para autorizar un juicio severo. Porque ambos, creyentes y heterodoxos, son hechuras del ambiente histórico y de la fatalidad arquitectónica del cerebro, pocas veces modificable. Todos ellos tratan de enaltecer a su país con su actividad fecunda, ora callada, ora ostensible y ostentosa.

Mientras se imprime este capítulo leo con fruición un jugoso artículo del admirable Unamuno sobre la *leyenda blanca*, tan perniciosa o más que la *negra*. En vena de neologismos, yo propondría la *leyenda gris*, defendida en mi libro *Reglas y consejos sobre investigación*, 6.^a edición. Todos los autores, negros y blancos, extranjeros y nacionales, mezclan a la verdad el ingrediente del error, por odio o apasionamiento.

ciones fotográficas de las maravillas de la *Historia natural* (1) y los tratados modernísimos de Astronomía que han revolucionado nuestra concepción del universo y extendido hasta límites inimaginables el espacio donde fulguran estrellas y nebulosas. Claro es que todo es cuestión de gustos y de preparación científica. Para un anciano abogado o literato profesional, ciertos libros serán tabarras insoportables. Pero si al provecto le agrada saber algo de todo, incluso de Física, de Química y de Astronomía, con tal de que la exposición científica pierda su aparato técnico y hable sin empaque profesional, no le faltarán obras donde esparcir el ánimo y olvidar sus miserias. Citemos sólo tres autores que además de sabios son exquisitos expositores populares: Eddington (*Estrellas y átomos*), Boutaric (*La Physique moderne et l'electron*) y Jeans (*El universo que nos rodea*). Esta última equivale a muchos trabajos abstrusos e inaccesibles para el profano. Bajo su ropaje pintoresco y hasta humorístico hallará el lector desentrañados los elementos de la teoría de la relatividad, la estructura del átomo, las propiedades de las diversas radiaciones, la arisca y enigmática doctrina de los *Quanta* y las admirables conquistas modernas sobre estrellas y nebulosas (2).

(1) No deben faltar en la biblioteca del anciano los libros de Fabre (*Souvenirs entomologiques*) ni los interesantes estudios de Forel y Wasmann sobre las costumbres de las hormigas, ni los relatos de las sorprendentes sociedades comunistas de los articulados, descritas por entomólogos modernos. Entre las obras populares de Historia natural deben citarse: *La ciencia de la vida*, de Wells Huxley, etc., y *Maravillas de la vida animal*, colección de monografías publicadas por J. A. Hammerton, y los tratados modernísimos de Antropología y Geografía. Ni son desdeñables las descripciones poéticas de Maeterlinck sobre las repúblicas de las abejas y termitas. Para quien no puede abandonar su otomana, es gran consuelo proporcionarse una docta excursión por países de ensueño y maravilla.

(2) Algunas de estas obras y muchas más han sido traducidas al español por doctos especialistas, bajo los auspicios del ilustre pensador don José Ortega y Gasset. A este propósito serán también muy instructivos los libros y folletos del primero de nuestros físicos, don Blas Cabrera. Quienes, profanos a la ciencia e indiferentes a los grandiosos espectáculos de la Naturaleza, prefieran libros de mero entretenimiento, con ánimo de leerlos o releerlos, les recordaré: El *Robinson Crusoe*; los

No aconsejo al provector los libros de filosofía y de crítica religiosa, disconformes con sus íntimos anhelos e inveteradas convicciones. Ciertamente, las obras cuyo espíritu y tendencia estén en desacuerdo con su credo no lo persuadirán; pero acaso turben su tranquilidad y conmuevan sus esperanzas de ultratumba. Empero, tal recomendación parece redundante. A los setenta y cinco años, y mayormente, a los ochenta, las conversiones son imposibles; el cerebro ha cristalizado definitivamente en una estructura y una ideología invariables. De ser factible en el anciano publicista una crisis política, filosófica o religiosa (se citan algunos casos excepcionales), la situación moral y social que se crearía resultaría embarazosa y deprimente. Al cambiar de rumbo, se pondría en oposición consigo mismo y con su obra; contradicción equivalente a la pérdida de su personalidad y al desprestigio de su nombre. En cambio, el anciano modesto que ni fue cacique, ni profesor, ni líder político, ni escribió más que a la familia, puede retractarse impunemente. Lo más que puede ocurrirle es oír algún comentario zumbón de sus cantaradas de tresillo o de dominó. ¡Gran lección la que nos legaron los antiguos con la máxima: "¡Oculta tu vida!"... Por desgracia no todos pueden ausentarse del escenario social, sumiéndose en un mutismo de cartujo o de misántropo. Ni conviene tomar semejante decisión egoísta mientras el caduco se sienta con fuerzas para adoctrinar a la juventud, y convivir, aunque sea precariamente, con sus conciudadanos.

Viajes de Gulliver; los cuentos de *Las mil y una noches* (traducción literal del doctor Mardrus); los *Cuentos*, de Boccaccio; los de la *Reina de Navarra*; *El viaje alrededor de mi jardín*, del delicioso Alfonso Karr; los *Cuentos judíos*, de Geiger; los *Amores de literatos ilustres*, de E. Fouguet; las obras de Rabelais; los *Ensayos*, de Montaigne, y, en fin, para no fatigar al lector con enumeraciones interminables, las amenas biografías de *Hombres célebres*, de que se han publicado copiosas colecciones. Yo las prefiero, con mucho, a las novelas que sólo reflejan la realidad fragmentaria y deformada, mientras que las biografías nos muestran hombres cabales, plurifacéticos, con sus virtudes y desfallecimientos, sus tachas y triunfos.

Fueron algunos años en encontrarlo...

Algunos más en decidir a terminar de escanearlo...

Agradecido a otros que me han permitido acceder a otros libros.

Descatalogado, gracias a muchos, ahora lo puedes leer

Fran.